

**FERNANDO de TRAZEGNIES**

**IMAGENES ROTAS**



**EDICIONES DEL DRAGON 1992**



Fernando de Trazegnies es Profesor Principal de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú y enseña Filosofía del Derecho, Historia del Derecho e Informática Jurídica. Ha publicado **La Idea de Derecho en el Perú Republicano del S. XIX** (1980), **Ciriaco de Urtecho, litigante por amor** (1981), **La Responsabilidad Extracontractual** (1988) y un gran número de contribuciones en obras colectivas y de trabajos en revistas especializadas del Perú y del extranjero, así como frecuentes artículos sobre temas de actualidad en los diarios.

**IMAGENES ROTAS**, su primer libro de ficción, es una colección de cuentos ambientados en el S. XIX peruano. Dentro de la fantasía propia de todo cuento, Trazegnies quiere presentar, sin embargo, una verdad de atmósfera, que necesitó de la mentira para mostrarse: la realidad no está en los personajes ni en las circunstancias sino en el espacio que se encuentra entre ellos, que los alberga, los envuelve y los vincula irremisiblemente.





## IMAGENES ROTAS



FERNANDO de TRAZEGNIES GRANDA

# IMAGENES ROTAS



Digitalizado por:  
Asociación por la Cultura y la Educación Digital  
ACUEDI - 2013

EDICIONES DEL DRAGON

LIMA

1992



Copyright © 1992 por Ediciones del Dragón S.R. Ltda.  
Arias Aragüez 290 Lima 18 - Perú Telf. 47.47.70

*Derechos reservados*

Prohibida la reproducción de este libro o de partes del mismo,  
por cualquier medio, sin autorización expresa del Editor.

Impreso en el Perú

*A Ana Teresa,  
compañera inseparable,  
quien me enseñó a  
amar la vida.*



What are the roots that clutch, what branches grow  
Out of this stony rubbish? Son of man,  
You cannot say, or guess, for you know only  
A heap of broken images, where the sun beats.  
T.S. Eliot: **THE WASTE LAND.**

Somos unos desconocidos para nosotros mismos,  
nosotros hombres de conocimiento, y por una buena razón. Nunca nos hemos buscado; ¿cómo podría ocurrir que alguna vez nos encontremos? Friedrich Nietzsche: **SOBRE LA GENEALOGIA DE LA MORAL.**



# AL LECTOR

Estas **Imágenes rotas** de un siglo difícil no son sino un conjunto de mentiras: aunque estos cuentos hayan sido todos ambientados en el S. XIX peruano, en tanto relatos de ficción son testimonio de la fantasía del autor antes que de realidades históricas.

Sin embargo, la ficción no es un mundo irreal, puramente interior y ajeno a la historia; en el fondo, toda ficción no es sino una posibilidad de realidad, construida dentro de un marco histórico determinado. En ese sentido, estas situaciones que han sido intencionalmente falseadas, estas diferentes voces que pugnan desordenadamente por hacerse oír, pueden ser comprendidas como retazos, como fragmentos, de una realidad más profunda, dinámica y compleja, pueden ser entendidas como una verdad de atmósfera que necesitó de la mentira para mostrarse, una verdad que quizá no hubiera sido accesible a través de la verdad: la realidad no está en los personajes ni en las circunstancias sino en el espacio que se encuentra entre ellos, que los alberga, los envuelve y los vincula irremisiblemente.

Lo que importa, entonces, no son las cosas sino los vacíos: aquello que puede ser intuído antes que leído.



**1**

**DOBLE TRAICION**



**E** l Ilustrísimo Señor D. Bartolomé María de las Heras, Caballero Prelado Gran Cruz de las Reales Ordenes Españolas, del Consejo de Su Majestad, su Capellán de Honor, Dignísimo Arzobispo de Lima, concede quinientos días de indulgencia plenaria á todos los fieles que, confesando y comulgando, recen a Nuestra Señora del Rosario, con toda devoción, la siguiente oración:

\* \* \*

Azángaro, Abril 27 de 1822.

Adorada mujer,

En algunas horas seré fusilado por el delito de traición al Rey.

El Interventor de Correos retuvo la carta que le envié a mi apreciado primo, el Teniente Coronel D. Manuel Camargo, y la entregó a la Comisión Militar de Potosí. Para mi desgracia, Camargo había sido fusilado unos días antes porque se le atribuyó que, durante una antigua visita a Lima, había escrito y pegado en las calles un cartel en el que, tomando el nombre del Arzobispo, se incitaba a la subversión. La Comisión Militar, después de haber leído con detención mi carta, la consideró sospechosa en tanto había estampado en ella una frase en que le decía a mi primo que excedía a muchos en el honor y en el valor. Aun cuando se trataba de una mera galantería de mi parte para con un familiar a quien siempre he apreciado, fue entendida como un elogio encubierto a la audacia del famoso cartel, de cuya existencia no tenía la menor noticia antes de mi proceso. Por esta razón, el Interventor remitió mi carta al Jefe Político y Militar de Puno para que adoptara las medidas del caso. Tales medidas consistieron en detenerme de inmediato e imputarme el haber tomado partido con los revolucionarios de América en contra de las armas nacionales.

Fue inútil que explicara que, después de no haber tenido noticias durante mucho tiempo de mi predilecto primo, volví a saber de él. Me escribió desde Potosí y me contó que había viajado a Lima cuando todavía era Virrey D. Joaquín de la Pezuela, habiendo sentido mucha pena por el ambiente insurreccional y la corrupción que podía observarse en la ciudad capital, que hería su personal adicción y amor al Rey, renovada cada día con mayor vigor. Es entonces —¿recuerdas?— que envió saludos para mi madre, su tía, y para ti, amada Felipa. Ahora me entero de que fue después aprehendido en Potosí a pesar de su alto rango, bajo la acusación de haber fraguado mientras estuvo en Los Reyes ese cartel ofensivo e impropio de un hombre de bien.

\* \* \*

**¡Oh Soberana Virgen del Rosario, Madre y Señora nuestra! Por las purísimas entrañas de tu sacratísimo Hijo, humildemente te suplicamos te dignes alcanzar del Padre Eterno la gracia de que cuanto antes se acabe esta guerra que padecemos, haciendo que dentro de breves días entre triunfante en esta Capital el Excelentísimo Señor D. José de San Martín, digno General en Jefe del Ejército que con tanta bondad nos has traído al Perú para liberarnos...**

\* \* \*

He intentado probar que la frase que escribí no tiene significado político y que no expresa otra cosa que el afecto que sentía por mi primo. Presenté ante el Tribunal copia de una carta que había enviado unos días antes al Excelentísimo Señor Virrey D. José de la Serna para decirle que, en la inmensa variedad de accidentes que llama la guerra y la inestabilidad de la fortuna actual, ni la una ni la otra acobardan a quienes poseen las prendas de valor; y que el mismo alto honor a la milicia compromete a todos a entrar a una gloriosa defensa en ob-

sequio de la buena causa del Rey. En esta misiva, le recordaba que todo el mundo sabe ahora quién es el Coronel Choquehuanca por los servicios que ha prestado al Rey, y que hasta Su Excelencia, el Virrey, ha oído mi nombre; porque —y aquí utilizaba la misma frase que referí a mi primo y que la Comisión Militar calificó de «misteriosa»— es voz general en la Provincia que mi persona, excediendo a unos en el honor y a otros en el ejemplo vivo de sus palabras, no ha perdido día ni momento en mantener una constante lealtad al mejor y más desgraciado Monarca, el Señor D. Fernando 7º.

\* \* \*

Y te pedimos, Señora, que jamás pierda el estúpido Pezuela ese don tan gracioso que la Providencia le ha dado para errarlo todo, a fin de que por sus bestialidades se ahorre la sangre humana: Permite que el enamorado La Serna, el afrancesadito Larrión, el misterioso Llanos, el sanguinario Monet, el salvaje desnaturalizado Landázuri, el chivato Vacaro, el tirano Cevallos, el cruel Rodil, el irresoluto Otermín, el picarón Valle Umbroso y en fin todos los Jefes y Oficiales de todos los cuerpos de esta Capital, abran los ojos y conozcan la justicia de la causa que sostiene San Martín por la Independencia del Perú y de toda la América, así como la han conocido ya muchos españoles en la misma España.

\* \* \*

Me pusieron delante la misiva y, haciéndome jurar por la Cruz de mi espada y dar mi palabra de honor de que diría la verdad, me preguntaron si reconocía su firma y su contenido. Contesté que la firma era mía y que el contenido había sido dictado por mí, como correspondencia natural con mi pariente. Les mostré incluso una carta que antes había recibido de Camargo en la que no hay ninguna alusión política sino más

bien un gran cariño familiar, que se advierte en su referencia a mi madre como su «continuamente suspirada y amabilísima tía». Por otra parte, dice Camargo en esa comunicación que, a pesar de las injusticias que ha recibido en sus años de servicios en el Ejército, se acrecienta su adhesión y amor al Rey en medio de tantas desgracias como se vienen observando; y se alegra de que el Ejército de Lima se haga cada día más poderoso y respetable para combatir la insurrección.

Nada de ello abonó en mi favor. Camargo es ahora simplemente un ajusticiado y como tal ha quedado registrado en la mente de estas gentes. El militar valiente y decidido que conocimos, que iba definiendo su vida de instante en instante, es ahora tan inerte como la imagen de un lienzo: los rasgos desafortunados que le adjudicó el pintor no podrán ser nunca más borrados. Y todo el que haya tenido algo que ver con él es colocado cuando menos en cuarentena, por la sospecha de que pudiera haber contraído el mismo mal revolucionario.

\* \* \*

**Que unidos estos Jefes conozcan sus verdaderos intereses y levanten las tropas para destronar de una vez al que los quiere sacrificar sólo para conservar su puesto, sus honores y su enorme sueldo; y proclamar con San Martín la libertad de esta ciudad imitando los heroicos ejemplos de los paisanos Quiroga, Riego, Agüero y demás Jefes y Oficiales que unidos al pueblo de España formaron la santa insurrección en favor de la soberanía nacional contra el despotismo del despreciable Fernando Siete; ó haciendo lo que recientemente ha hecho toda la tropa de Guayaquil dándole al pueblo su libertad, sin exponerlo a inútiles derramamientos de sangre.**

\* \* \*

El problema, amada Felipa, es que me llamo Choque-

huanca y soy español. Estoy formado de dos mitades que no casan perfectamente. No es que yo lo sienta así, porque durante mucho tiempo estuve ciego y no percibí mi propia contradicción; pero los demás se han encargado de hacerme ver la verdad: un medio indio más un medio español, no llegan a hacer ni un indio ni un español completos.

No quise ser como un lobo solitario, vivir al margen de la humanidad como un animal salvaje. Necesitaba del amor de los demás, necesitaba pertenecer a algo, adherirme a una causa que considerara noble. Por eso, como lo había hecho mi familia desde que mi abuelo Diego ayudó a reprimir al rebelde Tupac Amaru, adopté el partido de la civilización y de España. Pero soy así extranjero para mi pueblo y sigo siendo un extraño para mi cultura adoptiva. He cometido, entonces, una doble traición: traicioné a mis antepasados por servir al Rey conquistador; y, a partir del mismo instante en que me ponía a su servicio, traicioné también a mi Rey por el sólo hecho de que por mis venas corre todavía un hilo de la sangre de Huayna Cápac. Soy, pues, un traidor; pero no por vocación sino por naturaleza, como el perro es fiel, el zorro es astuto, el venado inocente y el gato receloso.

Hasta ahora no había comprendido la importancia de ser cholo: creía que era más bien una falta, una deficiencia, una inadecuación al modelo, sea de español, sea de indio, que había que corregir imitando (vanamente) en la mayor medida posible el extremo escogido de la inexorable alternativa. Ahora, en vísperas de la muerte, la consciencia de mi mestizaje se ha convertido en la consciencia de mi libertad. Hasta ahora había tratado de hundirme en la vacilante identidad hispánica que me había impuesto. Ahora me doy cuenta de que no pertenezco a ninguna raza, a ninguna cultura: sólo me pertenezco a mí mismo.

Mis compañeros de armas no tienen crisis de identidad:

limpian orgullosos sus sables con los que combatirán a los enemigos de España, se acuestan tempestuosamente con sus mujeres, hacen hijos que esperan que sean leales soldados del Rey, juegan al tresillo y beben hasta quedar dormidos, siempre satisfechos de sí mismos; o, cuando menos, satisfechos de ser españoles. Por su parte, mi pueblo indio ha refugiado su identidad en la sumisión, el resentimiento y en el recuerdo: vive pensando en el retorno de las huacas; pero tampoco duda de su imagen cuando se mira en el espejo. Ni españoles ni indios son producto de sí mismos: han sido inventados por su cultura. Todos, indios y españoles, son tan repulsivamente naturales como el sueño y como la muerte, como los árboles del bosque, como una recua de llamas que remonta cansina los caminos de los Andes, se sienten tan completos como un círculo, tan rellenos de sí mismos como odres henchidos de vino que le dan a uno la comezón de atravesarlos con la espada de la duda.

\* \* \*

Señora, os pedimos que así estos Jefes, Oficiales y tropa, como todo el pueblo alto y bajo (como son principalmente esos Marqueses, Condes, Mayorazgos, nobles, clérigos, frailes, abogados, que componen este vecindario infeliz), se penetren todos bien de que la guerra no la sostienen Pezuela, sus agentes, los empleados y comerciantes, con otro interés ni otras miras que conservar sus empleos y rentas aquéllos y sus monopolios éstos últimos; que conozcan que es preciso mudar ya estos Oidores que se hallan personificados con sus togas y con la iniquidad, el robo y las injusticias; que es preciso que así como en todo el mundo se trata de tener parte activa en la representación o en la elección del Gobierno, es menester que en Lima la tengamos también, eligiendo todo el pueblo sus representantes, para que de común acuerdo con las demás repúblicas de la América se establezca un gobierno propio, con leyes propias, dictadas por nosotros mismos o por nuestros re-

presentantes, en el cual tendrán los nobles, los Marqueses y Condes una parte activa, sin hacer el papel pasivo y desairado que hasta ahora han hecho y hacen dependientes del Gobierno español; que conozcan estos brutos que más vale tener libertad e independenciam en el país en que se vive que no ser Condes ni Marqueses ni Cruzados...

\* \* \*

No puedo ya, Felipa, seguir intentando ser totalmente indio ni totalmente español; para ello, tendría que mentirme a mí mismo, negarme a ver una parte de mí ser que sin embargo está ahí, con una presencia impertinente pero insoslayable. Gracias a Dios, no soy nada. Soy indio, pero también algo más; soy español, pero también algo más. Esta doble vinculación no me ata dos veces sino que me permite tomar distancia y liberarme de todas las sangres. Simplemente soy libre: los materiales que se me han dado son variados y estoy agradecido por ello; pero tengo que usarlos para inventarme a mí mismo. En esa medida, soy un precursor del verdadero hombre americano.

Ahora que he comprendido el privilegio de mi condición, tengo horror a sentirme encuadrado en una clasificación, como una especie de la Historia Natural de Plinio. ¿Cuánto tiempo he vivido tratando de ser otro? ¿Cuánto tiempo he estado engañado con las apariencias? Creía ser hombre y no era sino un muñeco tratando de cumplir mecánicamente con el papel que correspondía a mi disfraz. Hasta hoy sólo he hecho cosas a medias: gestos de indio, gestos de español. Quizá la muerte de mañana sea mi primer acto verdaderamente humano. Voy a morir por la culpa de ser libre y, por tanto, traidor. Mis jueces, mis amigos que me fusilarán, piensan que mañana yo estaré muerto y ellos vivos; sin embargo, no se dan cuenta de que murieron hace mucho tiempo, quizá nunca nacieron: al ir hacia el cadalso, caminando entre soldados y capellanes, seré el único hombre vivo moviéndose por un mundo congelado y estático.



\* \* \*

Que todos conozcan también que el triunfo de San Martín es indudable, porque a la larga todos los pueblos de los contornos de Lima se le han de unir y entonces ó hemos de perecer de hambre o hemos de entregarnos a discreción, lo que no tiene ni admite medio; y así es mejor que desde ahora abreviemos estos males haciendo de la necesidad virtud; pues si al fin se ha de proclamar á la Libertad, al Ejército Libertador y a su invicto Jefe, ¿por qué no se hace pronto y se ahorran sustos, muertes, dinero y ansiedades? Que conozcan todos los españoles que los que se decidan en favor de la independencia americana serán atendidos y reputados como ciudadanos americanos, y que los que no se quieran decidir se les dejará ir francamente á su tierra, con sus bienes, mujeres e hijos; todo lo que se les negará después si no varían ahora prontamente de conducta, reconociendo que el Soberano pueblo español que existe en España y manda en España nada tiene que hacer ni puede ser soberano del Soberano pueblo americano que existe en esta América, y debe mandarse por sus propios hijos.

\* \* \*

Me duele que me llamen traidor. Pero, ¿hay algún hombre verdadero que no sea un traidor? ¿Es posible tener una adhesión ciega, absoluta, total, a una idea o a una posición social y seguir siendo hombre? ¿Se puede vivir humanamente sin distanciarse, sin diferenciarse, sin oponerse, sin criticar?

Mi doble naturaleza está a flor de piel; y esto me ayuda a tomar consciencia de la necesidad de la traición. Pero aún para quienes nacieron indios o españoles, sin mezcla, ¿es posible que sean únicamente indios o únicamente españoles y que sigan siendo hombres? La solidez, la coherencia, no se adquieren sino al precio de una castración: para no violar el ambiente en que

vive, el «hombre de bien» tiene que reprimir sus erecciones, tiene que renunciar a diferenciarse, tiene que frustrar la libertad que le exige hacerse a sí mismo con la misma pasión que lo lleva a tumbar a una chola entre los trigales.

Lo grave es ser traidor a medias, abandonando una causa para adherir a otra: la traición unilateral es un acto tan innoble como liberarse de un amo para entregarse en esclavitud a otro. La deslealtad tiene que ser plena, radial, como el sable que hacemos girar en círculo y sólo deja vivo a quien lo esgrime.

\* \* \*

Ultimamente, Madre Nuestra y Señora, haced que todos los americanos, dejando a un lado las pueriles rivalidades, la ambición de mando y de honores y todos los vicios que acarrear la corrupción, la anarquía ó el despotismo, se unan con lazos fraternales muy estrechos para coadyuvar todos a una con San Martín y su Ejército al bien general de toda la América, persuadiéndose que no se trata ni se debe tratar sólo del engrandecimiento de Lima ó el Perú, sino de toda la América en general; para que unidos todos los estados de Buenos Aires, Chile, Alto Perú, Quito, Santa Fé y Venezuela, y si es posible México, podamos gozar todos de los inmensos bienes temporales que la Providencia y la naturaleza nos convidan á gozar, ganada nuestra absoluta independencia; para que después de haber vivido en paz y abundancia, bajo de un gobierno justo, liberal, propio, independiente, enérgico, laborioso y bien unido, podamos aspirar a los bienes espirituales eternos de la Gloria, alabándoos y ensalzándoos a Vos ¡Oh Reina Nuestra! y a vuestro sacratísimo Hijo por los siglos de los siglos. AMEN.

\* \* \*

Te pido, Felipa, por el recuerdo de este marido que sólo



comprendió la verdad cuando ya no había tiempo de enseñarla a su hijos, que les des a ellos —a quienes pido (con timidez, porque pronto seré un extraño para ellos) que traten de recordar a este padre confundido y devoto— la consciencia de esta doble afiliación. Deben saber que pertenecen a dos mundos diferentes y, por tanto, a ninguno del todo: libres de modelos impuestos por la tradición, están obligados a inventar enteramente su propia vida. Sólo así se formará el Perú del mañana.

Y tu, dilecta esposa, recibe el último suspiro de tu amantísimo,

Manuel Choquehuanca.

\* \* \*

(Un Padre Nuestro y una Avemaría por su Ilustrísima y un Credo por quien compuso la oración).

## **HAN DE TENER LA BULA DE LA SANTA CRUZADA**

**NO LO QUITE NI LO ROMPA, SO PENA DE  
EXCOMUNION MAYOR, IPSO FACTO**

**Por mandado de su Ilustrísima.**

**2**

**GUERRA PASADA**



**T**odo comenzó con la llamada Independencia. Hasta entonces, Corongo era una pequeña población agrícola, prácticamente olvidada por el Gobierno español entre los repliegues de los Andes, donde nunca sucedía nada que —para el bien o para el mal— alterara nuestra paz. De pronto, comenzaron a aparecer de tiempo en tiempo por los cerros cubiertos de la raquílica paja de la altura, grupos de hombres armados que se decían luchadores por la libertad y que nos instaban a unirnos a una guerra contra el Rey. Más tarde llegaron de paso batallones de tropas patriotas que invocaban al General San Martín y que nos prometían librarnos del yugo que nos había impuesto la Corona española.

Sin embargo, por el momento el yugo más importante que teníamos que soportar eran los cupos que nos imponía el ejército emancipador y las guerrillas que lo apoyaban. Cuatro libras de manteca aquí, seis libras de sal allá, dos de ají, dos de cebollas, ocho pollos porque el Coronel tenía que alimentarse bien para poder pelear en defensa nuestra, un real de huevos, una botella de aguardiente, dos reales de chicha... Las primeras veces, entregamos lo que nos pedían. ¡No era mucho, sobre todo si era para eso que llamaban libertad y que debía ser una cosa buena! Y normalmente nos daban un recibo para que cobráramos el importe de lo tomado cuando llegara la victoria y el Perú tuviera un Gobierno independiente. Luego nos contaron que la revolución había triunfado, que ahora éramos libres pero que todavía existían enemigos de la causa, por lo que la guerra continuaba y las contribuciones del pueblo debían seguir. No nos dimos muy bien cuenta de esa libertad que ahora teníamos; pero las demandas de las tropas aumentaron: un almud de papas, cuatro almudes de cancha, un celemín de papaseca; y hasta se llevaban nuestro ganado.

La señora Jacinta Ramos protestó cuando uno de esos coroneluchos —ya habíamos comenzado a tratarlos despectiva-

mente entre nosotros, cuando ellos no nos oían— le quitó sus siete carneros.

-«¡Ah, eso sí que no! Mis carneros, ¡nunca! Oiga, señor Coronel, esos carneros son todo mi ahorro: cuando necesito algo de dinero, los trasquilo; y cuando esté en un apuro grave, los venderé de uno en uno. No van a servir de alimento de una puerca tropa. Su Batallón ya se llevó la raspadura, también me ha quitado un perril de jamón y cuatro pares de zapatos de dos costuras, con herraduras de fierro. ¡Basta!».

La furia de Doña Jacinta no tenía límites. Abriendo su falda con las dos manos como para crear un biombo que hiciera invisibles a sus preciados animales, se paró delante de ellos.

-«Para cogerlos, tendrá que matarme».

El Oficial, con un solo manotazo, derribó a la mujer y ordenó a sus soldados que se llevaran los carneros. Martín Sifuentes, un hombre amable de unos treinta años, nacido en Chiquián pero que se había vecindado en Corongo y al que habían elegido los coronguinos como Alcalde de primer voto por su honestidad y preocupación por los demás, trató de hablar con el Oficial Ariza.

-«Mire, Coronel. Disculpe a Doña Jacinta, pero la gente está cansada de que le tomen sus cosas. Las ovejas son muy importantes para nosotros, que somos pobres...»

*...pedazo de bruto Jacinta es una buena mujer los carneros ha trabajado duro toda su vida para tenerlos nadie tiene derecho a tratar así a la gente qué revolución ni qué ocho cuartos hay que impedirle que se robe nuestros animales... qué estoy pensando Dios nunca he sentido esta rabia por dentro quizá el pobre oficial no sabe lo que representan los carneros para nosotros los campesinos...*

-«¡Más importante es la libertad del país!», replicó el Coronel con voz tajante.

-«Pero es que también hay que tomar en cuenta la libertad de nosotros y no sólo la del país...», Martín no terminó su frase porque Ariza le propinó una par de bofetadas.

*...salvaje ladrón si pudiera decirte lo que pienso ojalá estuvieras solo un día sin toda esa chusma que te defiende... pero cómo puedo pensar de esta manera el cura dice que hay que devolver bien por mal...*

-«¡Amarren a este hombre y llévenlo como reserva!», dio instrucciones a sus subalternos.

*...te mataría sin escrúpulos Dios me perdone si pudiera hacerlo ay qué furia interna es ésta Señor que siento qué es este desasosiego ya no sé ni lo que digo...*

El Presbítero Don Matías Escalante, hombre probo y de notoria influencia en la población, intercedió ante el Coronel Ariza suplicándole que se llevara los carneros pero que dejara al Alcalde Martín Sifuentes, a quien la población necesitaba. Ariza accedió a regañadientes:

-« ¡Sólo porque me lo pide la Santa Iglesia!».

Los soldados arrojaron a Sifuentes como un paquete grotescamente atado delante del cura y abandonaron el pueblo.

Fue después de este suceso que llegaron los tres españoles, Ramón Pasquel, Antonio Almendro y Pasqual Bietes. Hablaron y hablaron con todos en el pueblo. Les dijeron que una partida de facinerosos mandados por un tal San Martín —que ni siquiera era de este Virreynato sino de La Plata— había ata-

cado las instituciones y las personas, diezmado los ganados, destrozado los cultivos, todo ello con el pretexto de una libertad que nadie sabía lo que era ni para qué servía. El resultado había sido la guerra. En cambio, el Rey de España, preocupado desde allende los mares por los sufrimientos que estaban pasando sus súbditos andinos en manos de estos malhechores, ofrecía restablecer la paz y el orden, con la afectuosa pero firme severidad de un buen padre. Ya las provincias del Norte habían logrado independizarse de los facciosos separatistas: Maynas, Cajamarca, eran realistas de nuevo. Por eso, los recién llegados proponían al pueblo de Corongo unirse a ellas para luchar contra quienes estaban causando tanto malestar en el país. Como sabían muy bien que nadie quería guerra ni pelea, todo lo que proponían era retirar cualquier apoyo al llamado Ejército Libertador: cada vez que llegaran los soldados, debían esconder sus provisiones lo mejor posible y huir a los montes para que los intrusos encontraran solamente un pueblo deshabitado.

El espíritu generoso y pacífico de Martín Sifuentes recibió la prédica realista primero con curiosidad y poco a poco con adhesión. Dos días después, Don Martín Sifuentes, actuando como Alcalde, declaraba que tomaba el partido de los españoles porque era el partido de la paz. Fue él quien organizó las evasiones al monte cuando llegaban los llamados patriotas, fue él quien dio ánimos a los timoratos para que guardaran sus cosas y se fueran temporalmente del pueblo, fue él quien una noche en la plaza, después de que todos habían bebido considerables cantidades de cañazo, ante media población se puso a gritar:

-«¡Abajo el tirano San Martín! ¡Viva el Rey!».

Cuando finalmente los movimientos realistas del Norte fueron aplastados y entró triunfante en Corongo el Ejército Emancipador, los tres españoles, Martín y mucha otra gente corrieron hacia las montañas como de costumbre. Pero esta vez

era más complicado porque la tropa iba a instalarse en el pueblo y su Jefe, el General de Brigada Don José Ribadeneyra y Texada, quien había sido nombrado Presidente del Departamento, estaba decidido a imponer la nueva ley y a acabar con todo rezago de realismo.

Don José era de ilustre familia lambayecana, hombre enérgico de carácter y habituado a los rigores de la guerra. Apenas llegó al pueblo, convocó a una reunión de vecinos en la plaza pública: sólo las mujeres y los niños estuvieron manifiestamente presentes; los hombres, escondidos desde hacía varios días en los montes, habían bajado sigilosamente y espiaban la escena, ocultos tras los grandes cactus que crecían salvajemente sobre los muros de adobe que rodeaban el lugar.

-«Coronguinos:», les dijo, sabiendo que lo miraban y que lo escuchaban sin ser vistos ni oídos, «habéis manchado vuestro suelo proclamando el Gobierno del Rey después de haber jurado la Independencia de él, ante los Altares, y ante la faz del mundo. A vuestros ecos se han estremecido de horror en sus sepulcros las cenizas de vuestros antepasados».

Las mujeres sintieron el estremecimiento de los muertos en sus propios huesos y los cactus se agitaron incómodos.

-«El Supremo Gobierno Protectoral compadece vuestros males y vuestra sencillez. Pero os insta a reparar contritos los desastres con que habéis cubierto vuestras familias. Por eso, lastimado os llama al centro de vuestros hogares, al seno de vuestras esposas y queridos hijos. Volved a estrecharlos en vuestros brazos, mezclad vuestras lágrimas de ternura con las de arrepentimiento y la Patria, satisfecha de vuestra sinceridad y adhesión, os tornará a la dignidad de hombres libres, de la que indignamente os habéis querido despojar».



Las mujeres cuchicheaban entre ellas: ¿cuándo nos van a pagar lo que se nos debe por todo lo que se han llevado? ¿cómo sabemos que no se seguirán llevando nuestros bienes?

-«Pero si desatendiendo su dulce voz permanecéis ocultos en las hondas quebradas, en los encumbrados cerros y dispersos por todas partes, negándoos a vuestras familias y al Estado, la bondad característica de un funcionario público que obra en nombre de la Suprema Potestad Directiva del Excelentísimo Señor D. José de San Martín que en sí la tiene depositada por la voluntad de los Departamentos del Perú, desaparecerá como el humo...»

Desde detrás de los cactus llegaba un silencio denso, espeso, tan notorio como el paso de un ángel.

-«...y sólo se dejará sentir sobre vosotros el vigor inexorable de la justicia de acuerdo con la política. Por tanto, todos los vecinos de este Pueblo se presentarán dentro del término de segundo día, so pena de ser declarados enemigos de la Independencia del Perú».

*...maldito sea nadie cree esas mentiras nos ofrece la miel y luego nos saca el palo qué razón había para perturbar nuestra paz estábamos tan tranquilos...*

-«Antes de llegar a sus casas, se presentarán en esta Presidencia para que, viéndose por el Comandante General sus bienes extintos, se tomen providencias para el reintegro de los que hayan perdido en el fermento de la convulsión, sacándolos del poder en donde se hallen».

*...ahí está la trampa nos obliga a presentarnos primero a la autoridad con el pretexto de devolvernos lo que es nuestro pero*

*en realidad quiere separar aquellos de nosotros que hemos estado más comprometidos y fusilarnos...*

Esa misma mañana se clavó un bando en la plaza que reproducía las palabras del General Presidente y ordenaba a los vecinos que se reintegraran de inmediato al pueblo. Pero se agregaba que los tres españoles que habían promovido la sedición y el Alcalde Martín Sifuentes, no estaba comprendidos en la benevolencia del Protector. Por el contrario, las autoridades de todo tipo y aun la población en general debían proceder a aprehenderlos, por lo cual recibiría quien lo hiciera una gratificación de quinientos pesos, pagaderos al instante.

Entre los hombres que nos encontrábamos ocultos en los cerros, el hambre, las incomodidades de las frías noches en la puna bajo las estrellas, la añoranza de la carne húmeda de nuestras mujeres, alentaron las tentaciones de rendición. Los tres españoles desaparecieron tan sorpresivamente como habían venido. Y, poco a poco, todos fuimos regresando a nuestras casas. Todos menos Martín. Todos abandonamos el monte y nuestras rebeldías. Martín se quedó.

Es a partir de entonces que perdimos todo contacto con él. Sabíamos que había optado por una soledad incólume; pero temíamos que ese estado de desconfianza y de acecho pudiera afectar su cordura. Algunos que lo habían visto fugazmente mientras llevaban a pastar el ganado al monte, decían que no quería encontrarse con nadie, que huía ante cualquier presencia humana, que corría apoyándose en los nudillos y que, a lo lejos, parecía como si le hubieran crecido pelos por todo el cuerpo. El Presidente Ribadeneyra organizó batidas para capturarlo como si fuera un animal rabioso, pero fue imposible encontrarlo: las tropas sentían su presencia a cada instante, encontraban huellas de sus pisadas, escuchaban ramas que crujían cerca de los senderos, pero nunca pudieron avistarlo.

*...miedo rabia miedo y rabia rabia y miedo tengo que huir de todos cualquiera puede venderme para recibir los quinientos pesos no es difícil ocultarse soy parte del monte y el monte es parte mío correr por las laderas acurrucarse en las oquedades dormir bajo las estrellas matar para comer algo desde muy adentro me guía me devuelve un conocimiento olvidado el único verdadero...*

Pronto advertimos que Martín había aprendido a cazar a mano limpia para vivir. Cada mañana descubríamos las huellas sangrientas de la lucha contra la muerte de este hombre acosado: un ternero muerto con una roca y con el vientre devorado, un chanco al que le faltaba una pierna, un montón de plumas de gallina.

*...puedo beber la sangre caliente del animal desgarrar sus entrañas y llenarme la boca con sus vísceras por qué tengo manos tan inútiles que sólo sirven para persignarse y para acariciar mujeres mis compañeros del monte son más fuertes y más ágiles y sobre todo tienen zarpas con uñas afiladas que les permiten matar más fácilmente para comer desprecio estas manos de hombre...*

Todos sabíamos dónde había estado Martín por los restos de animales y por las cosechas que robaba. La vida salvaje lo había hecho adoptar hábitos de puma: era fácil darse cuenta de que recorría la zona con regularidad, dentro de una cierta órbita vagamente inexorable, como si su destino estuviese minuciosamente pero aleatoriamente marcado. Todos conocíamos de manera general sus repetitivas evoluciones; pero nadie podía decir con exactitud dónde se encontraba en un determinado momento ni cuál de los intrincados senderos del monte tomaría en cada paso. Los soldados lo acechaban en las rutas posibles, a veces lograban divisar su silueta y entonces —aterrados— le descargaban sus armas, disparando balas suficientes para matar a un

regimiento. Pero, cuando juraban haberle dado, Martín desaparecía entre los roquedales; y poco después se encontraba un nuevo despojo de sus feroces cacerías.

En el pueblo, empezamos a temer la furia animal de Martín. La culpabilidad comenzó a crecer en el corazón de los lugareños como una enredadera que poco a poco se enroscaba en nuestra alma y nos impedía respirar.

Algunos habían obtenido ventajas con la ausencia de Martín: uno compró la casa donde el prófugo había vivido con su familia por un precio irrisorio, aprovechando la situación desesperada de la esposa; el propietario de la tierra colindante a su chacra, había corrido una noche los linderos haciendo suyo un campo de hortalizas que Martín había jurado no venderle nunca; el boticario estaba rondando a la mujer de Martín. Muchos reconocíamos (no sin dejar de sentir desprecio por nuestra debilidad) que no vacilaríamos en denunciarlo si supiéramos dónde se encontraba, para ganar la recompensa prometida. Y aun quienes fueron sus amigos (lo que ahora negaban terca-mente para evitar una denuncia política) se sintieron culpables de haberse olvidado de Martín, de no importarles ya mucho su suerte. El pueblo, luego de haberlo admirado en la época en que lo eligieron su Alcalde, lo sentía ahora como un inquietante ser, enigmático e impredecible: a medida que la república se volvía parte de lo cotidiano, parecían cada vez más distantes y anormales las actitudes realistas que tan enardecidamente había tomado Martín. Y lo inusual tiende a ser visto como irracional; lo irracional es extraño; lo extraño provoca temor; y aquello que se teme, se odia. En el fondo, todo coronguino odiaba a Martín Sifuentes porque su sobrevivencia, aun fantasmal, era un dedo extendido hacia el corazón de cada uno, señalando la madriguera de sus culpas y claudicaciones.

*...ah qué agradable echarse al sol y estirar brazos y piernas re-*

*volcarse por la grama otear el horizonte a la búsqueda de una presa observar a la víctima sin mover un sólo músculo listo para saltar y matar placeres elementales y primarios más verdaderos que las artificialidades de esos que se llaman humanos acaso puede haber un goce mayor que el de la caza...*

Las batidas continuaron sin descanso y los presuntos encuentros se multiplicaron: en cada ocasión los soldados juraban haberlo matado a tiros; pero, a pesar de la pólvora y de las emboscadas, la presencia invisible de Martín seguía pesando en las consciencias de todos. Algunos en el pueblo comenzaron a pensar que había muerto hacía mucho tiempo y que lo que ahora seguía recorriendo la zona era su espíritu, lógicamente indestructible. Yo nunca acepté esa hipótesis. Pero, como jamás se encontró el cadáver después de las balaceras y como debido a ello no nos había sido posible tomar las precauciones del caso, enterrándolo boca abajo y cortándole los tendones del talón para que no siguiera deambulando y persiguiendo a sus enemigos, debo reconocer que la suposición no era del todo inverosímil. Otros, entre los que me encontraba, pensábamos más bien que se había convertido en puma.

Hasta pronunciar su nombre era algo que hacíamos con temor y que podía ser vivido como un peligro. Para evitarlo, alguien le puso el mote de «Guerra Pasada»; porque espíritu, hombre o puma, era un sobreviviente de cien mil batallas y persecuciones. Y Guerra Pasada seguía marcando las señales de su existir, como las huellas que deja un homicida en la casa de su víctima.

*...qué insignificante es ese mundo humano con su apretado pueblo de paredes de barro con techos de rojas tejas donde viven todas las pasiones mezquinas todos los intereses pequeños las esperanzas fútiles y las angustias despreciables sin comprender el aire puro de las cimas la amplitud de las pampas la mirada*

*sin límites de una noche estrellada la lucha por la vida sin trampas ni consuelos...*

Todos teníamos alguna historia a flor de boca sobre los encuentros con el puma: unos habían sentido que los acechaba mientras lo acechaban, otros creían haber visto su sombra fugaz —nunca definida, nunca inequívoca— evadiéndose por los matorrales, alguno sostenía incluso que lo había oído rugir. La mirada acusadora del puma pesaba, helada, sobre el cuello de todos los habitantes del pueblo, incisiva como el hacha del verdugo, aterradora como el paso de las ánimas. Los atemorizados relatos se prodigaban en la plaza, el Domingo después de la Misa: alguno decía haber atisbado unos ojos de fiera que desaparecieron de inmediato en la oscuridad de una esquina; otro había escuchado una carrera rápida detrás de una tapia; un tercero había oído la respiración jadeante de un animal hambriento; alguno sostuvo haber visto ondularse los soleados campos de trigo, como un mar amarillo levemente agitado por la brisa, delatando el paso de la fiera; aquí un ronroneo de gato, allá un gruñido amenazador. Nadie se atrevía en la noche a llegar hasta el extremo de esas calles donde la tierra dejaba de estar apiñonada. Después de la caída del sol, nadie se atrevía a abandonar el mundo de la cultura para entrar en el de la natura, el reino misterioso y amenazador de Guerra Pasada. En el campo, a la luz de la luna, la ronda del puma se convertía en una atmósfera repulsiva y peligrosa, en la que, como en un mar asfixiante y nauseabundo, era sumergido el irresponsable caminante que se atrevía a desafiar a las fuerzas del mal: la fiera se olía, se escuchaba, se intuía, tan sutil pero tan envolvente como el aire.

Ante la imposibilidad de vencerlo en franca lucha, se decidió matarlo a traición: su propia mujer, la curandera del pueblo, rehecha su vida al lado del boticario en un mundo de frascos de poéticos nombres —*Apis mellifica*, *Belladonna*, *Ignatia amara*— fue quien propuso el uso de la trampa y del veneno.

Una noche fue abandonada, por la ruta calculada de la fiera, una pierna de chanco previamente empapada en la cicuta preparada por la esposa de quien fue otrora Martín Sifuentes, antes de que se convirtiera en puma. Al día siguiente, la pierna había desaparecido; pero no se encontró cadáver alguno en las proximidades. Ante las seguridades de la curandera sobre la eficacia de su pócima, todos nos fuimos a dormir más tranquilos: el cadáver de Martín Sifuentes debía encontrarse en el fondo de alguna cañada y aparecería en los días siguientes. Pero el cadáver no apareció; en cambio, una oveja de Doña Jacinta amaneció muerta en su redil con el costado manifiestamente comido por una fiera.

La mujer sugirió que se intentase una vez más el mismo procedimiento; pero que en esta ocasión se colocase el doble de ponzoña, con lo que se podría matar incluso a un espíritu.

*...tengo que vivir vivir tengo que vivir tengo que vivir tengo que tengo tengo ten...*

Al amanecer, encontraron a Guerra Pasada en un matarral, la boca verde por las hierbas con las que inútilmente había intentado purgar una segunda vez el traidor veneno. En esta ocasión, la Muerte no le había dado tiempo: trabajando más rápidamente que cualquier antídoto, había cumplido profesionalmente con su cometido.

Al principio, los vecinos tuvieron un poco de dificultad en reconocer a Martín Sifuentes: le faltaba un ojo, una oreja, media nariz, el brazo izquierdo estaba inutilizado, la pierna derecha, rota de un balazo, había soldado defectuosamente; las manos se habían convertido en garras, el rostro y el cuerpo estaban cubiertos de una vellosidad hirsuta que ocultaba todo vestigio de humanidad. Sin embargo, quienes más lo habían frecuentado identificaron el cuerpo por la mirada limpia que se advertía en esos grandes ojos muertos, abiertos hacia el cielo.

# 3

## LA TRANQUILIDAD DE ESPIRITU

Parecería, sin embargo, que es un derecho, el primero de los derechos naturales para el hombre, el ser libre, el pertenecerse a sí mismo; y, a pesar de ello, miles de años han transcurrido antes de que despierte en ciertos países el sentimiento generoso de atreverse a proclamarlo. Jules VERNE. **La Jangada.**



Cabalga Su Excelencia, la figura enhiesta y templada como una espada de Toledo, la vista fija en ese horizonte circundado de páramos y de dunas. El desierto invita a la reflexión y el repiqueteo monótono de los pasos del caballo llevan el espíritu del Presidente lejos de ese grupo ceremonioso de jinetes que representan al Estado Peruano.

El General Orbegoso había salido el día anterior del Palacio de Gobierno, con los Generales don Domingo Nieto y don Francisco Valle Riestra, su Jefe de Estado Mayor, y con el fiel Coronel Rudecindo Palacios. Lo acompañaban numerosos oficiales y soldados de la guarnición de Lima: más de doscientos hombres formaban su comitiva. La despedida fue apoteósica: un gentío se había agolpado en las calles para ver pasar a su apuesto Presidente, hombre de elevada estatura y porte arrogante. Con treinta y nueve años bien vividos, simbolizaba la limpieza cívica y gozaba del fervor de las multitudes: las clases altas lo consideraban uno de los suyos, aristócrata, acaudalado; las clases populares lo veían con la triple aureola de la oposición, de la promesa y del atractivo personal. Las mujeres lo consideraban simplemente un hombre.

Sin embargo, Orbegoso se siente solo en medio del aplauso popular. Sabe que tiene muchos enemigos políticos y que no puede confiar en la gente que lo rodea: los guardias, edecanes, la escolta y hasta los centinelas interiores de las puertas del palacio y de la misma pieza en que duerme, han sido puestos por su rival Gamarra. Y se decía que también, por su parte, el Coronel Salaverry sólo esperaba la ocasión para derrocarlo. Con esa actitud franca hasta la ingenuidad que todos le conocían, había preguntado directamente a Salaverry antes de salir si era verdad que estaba complotando contra él. «Si fuera así», le había contestado Salaverry, «usted sería el primero en saberlo porque sería la primera persona que tendría que fusilar».

En medio del arenal, la soledad le penetra hasta los huesos y ejercita su alma con crueles ideas. Se voltea hacia Valle Riestra y, sin dejar de mirar la sensual forma de las dunas arrastradas por el viento, le comenta: «Cada día que duramos es una victoria...». Mientras cabalga, piensa en las jornadas que le esperan: un largo viaje a las provincias del Sur, atravesando primero los sedientos desiertos de la Costa sumidos en un paisaje incoloro donde los grises han hecho batir en retirada al arco iris, para remontar luego varias cadenas de montañas, subiendo por abruptos senderos al borde de precipicios insondables y descendiendo nuevamente al regazo de los torrentosos ríos por trochas empinadas y resbaladizas como su propio Gobierno. Algo intuye Su Excelencia que quizá éste es un viaje ritual, una peregrinación de despedida, que quizá en este viaje, lejos de afirmar su poder con su presencia en las zonas apartadas del país, simplemente cada paso de la cabalgadura lo aleja más de esa Presidencia a la que nunca regresará. Una melancolía pálida como ese cielo permanentemente blanco de nubes, como esos cerros de arena blanca, lo envuelve sin remedio: de pronto, extraña su bella casona de Trujillo frente a la Iglesia, los salones amenos de tertulia y la sociedad de las señoras en la que suele solazarse.

En los Chorrillos, la primera escala del inquietante viaje, lo habían recibido las autoridades civiles y eclesiásticas, acompañadas de la población entera, con extraordinario entusiasmo, demostrado con los continuados repiques de las campanas, las camaretas y los cohetes, que hacían retumbar el aire con estruendoso ruido y que no cesaron hasta que Su Excelencia abandonó el pueblo. Las calles estaban aseadas con colgaduras y banderas. De todas partes caían mixturas y aguas de olor. Una mujer se separó de la muchedumbre y avanzó hasta Su Excelencia, despreciando el peligro de ser atropellada, para obsequiarle un ramo de flores: al llegar bajo la montura del Presidente, se postró a sus pies y, recibiendo la marcial espuma que arrojó la

cabalgadura al ser detenida abruptamente, le ofreció las flores llamándole Salvador de la Patria.

Luego de haber pasado la noche en la Hacienda de Villa, el presidencial séquito proseguía ahora su ruta. La comitiva había cruzado los pantanos, donde fuentes de agua aquí y allá combatían el desierto creando pequeños y cerrados mundos verdes, como círculos trazados por un mago ausente, en cuyo interior crecían las cañas bravas y esperaban pacientes —¡Dios sabe qué!— las garzas blancas. El mar retumbaba a la derecha de los jinetes, en playas azotadas por la espuma de olas que no parecían comprender la majestad del grupo de ilustres viajeros, mientras proseguían inexorablemente su rabiosa y eterna lucha contra la tierra firme. Unas horas más tarde, el desierto había vuelto a vencer, sofocando todo manantial, impidiendo todo afloramiento. La fina arena se ordenaba en colinas enroscadas sobre sí mismas, acurrucadas de un lado y otro del camino. La ausencia de variaciones en el paisaje daba la impresión de una eternidad extendida hasta el infinito. Sin embargo, ese absoluto (como todos los absolutos terrenales) no era sino un espejismo. Ese paisaje que parecía inamovible, ese manto de arena en el que nada parecía agitarse, nada parecía cambiar, era —como la Política— el producto del instante: mañana el paisaje sería otro, porque el viento se habría encargado de no dejar nada en su sitio, de hacer avanzar las dunas y, como un escultor desorbitado, habría modelado cada parte del desierto de manera totalmente diferente; quizá mañana también el Gobierno sería otro y los vientos de la ambición habrían remodelado el país.

—«La virginidad de estas dunas, que parecen no haber sido jamás holladas, no es sino una mentira más de este mundo de apariencias», se dijo el Presidente. «Nuestras propias huellas serán borradas mañana por el viento y no quedará rastro alguno de nuestro paso».



Los caballos se fatigaban de hundir sus cascos en estos terrenos blandos y los jinetes habían optado por soltarles las riendas y dejarlos que caminen, el cuello estirado, a su propio ritmo. Al caer la tarde, uno de los oficiales se acercó al galope y anunció que estaban llegando a la Hacienda San Pedro, de Lurín, donde pasarían la noche. Inmediatamente recogieron las cabalgaduras, les arquearon los cuellos y, con algunos toques de espuela, el grupo reasumió su porte militar: un Presidente del Perú no podía llegar a una localidad con los caballos derrengados y los ánimos ensombrecidos.

\* \* \*

La entrada fue nuevamente triunfal. La Hacienda San Pedro, perteneciente a los Padres de San Felipe Neri, estaba adornada con arcos formados de ramas de laurel y olivo, y en el portón de ingreso flameaba el pabellón bicolor peruano. La comitiva entró al patio de la Casa Hacienda en medio de los vítores de los moradores. Tan luego como el ilustre personaje bajó del caballo, unas jóvenes ornadas con gusto le brindaron rosas y le arengaron. El Administrador de la Hacienda, General de Brigada don José María Egúsqiza, se acercó inmediatamente y, luego de tomarlo cariñosamente de las manos, le dio un fuerte y prolongado abrazo.

-«¡Bienvenido a San Pedro, Su Excelencia! Nos complace que se haya usted dignado hacer pascana en esta humilde casa que está toda a vuestra disposición».

El General Bernardo O'Higgins, quien desde los sinsabores que había tenido en Chile residía en Cañete, había venido especialmente a saludarlo, adelantándose al viaje del Presidente. El encuentro de los dos hombres fue sencillo pero emotivo: Orbegoso veía en el viejo luchador por la libertad el paradigma del nuevo hombre sudamericano.

Mientras dejaban los caballos a los que estaban encargados de su cuidado y bajaban los morrales y alforjas, se escuchó un coro que cantaba una música de tonos cálidos y que se aproximaba a la Casa Hacienda. Todos levantaron la vista y vieron entrar en el patio a la negrería que regresaba de trabajar en el campo y que acostumbraba finalizar sus trabajos diarios dirigiendo sus preces al cielo y entonando en variados cantos los himnos eclesiásticos. El grupo de esclavos, hombres, mujeres y niños color de ébano, acompañados de un sacerdote, se acercó a la pequeña iglesia para rezar los oficios propios de la hora de Angelus.

El Presidente quedó profundamente impresionado por tan angelicales voces que contrastaban con su carácter denigrante de esclavos. Hombre sensible, el espectáculo despertó en su alma sentimientos de piedad y religión. No pudo evitar prorrumpir una expresión de admiración:

-«¡Mire esto, Nieto! No se hubiera podido creer, de no haberlos oído y visto, que los que entonaban canciones tan puras eran esos seres degradados. Cuando comenzaron a escucharse las voces antes de que ingresaran al patio, nunca hubiera imaginado que una música así provenía de gente tan tosca. Si parecían espíritus celestiales, tal era la cadencia y el sonido suave y diferentemente modulado que afectaba a los sentidos...».

Desde el interior del Oratorio siguieron escuchándose estas voces acompasadas que cantaban a su Señor con el alma y con el cuerpo. Ante la extrañeza de sus acompañantes, el Presidente insistió en que quería permanecer en el patio para verlos pasar de nuevo. No podía todavía conciliar la imagen visual con la sonora y necesitaba una experiencia más para asimilar el contraste.

Los esclavos salieron ordenadamente de la capilla y se dirigieron a sus galpones. Orbegoso los miraba con avidez, como tratando de descubrir un nuevo orden de las cosas que no atina-

ba a establecer. El Coronel Palacios permanecía a su lado, como un mastín al costado de su amo. Particularmente una niña de unos dieciséis años que se encontraba en la primera fila, llamó profundamente la atención del Presidente. Un cuerpo esbelto, escasamente oculto por unas cuantas telas de colores enrolladas coquetamente alrededor de su cintura, el caminar cimbreante, los labios carnosos que se entreabrían para el canto. Era un animal hermosísimo, más armonioso que un corcel de guerra, más dulce que un venado, más sugestivo que una víbora.

El General Egúsqiza lo alejó de esta visión fugaz tomándolo del brazo y haciéndole presente, con extraordinarias muestras de afecto, que la cena se encontraba servida. En el comedor de la Hacienda, estaba puesta una vistosa y abundante mesa de cuarenta cubiertos. El Presidente fue colocado en el lugar de honor y las dos bellas jóvenes que le habían ofrecido las rosas al llegar, ocuparon un asiento distinguido; Su Excelencia repetidamente brindó con las damiselas, obsequiándoles ellas con toda clase de atenciones.

Luego de haber gustado de lo delicado y variado de la mesa, en la que reinó la decencia unida al contento y a una urbanidad cortesana, el General Egúsqiza pronunció una sencilla y cordial arenga, parto más bien de la sinceridad de sus sentimientos que producción de un talento cultivado. A ella siguieron continuos y expresivos brindis de los demás comensales, manifestándole su adhesión. Bernardo O'Higgins hizo el brindis más conceptuoso:

-«Al levantar la copa para saludar el ilustre nombre del defensor de las libertades patrias, séame permitido expresar mi gozo y el de mi familia, por su prosperidad y de la generosa nación que preside, cuyos votos son tan ardientes como nuestros vivos deseos porque, uniendo siempre la oliva al eterno laurel de sus glorias, sea el baluarte inexpugnable de los libres contra la violencia y la injusticia».

Mientras escuchaba a O'Higgins, Orbegoso pensaba en esos seres infelices de la negrería a quienes había oído cantar, que habían perdido su libertad en manos de los que tuvieron más maña que ellos y a cuya fortuna contribuían.

-«Libertad es su estandarte;» continuaba enardecido el prócer. «Dichosos los pueblos que combaten por tan alto bien; ellos son dignos de merecer la admiración de los buenos y las congratulaciones del filósofo y el patriota. Brindo, señores, por el que, dando libertad civil a su patria, se afanó en asegurar este bien supremo, por Su Excelencia, el señor Presidente».

Pero Orbegoso seguía con el pensamiento puesto en los negros esclavos. ¿Considerarían ellos también que era digno de admiración, al igual como lo hacían los filósofos y los patriotas al decir de O'Higgins? ¿Pensarían ellos también que se había afanado por asegurar la libertad? En todo caso, la oliva y el laurel no parecían tener mucho significado para estos hombres diferentes que salían todas las mañanas al alba al campo y regresaban a la hora del Angelus, extenuados por la fatiga, con la única mira de echarse sobre su jergón a fin de recuperar las fuerzas perdidas en aras de otros y estar en aptitud el día siguiente de volver a consagrar su inútil pasión de vivir para engordar las fortunas de amos muchas veces desconocidos.

De la mesa principal, pasaron a otra de refresco, cubierta de dulces y licores exquisitos. Los alcoholes fueron generosos y Su Excelencia dejó ver su carácter franco que, sin envilecer su alto rango, lo hacía acomodarse a las circunstancias para que fuera accesible a sus conciudadanos. La tertulia transcurrió entre los entretenimientos de la mesa y las conversaciones animadas y sostenidas por el bello sexo, en las que éste desplegaba su gracia para alejar la monotonía. Las señoras se encontraban muy halladas y divertidas con el Presidente.

Cuando parecía que la reunión debía terminar, la comitiva fue sorprendida por un concierto de música, compuesto de dos arpas, un violín, un clarinete y un violón, a cuyo compás la dueña de casa le cantó al señor Presidente un aria de Rossini, que si bien no era arreglada a los preceptos del arte, era conforme con la alegría de que se hallaban por entonces todos poseídos. Y a las siete de la noche principió el baile, el que rompió su Excelencia con un vals acompañado de la señorita hermana del señor General O'Higgins.

Sin embargo, la mente de Orbegoso seguía fija en los negros oprimidos por la ambición del blanco y en esa belleza de ébano de dieciséis años que había visto al llegar. Su Excelencia, emocionado con sus propios pensamientos, no resistió. Nieto advirtió que tenía los ojos bañados en lágrimas.

-«¿No son quizá del gusto de Su Excelencia las arias cantadas o la compañía de estas señoritas?».

-«Bien sabe, General, que la música si bien no me fascina, ciertamente me entretiene; y que la sociedad de las señoras siempre me fascina y me entretiene. Pero no puedo dejar de pensar en esos infelices cuyos padres fueron traídos de Africa. Hay algunos seres entre ellos que parecen angelicales. No sé si ha advertido al llegar, General, esa jovencita de senos turgentes y muslos firmes que se encontraba en primera fila. Una criatura así no merece tan cruel destino».

-«¿No estará pensando, Su Excelencia, en declarar la abolición de la esclavitud en estos momentos ya de por sí muy difíciles para el Gobierno?».

-«No, no, claro que no. Eso es imposible y no había pasado por mi mente. Pero cuando menos, me gustaría reparar en algo el sufrimiento de los negros haciéndoles cariños, demostrándoles

que los quiero y que comprendo y comparto sus pesares e infortunios».

Nieto no respondió. El fiel Palacios, siempre presente como la sombra silenciosa que sigue impertinente a los enamorados en las noches de luna, afectó no haber oído el comentario. Valle Riestra, que también estaba cerca, se quedó pensando en las cualidades y debilidades de este hombre abundante de nobles sentimientos, pero incapaz de tomar decisiones enérgicas: era como un hermoso árbol, frondoso de ramas, cuyas innumerables hojas se estremecían ante el más mínimo roce de la brisa; pero que no podía dar frutos.

\* \* \*

Terminada la cena, cuando Su Excelencia se retiró a su aposento, Palacios tocó quedamente la puerta e introdujo en la habitación del Presidente a la preciosa negrita que había impresionado al recio General.

-«No es posible que usted acaricie a todos los esclavos de esta hacienda, pero creo que ése no es tampoco el sentido de su sentimiento: Su Excelencia quisiera demostrar su amor por ellos y para esto basta que lo haga en uno de su especie. Por ese motivo, me he permitido traerle a esta jovencita que tiene dones suficientes para representar a su raza».

El Presidente cerró parsimoniosamente la puerta tras de Palacios y examinó con cuidado a la jovencita. Con toda delicadeza, le quitó los trapos que la vestían dejando al desnudo los dones que el Cielo le había dado. Las carnes lustrosas de la negra brillaban a la luz de las velas, modificando provocativamente sus contornos con cada vaivén de la llama. Su Excelencia rozó con la palma de la mano los firmes muslos, remontó las nalgas como quien reconoce las poderosas ancas de un caballo de guerra, ten-

tó el abdomen y, luego de un recorrido suavísimo por los tiernos pechos, le hizo un cariño en la mejilla que arrancó una tímida sonrisa de la niña. Poco a poco, el cuerpo de la negra reaccionó ante los cariños y sus senos se abrieron como claveles reventones. Un olor agrídulce, a sudor de faena de campo y deseo de animal en celo, hizo ampliar las ventanillas de la nariz de Su Excelencia, como el león que se excita con la presencia cercana de la presa. «¡Es difícil permanecer Presidente», pensó, «frente a una mujer hermosa! La naturaleza reclama impetuosamente sus derechos y cancela las formas, hace olvidar al hombre su historia humana, lo hunde en sus instintos ancestrales y retira todo fundamento de las jerarquías sociales».

Apagó las velas y dejó que la oscuridad y el sexo lo embriaran de libertad animal. En la profunda noche campesina, las formas de la joven desaparecieron, fundiéndose en la negrura circundante. Era como si el sentido de la vista hubiera sido desconectado para no turbar con imágenes las sutilezas del tacto, el misterio entrecortado de los sonidos, la magia de los olores y el goce enigmático de los sabores.

La negrita, abrumada por el honor que le correspondía, puso inmediatamente en ejercicio sus gracias que afectaron los ánimos del Presidente. «¡Esta es la verdadera democracia!», se dijo. «Más allá de los discursos de O'Higgins, es sólo en la cama donde se es verdaderamente libre...». Con obsesión por el paisaje peruano, Orbegoso, apeado de su condición de Presidente, recorrió la geografía entera: subió y bajó afanosamente por las dunas de la Costa, escaló las montañas, descendió a las quebradas más profundas, atravesó las cumbres de los Andes a la búsqueda de la cueva del tesoro escondido de Catalina Huanca, recorrió valles y laderas, descansó en playas húmedas, descubrió ríos insospechados y se adentró en la Selva abriendo trocha con sus manos entre la maraña exuberante del trópico.

Con los cuerpos entrelazados, el Presidente recordó sus tiempos de armas, los años de su juventud todavía no lejana en que participó valerosamente en las luchas de la Independencia; esos campos de batalla estremecidos por el fuego de los cañones, el retumbar de los caballos, los gritos de valor y de dolor; esos aires serranos cargados del sabor picante de la sangre y del sudor; esas cargas de caballería, lanza enhiesta penetrando en las profundidades de la carne mientras el cuerpo acompañaba rítmicamente el galope del brioso corcel.

La batalla fue intensa, con ataques vibrantes y rápidos repliegues, escaramuzas en diversos terrenos y nuevas cargas. Finalmente, el Presidente sintió que la dignidad nacional regresaba a su cuerpo: compensada la superficialidad adusta que debía mostrar como político con las estremecedoras vivencias del sexo, el equilibrio quedaba restablecido.

Despidió a la joven sin siquiera preguntarle su nombre: no tenía importancia y más bien este dato personal hubiera desdibujado su papel de abstracta representante de su raza. Y así, habiéndose desquitado del dolor que había sentido por los pobres esclavos al llegar a la Hacienda con los cariños que había prodigado a esa joven, quedó su espíritu tranquilizado. Dejó que los ojos se le cerraran dulcemente y se abandonó con confianza a la brisa fresca del sueño de la madrugada.



**4**

**EL CONSUL HONORABLE**



**E**sa mañana de 1841, Mr. Belford Hinton Wilson, Cónsul de Gran Bretaña en el Perú (y Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica, se recordó a sí mismo con inocultable satisfacción), fumaba pensativamente su pipa, mientras esperaba la visita del periodista.

Ah, qué difícil era ejercer el cargo de Cónsul (el de Encargado de Negocios, se corrigió no sin una buena dosis de vanidad diplomática) en un lugar tan poco civilizado. Gosh! Felizmente, había logrado trasladar algo de su añorada isla natal a esa modesta casita de la calle de Núñez. Se arrellanó mejor en la sólida *bergère* de terciopelo rojo que había hecho venir de Londres y miró complacido a su alrededor esa habitación tan británica. El Tesoro de Su Majestad no era demasiado generoso con sus funcionarios, pero había encontrado irrefutable el argumento de que cuando menos el local de la Legación, dado que era jurídicamente parte del Imperio, debía tener una dignidad británica. Eso le había permitido importar algunos muebles y decorar la oficina de manera sobria, pero británica al fin y al cabo.

Su trabajo lo hacía sobre un escritorio de caoba, presidido por un respetable tintero de hierro cromado donde, en medio de dragones y flores cuidadosamente burilados, anidaba una anacrónica pluma de algún ganso británico. Detrás de su asiento giratorio, una hermosísima mujer (británica) de vestido carmesí y sombrero emplumado, observaba al Cónsul, apoyando el brazo sobre una pequeña columna corintia, mientras una terrible tormenta castigaba unos árboles lejanos. No había sido fácil conseguir una buena copia de Gainsborough; pero lo había logrado, y ahora esa Mrs. Graham (¡tan desconocida y tan familiar!) formaba parte de su soledad. De tiempo en tiempo, fatigado del formalismo oficial, levantaba la vista de los insípidos papeles consulares, volvía su sillón y soñaba con esos ojos misteriosos, con esa boca inalcanzable, con las primeras curvas de

los blancos pechos que se asomaban por el amplio escote; pero, sobre todo, con ese delicado piecesito que se escapaba traviesamente por debajo de los pliegues de la falda satinada, ¡good sweet Christ!

Enfrente del escritorio, un impresionante reloj de pared lo ayudaba a vivir con puntualidad británica. A su izquierda, la ventana con delicados visillos de encaje; a la derecha, un juego de sillones de cuero negro frente a una imitación de chimenea, innecesaria en este clima moderado pero que contribuía a crear el deseado ambiente británico de la habitación. Y encima del hogar, una copia de John Constable (hubiera preferido que fuera de Turner, pero el Tesoro no le permitió hacer el gasto) le recordaba su Inglaterra natal: el verde campo, árboles venerables, una carreta que cruza un riachuelo en dirección de una británica casa campesina de techo a doble agua, mientras el infaltable perro retoza en la orilla.

Pero lo que más le gustaba era ese *bouffe*, de su propiedad personal, que lo acompañaba en todos sus viajes. Lo había colocado al pie de la ventana, para que la luz resaltara su fina marquetería que combinaba de manera sutil las maderas de variados tonos y los adornos de bronce refulgente: la quinta esencia del refinamiento europeo. Era una verdadera pieza de museo. Es verdad que André Charles Bouffe lamentablemente había nacido francés... ¡pero bien hubiera merecido ser súbdito británico, *Great God Almighty!*

Sin embargo, por la misma ventana se introducía también ese ambiente peruano, multicolor, bullanguero, formado por perfumes extraños y meloserías sociales, que constituía un ultraje al espíritu delicado pero riguroso que encerraba ese *bouffe* con su llave dorada. Desde la calle subió un grito chillón de negra vieja que penetró irreverentemente en el ambiente británico de la Legación: «¡Chicha de guindaas...! ¿A ver quién

toma una chicha de guindas para refrescar la sangre caliente?». Y junto con las palabras de descontrolado tono, entró una bocanada de ese extraño olor fritanguero de Lima, mezcla picante de anticuchos y orines, que el tabaco de la británica pipa no lograba contrarrestar del todo.

«¡Qué país éste!», se dijo. «Si los ingleses hubiéramos intervenido directamente en las Guerras de Independencia y luego hubiéramos asumido el Gobierno como protectores de esta nación imberbe, ya la habríamos puesto en el buen camino». A falta de ello, la única esperanza (modesta, pero sin alternativa) había sido el Mariscal Santa Cruz. Tenía una idea moderna del Estado y la Confederación Perú-Boliviana hubiera podido consolidar una potencia latinoamericana, tan importante como Brasil o como Argentina. Pero la mezquindad patrioterica de estos peruanos se cruzó ante ese destino histórico. Ni siquiera se dieron cuenta de que le estaban haciendo el juego a Chile, que se opuso a la Confederación porque temía que se formara un país demasiado poderoso a su lado. Cuando Chile les propuso la «Restauración», estos peruanos de mirada corta saltaron de contento, los muy ingenuos; y cuando los chilenos invadieron su territorio, los abrazaron considerándolos sus liberadores: no comprendieron que en ese momento el país vecino les estaba amarrando de manos y pies. Y el más estúpido de todos, quien más estuvo del lado de los chilenos y contra la modernidad de Santa Cruz era ese **godrotting scum** de La Fuente, que ahora se había convertido en Presidente del Consejo de Ministros.

-«**Goddamne**, son las 11 y un minuto y ese joven no aparece», dijo en voz alta, con inevitable repugnancia ante una conducta tan poco responsable. El diario **El Comercio** le había comunicado que, para atender a sus quejas, había encomendado a un joven y brillante periodista, el bachiller Hércules Gallardo, que investigara minuciosamente los hechos extraños que estaban ocurriendo en torno a su persona. Sin embargo, ese joven había anunciado su visita para las 11 de la mañana...

-«Esa falta de respeto por los compromisos, no sé si atribuirla a la juventud del bachiller o al carácter de los peruanos. Un poco de ambas cosas, **no doubt**».

En la pequeña mesa delante suyo estaba la enigmática carta que le había entregado el Sr. Prevost, Cónsul de los Estados Unidos, quien a su vez la recibió de un misterioso fraile. Con preocupación, volvió a leerla por enésima vez: «Señor, por conducto intachable se sabe que se trata de cometer en vos un asesinato en el momento en que os halléis solo; y cumpliendo con los deberes de caridad que me impone mi estado sacerdotal pero cuidando también la privacidad de la confesión a través de la cual recibí esta noticia, la pongo en vuestro conocimiento para que toméis todas las precauciones necesarias que interesan a vuestra conservación».

Al principio no había hecho mucho caso de esta singular misiva anónima. Pero unos días más tarde se presentó en la Legación un fraile —de rostro un tanto siniestro, a decir verdad— acompañado de una suerte de bribón de la calle, quienes le dijeron que eran los autores de la comunicación y que, dada la gravedad del asunto, habían decidido darse a conocer. ¡**God's death!**

-«Soy el Padre Arias, y él es un buen hombre que ha escuchado la advertencia de Dios».

El fraile, un mercedario, llevaba un Crucifijo enorme de marfil colgado del cordón con el que ataba el hábito, que intrigó al Cónsul:

-«Es un hermoso Crucifijo que lleva, Padre».

-«Tiene usted razón, hijo mío, sí que es hermoso; perteneció a mi tío que era Obispo en España».

El fraile explicó que había convencido a su dirigido espiritual para que se presentara ante el Cónsul y contara lo que sabía, ofreciendo interceder ante el representante inglés a fin de que se le diera la protección necesaria para evitar que cayera sobre el buen hombre la venganza de personas poderosas que pudieran resultar involucradas.

-«Pues, sabe usted, señor Cónsul», comenzó su historia el pillo, «que yo me llamo Juan Manuel Correa y soy natural del pueblo de Quilchao en la República de la Nueva Granada. Peleé en el Ejército del Perú por la Independencia de este país y fui un patriota respetable. Ahora, ya lo ve, las cosas no me van tan bien y vivo de lo que puedo, a veces con el trabajo de mis manos, a veces mercando cualquier cosa en las calles. Pero en días pasados —¡no lo tome a mal, señor Cónsul!— me convidaron a perpetrar un asesinato, el suyo; y me ofrecieron a cambio muchas ventajas...».

Mientras recordaba esta inquietante conversación, llamaron a la puerta y el criado anunció al joven Hércules Gallardo. Un mozo larguirucho de veintitantos años, cholo de rostro pero correctamente vestido a la europea, guantes, sombrero y un inútil bastón con incrustaciones de nácar en la mano, ingresó a la habitación.

-«¡Ah, el señor Prometeo Gallardo», saludó el Cónsul con una sonrisa, extendiéndole la mano.

-«Hércules, señor», repuso el periodista, alegrándose de haber comenzado la conversación afirmando su superioridad intelectual con una corrección.

-«Gosh! ¿Qué importan los nombres en última instancia? El hecho es que, según parece, usted viene a ayudarme».

—«Vengo, señor, a esclarecer la verdad y sólo la verdad», replicó Gallardo con la misma prontitud de quien se defiende de un asalto de esgrima; e inmediatamente adelantó su propio estoque hasta el pecho del adversario: «Si ello lo ayuda, me alegraré mucho; en caso contrario...»

\* \* \*

Correa deambulaba ese domingo por las calles de Lima, con su mercadería al brazo, a decir verdad sin mucho entusiasmo. Su programa matutino consistía en ir de un lado a otro para intentar vender sus telas a la gente que salía de las iglesias: la Merced, luego San Marcelo, para después volver a subir hasta San Agustín, más tarde Santo Domingo, de ahí San Francisco, para terminar con la salida de la Misa de doce en la Catedral.

En la Merced no tuvo suerte. Llegó temprano a San Marcelo cuando el oficio aún no había terminado. Correa no estaba para misas ese día y decidió esperar afuera que llegara la bendición del Señor y con ella salieran de buen humor sus eventuales clientes a la calle. Cruzó la calzada hacia la soleada plaza y se sentó a dejar pasar el tiempo en una banca bajo un arco de madera tramada, a la sombra amena de un frondoso árbol. Cuando terminó el Santo Oficio, Correa paseó sus telas ofreciéndolas —sin ningún éxito— entre los corrillos de personas que, en el atrio de la iglesia, se encontraban, se saludaban y comentaban los últimos chismes de la ciudad. «Mérquemela, niña, esta telita. Que a usted le va ni pintada». «¿Por qué no me lo lleva usted, señor, este género fino? No me va a decir que no tiene una señora a quien hacerle un vestido».

«¡Vamos!», se dijo, «hoy no es mi día». Desanimado, se dirigió hacia San Agustín. Burros, cargados unos de alfalfa, otros de adobes, cruzaron al galope en ambos sentidos, espantando a ni-

ños y viejos. Un vendedor de velas pasó tan cerca, sin ceder el paso en la vereda, que casi tropezó con Correa:

-«¡Animal! Con esa peligrosa carga debe ceder el paso. Que si me roza con sus sebos me deja una mancha en los géneros más difícil de sacar que el pecado de Adán».

A pesar de su malhumor, no pudo sin embargo dejar de reír cuando una vanidosa dama, vestida con saya tan apretada que sólo le permitía andar a medios pasos, intentó cruzar una de las nauseabundas acequias centrales de desagüe. Llegó hasta el obstáculo con aires de princesa, cimbreando las abultadas caderas como una hurí; adelantó delicadamente el pie para alcanzar la otra orilla, pero lo estrecho de la saya retuvo inoportunamente el paso cuando todavía no estaba al otro lado, y uno de sus femeninos pies se hundió en la repulsiva viscosidad que discurría por el canal; al retirarlo, el zapato había desaparecido dentro del excremento y la dama tuvo que proseguir su camino con manifiesta cojera, ocultando bajo los pliegues de la enagua la impudicia de un sucio pie descalzo.

Al llegar a la altura de la casona del General Antonio Gutiérrez de La Fuente, que volcaba sobre la calle dos espléndidos balcones moriscos como ostentosos pechos de matrona, se abrió el portillo y salió un individuo llevando de la mano a dos niñitos. Correa quedó muy sorprendido cuando advirtió que se trataba del Sargento Mayor Don Isidro Pabón, otro colombiano, su antiguo jefe en las Guerras de Independencia.

Apenas Pabón lo vio, lo reconoció de inmediato y le pasó la voz con tono simpático:

-«Paisano, años que no lo veía. ¿Qué hace usted vendiendo géneros como un vulgar comerciante cuando usted es un hombre de armas?»

-«Es verdad, mi Sargento. Pero así son las cosas. No siempre se puede hacer aquello para lo cual uno ha nacido. Y usted, ¿qué hace con dos niños de la mano? ¿Son suyos? ¿O mientras yo vendo géneros usted se ha dedicado a ser ayo?».

-«¡Ah, Correa, siempre con la puya lista! Así me gusta. Lo que sucede es que soy Edecán del General La Fuente y estoy sacando a pasear a sus retoños».

De pronto cambió su mirada, como si una súbita asociación de ideas le hubiese planteado la necesidad de penetrar en la mente de Correa, recordar sus reacciones, adivinar si efectivamente era el mismo todavía.

-«Paisano, tengo que hablar un asunto con usted».

-«Cuando guste, ahora mismo...».

-«Será después», le interrumpió Pabón y prosiguió su camino con aire indiferente, mientras le hacía una broma a los niños.

Unos días más tarde, Correa continuaba arrastrándose por las calles con sus géneros al brazo. Al llegar a la Plazuelita de San Agustín, escuchó una voz familiar:

-«Paisano, tengo que hablar con usted una cosa de mucho secreto». Pabón lo tomó del brazo y lo llevó hacia adentro de la pequeña plaza.

-«Quiero proponerle una empresa que, si la acepta, se le devuelve su empleo en el Ejército con un grado más y se le dan 300 pesos para su bolsillo. Usted al fin era Cabo, ¿no? Pues Sargento será usted ahora».

-«¿A quién tengo que matar?», preguntó Correa, bromeando.

-«Al Cónsul Wilson, ese inglés bellaco y entrometido».

-«¡Cómo! ¿Se trata verdaderamente de matar a alguien?»

-«No sería la primera vez... No se olvide que yo lo conozco a usted bien, paisano».

-¿Y que me pasará si me aprehenden?»

-«Si es usted conocido y tomado, se le pondrá preso en la Prefectura. Ahí, luego de que le hayan sido entregados los 300 pesos, se le dará una buena mula, ensillada, con todo lo necesario, y más un pasaporte amplio para que se vaya a donde a usted le dé la gana».

-«Pero para eso se necesita un apoyo de muy arriba. ¿Quién quiere que yo mate al Cónsul?».

-«No se preocupe de cosas de política, paisano, nosotros somos simplemente soldados. Pero el General La Fuente se encargará de que no le suceda nada. ¿Qué me dice?».

-«No puedo contestarle así de frente en materia tan grave, mi Sargento. Lo pensaré y después le daré mi respuesta».

Correa contó al Cónsul que no había podido dormir esa noche. A ratos tomaba la decisión de aceptar el negocio. La oferta era ciertamente tentadora. ¡Cómo podía no serlo si se le ofrecía, a través de una aventura de espadas, la oportunidad de dejar esta ocupación rastrera de mercachifle y regresar a la vida emocionante y heroica del Ejército! Pero inmediatamente se arrepentía y pensaba que aquello que llamaba una aventura era en realidad un crimen enorme que le había sido propuesto... para unos instantes después deleitarse nuevamente en su imaginación con los atractivos de la vida militar.

La sonrisa socarrona y el aire impertinente y desenfadado del joven, habían disgustado poderosamente el espíritu británico del Cónsul.

-«Entonces, usted pondrá en claro toda esta criminal conspiración y cambiará la equivocada posición de su diario, señor Prometeo Gallardo...»

-«Hércules, señor Cónsul».

-«**God damn you**: ¡Hércules! ¿Qué más da? Se trata de otro griego, ¿no? Si viviesen ahora estarían ambos sometidos a la Corona británica».

Wilson había explicado al periodista que existía un plan para asesinarlo y que él creía que la opinión pública estaba siendo preparada para recibir tal noticia con un artículo difamatorio publicado en el *Rebenque* («y luego comentado en su diario, *El Comercio*», agregó con mordacidad) por el Coronel Iguain, amigo confidencial y consejero político del General La Fuente. Y todo porque él, el Cónsul y ahora Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica, no había tenido pelos en la lengua para decirle a ese fantoche que ahora fungía de Presidente del Consejo de Ministros, que era un traidor a los intereses de su Patria; y además había propuesto públicamente que se escarbara en el asunto porque quizá el llamado patriotismo de La Fuente no era sino una manera de encubrir algún oscuro negocio con los chilenos.

-«Debo decirle, mi querido Prometeo...»

-«Hércules, señor...», insistió el joven, con una sonrisita insolente bajo los finos bigotes burlones.

-«Está bien, Hércules. Pero no me interrumpa cuando hablo de asuntos que conciernen a Su Majestad Británica y a sus honorables representantes. Le decía que su diario ha dado una maliciosa versión de los hechos y ha publicado documentos que no podía obtener de otra manera sino gracias a que el Gobierno peruano se los ha entregado oficiosamente. Por lo que pienso que sus Editores, amigos declarados del General La Fuente, están complicados en el proyecto de asesinato. Y, claro, comprendo que detrás de esta perseverante malignidad hay incluso un interés económico: el Gobierno peruano es suscriptor por un gran número de ejemplares del diario *El Comercio*; y, claro está, su editor no quiere pelearse con los políticos oficiales para no perder esas suscripciones...».

-«Nuestro deber es informar al público, señor», repuso enérgicamente Hércules Gallardo. «Y los resultados de mi investigación serán igualmente publicados, duela a quien le duela, al Cónsul británico, al Gobierno peruano o incluso a mis propios Editores a quienes, sin embargo, desde ya exonero de los cargos que usted les atribuye».

El periodista miraba con aire de superioridad a este gringo al que desde el comienzo de la conversación había considerado intelectualmente inferior, mientras que, con uno de esos ademanes que la gente presumida realiza inconscientemente, se alisaba los cabellos con la palma de la mano.

-«Pues lo voy a ayudar en su tarea, my dear Prometeo...».

-«Hércules, señor Cónsul, Hércules...». La voz de Gallardo era manifiestamente impertinente.

-«¡Damn it! Deje de pensar tanto en usted y en su maldito nombre, y escuche lo que tengo que decirle. Un caballero de intachable honor, que tiene un alto puesto en el Gobierno peruano, me ha sugerido que puede darme la ocasión de tener una

conversación privada con la esposa del Coronel Ponce, quien al parecer conoce algunas cosas de interés sobre este asunto. Le voy a dar el privilegio de que sea usted quien hable con ella. Mañana acudirá a Misa de 7 en la Iglesia de San Pedro. Usted deberá estar arrodillado en la banca de la derecha de la décima fila. ¡Ni una más ni una menos!. La dama se arrodillará a su lado y le dirá la información que tiene. Yo le haré avisar que es usted quien acudirá a la cita».

El joven Gallardo cogió sus guantes blancos, su sombrero hongo y su bastón nacarado, hizo una reverencia que más parecía una mueca burlona y abandonó la Legación.

\* \* \*

A las siete y diez minutos de la mañana, Hércules Gallardo entraba en la Iglesia de San Pedro cuando, entre nubes de incienso, imploraba el sacerdote con voz engolada: «**Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta**». Contestó, no sin cierto afeminamiento, el diligente acólito: «**Quia tu es, Deus, fortitudo mea**».

El periodista avanzó por la nave central entre altares dorados, con columnillas torturadamente retorcidas, de las que pendían racimos de uvas y que remataban en matas de hojas de acanto. Los Cristos y las Vírgenes de las capillas laterales lo veían pasar, impertérritos, como si no les importara nada su clara inteligencia. Al menos en la parte superior de los arcos, cientos de santos de rostros lúgubres lo contemplaban con curiosidad. Desde las profundidades de un mundo difuso de sombras, se asomaban apenas los ojos de los venerables que poblaban esas alturas, cerca de las bóvedas. A veces, el tiempo, que irreverentemente había echado sobre ellos un velo oscuro, les permitía todavía que asomaran una mano, quizá una parte de la túnica; el resto quedaba sumergido en el misterio de esas alturas brumosas.

En las bancas se encontraban dispersas las beatas, vestidas de riguroso negro y tocadas con un manto que les cubría íntegramente el cabello y una buena parte del rostro, como si fueran monjas jubiladas. Con un Rosario en la mano, pasaban obsesivamente las cuentas, apretando duro cada una de ellas por temor a equivocarse y cometer el grave pecado de rezar una avemaría de menos. Casi todas movían los labios como si oraran en voz alta, aunque en la iglesia no se escuchaba sino el susurro grave del sacerdote y la voz imberbe del acólito: la sensación era tan extraña como si, en la ópera, uno perdiera de pronto el oído y viera a las personas cantar pero no escuchara la canción.

Gallardo se arrodilló en la banca que le había sido indicada y esperó. El rito transcurría en una atmósfera de profunda paz. El sacerdote recibió en sus manos el agua vertida delicadamente por el acólito de sotana roja y casulla blanca, al mismo tiempo que, con entonación gregoriana, anunció: **Lavabo inter innocentes manus meas; et circumdabo altare tuum, Domine.** De pronto escuchó el fru-frú de unas sedas a su lado. Una dama elegante, cubierta con un manto que apenas dejaba ver un ojo y una nariz griega, se hincó en la banca, al lado del periodista, y se santiguó con devoción no exenta de una cierta coquetería; la niña negra que la seguía a cierta distancia, se colocó respetuosamente una banca detrás de su señora.

-«¿El señor Prometeo Gallardo, supongo?», susurró la dama.

-«Hércules, señora. ¿La esposa del Coronel Ponce, supongo?»

-«A través de un amigo mío, el señor Wilson me dijo que hablara con usted. Estoy muy angustiada... espero que usted pueda ayudarme».

-«Haré cuando esté a mi alcance para servirla», contestó Gallardo, casi mareado por la sensualidad que la misteriosa señora

emanaba y que envolvía irresistiblemente a quien se encontraba cerca suyo.

La dama contó al joven una historia retorcida: el General La Fuente había dicho a su edecán, el Mayor Pabón, que el Cónsul inglés iba comentando por calles y plazas que el Coronel Ponce, su marido, era un rufián y un vil. «Por consiguiente», concluía La Fuente, «si el Coronel Ponce tiene algún valor, debería dar una estocada a ese gringo». Pabón, que era muy amigo de los Ponce, vino a advertirles lo que estaba diciendo el Cónsul (respecto de quien se expresó en términos que la señora Ponce no se atrevía a repetir) y lo que la gente importante de Lima comentaba al respecto. Posteriormente, cuando el Coronel Ponce y su esposa se encontraron con La Fuente en una reunión social, éste les había soltado varias veces indirectas con el propósito de provocar una riña con el Cónsul.

-«Yo no creo que el Cónsul haya dicho nada sobre mi esposo, porque mi esposo ni siquiera conoce al tal Mr. Wilson y no veo cómo puede hablar mal de él una persona con quien nunca ha tenido contacto. Más bien, pienso que toda la historia es una invención, producto del rencor personal que alguien tiene contra el Cónsul, con la mira de instigar a mi esposo a que lo mate. Como mi esposo es colombiano, sería inmediatamente fusilado, por vía de reparación a la Gran Bretaña, y quedaría terminado el negocio satisfactoriamente para todos, menos para mi marido... y ciertamente tampoco para Mr. Wilson».

La señora se interrumpió, visiblemente impresionada por lo que ella misma estaba contando.

-«Pero su marido no hará eso...».

-«Usted sabe, señor Gallardo, cómo son los hombres en lo que se refiere a su honor, y más todavía los militares. ¡Se vuelven imbéciles y no entienden nada!»

Y luego, tomándolo del brazo y dejando salir toda su angustia por ese bellísimo ojo morisco, agregó en tono de súplica:

-«Prométame que me ayudará, Hércules, prométame que hablará con mi marido y lo convencerá de que no haga una locura».

Gallardo sintió que un ángel maravilloso le cogía el brazo con una mano suavísima y lo llevaba hasta la cúpula de la iglesia, para unirse a un coro de querubines.

\* \* \*

#### LEGACION DE SU MAJESTAD BRITANICA.

*Lima, Setiembre 30 de 1841.*

*Al Sr. D. Agustín Charún, nuevo Ministro peruano de Gobierno y Relaciones Exteriores.*

*El infrascripto, Encargado de Negocios de S.M.B. tiene el honor de acusar recibo de la nota de D. Manuel Pérez de Tudela, ex-Ministro peruano de Relaciones Exteriores transcribiéndole para su conocimiento la comunicación de la Corte Suprema que insiste en que se ponga a Correa a disposición de ese Tribunal.*

*Debo decirle, Señor, que no lo haré. Entre otras razones, porque no confío en la justicia de su país ya que he comprobado su ineficiencia y su parcialidad. He ofrecido protección a ese hombre y no puedo dejar de honrar mi palabra de gentleman británico y de representante diplomático de Su Majestad.*

*No me pida, señor Ministro, que haga lo que mi consciencia y mi conocimiento de este país me dicen que no debo hacer. No podrá*

*obscurecerse al señor Ministro que ningún resultado útil o práctico se derivaría de ello.*

*Por otra parte, debo protestar contra el artificioso sistema adoptado por el Gobierno peruano con respecto del intento de asesinato contra mi persona, utilizando los diarios para extraviar la mente pública sobre el verdadero carácter de aquel crimen.*

*Quiero decirle también que repugna a mi espíritu británico el hecho de que los expedientes judiciales no sea llevados con la precisión y minuciosidad propias de la diligencia. Por eso, para colaborar con la justicia de su país, me permito hacerle notar con relación a las piezas del proceso que ha tenido a bien transcribirme que el señor Correa no se llama «José Manuel» sino «Juan Manuel», que mi nombre no es Bedford sino Belford y que no soy representante sólo de Inglaterra sino de toda Gran Bretaña.*

*El infrascripto aprovecha de esta oportunidad para renovar al Ministro de Relaciones Exteriores —y, en su persona, a este grato país sudamericano— la seguridad de su alto respeto y distinguida consideración.*

BELFORD HINTON WILSON.

Cónsul.

*Encargado de los Negocios de Su Majestad Británica.*

El Cónsul cerró el sobre y anotó la dirección con letra firme y sencilla, propia de los papeles de negocio, que apenas permitía fantasear con algunos trazos opulentos aquí y allá, curvados por la vanidad reprimida. «Charún...», pensó mientras escribía, «otro Ministro más. Primero fue Ferreyros, después Pérez de Tudela, ahora Charún. Estos países adolescentes cambian de Gobiernos como los disipados jóvenes de hoy cambian de novias...».

Y querían que entregara a Correa, se dijo. ¡Los muy traidores! ¿Acaso habían creído que no era un hombre de palabra? Además, sabía muy bien lo que le pasaría al colombiano. Nada bueno se podía esperar ni de la policía ni del Poder Judicial de este país. ¿No había apresado el Intendente a Enrique Nelson, compatriota y dilecto amigo, y lo había puesto bajo tormento para que confesara un robo que nunca cometió?. «A Juan Lewis lo arrestaron también por la misma absurda razón y, cuando finalmente quedó demostrado que era inocente y lo pusieron en libertad, el Ministro Ferreyros se limitó a decirme que me diera por satisfecho con la sentencia que lo absolvía de todo cargo y que todo quedara olvidado. Esta gente no es de confiar, a ningún nivel». Todavía se acordaba de la indignación del Capitán Mason, de la Marina Real, cuando fue robado en el Callao y días más tarde, en una recepción oficial, encontró que el reloj que le habían quitado los ladrones estaba siendo usado por la esposa del Ministro de Estado, Mariano de Sierra.

No, no entregaría a Correa. «¡Y que no me vengan a decir que necesitan su testimonio para adelantar el proceso! Si en el Perú los procesos no adelantan nunca... Los magistrados peruanos se creen unos pavos reales, pero son tan torpes como poltronos», casi gritó a Mrs. Graham, quien intentando vanamente hacerle pensar en cosas más agradables seguía mostrándole con picardía el delicado piecesillo que se escapaba por los pliegues del vestido. Hacía ya meses que se había ordenado abrir instrucción contra el Coronel Iguain debido a la publicación de un artículo difamatorio contra su persona; debía estar ya detenido y en proceso. Sin embargo, ¿qué había sucedido? De pronto el Juez de la causa decidió enfermarse y luego le pareció más conveniente renunciar a su cargo. Mientras tanto, el Coronel Iguain seguía paseando su altanería por las calles de Lima, en pleno goce de sus empleos y de la tolerancia y el favor del Gobierno.

El Cónsul estaba iracundo y, bajo su mata de pelo rojo,

parecía una antorcha encendida. La señora Graham lo miró con preocupación y Wilson casi pudo jurar que había oído un ladrido del perro de Constable.

\* \* \*

-«Señor», anunció el ujier, «D. Agustín Charún, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, ha llegado».

-«Hágalo pasar de inmediato», ordenó el Dr. Francisco Javier Mariátegui, Vocal de la Corte Suprema encargado del sumario del caso del Cónsul Wilson, colocándose su chaqueta y alisándose el pantalón para disimular las arrugas.

Charún era un hombre que andaba sin rodeos. Luego de los saludos de cortesía, abordó de frente el motivo de su visita:

-«Le he pasado esa nota, Su Excelencia, debido a que, si fuera cierto lo que aduce el Cónsul, implicaría una violación del derecho internacional y, conforme a la atribución 31 del artículo 118 de la Constitución, le corresponde directamente a la Corte Suprema conocer este tipo de asuntos». Hizo una breve pausa y agregó: «Pero evidentemente, Señor, el Gobierno no quiere hacer escándalos que pudieran afectar su credibilidad. Por eso, salvo que se tratara de un hecho absolutamente probado, pienso que debe desestimarse. No quiero influir en lo mas mínimo en su decisión. Pero, entre peruanos, todos sabemos cómo son los ingleses: todo lo ven negro o blanco y no comprenden que la vida es como un aguafuerte, donde predominan los grises, las tramas delicadas, los trazos finos».

El Vocal Mariátegui lo observaba en silencio, atusándose el bigote.

-«Este descomedido Cónsul ha ido muy lejos», seguía Charún.

«Imagine usted; acusar tan irresponsablemente al benemérito General La Fuente, Presidente del Consejo de Ministros, es casi una procacidad».

-«No se preocupe, señor Ministro», repuso el Vocal Supremo, «que la justicia es ciega pero no tonta. Los intereses de la Patria serán debidamente cautelados. Por otra parte, ese Mr. Wilson no está colaborando con la investigación. Le he ordenado que ponga a mi disposición a esa 'persona de categoría y allegada al Gobierno' que dice que hizo contacto con la esposa del Coronel Ponce y que dio lugar a la reunión con ese joven periodista de El Comercio, pero se ha negado. Alega que no puede hacer correr a sus informantes peligro alguno... ¡como si la justicia peruana fuera un peligro para alguien!»

-«La situación es aún más grave, mi querido doctor Mariátegui», continuó Charún, esta vez con un tono menos formal al comprobar la amable recepción de que había sido objeto su preocupación. «La última nota que he recibido del Cónsul me informa que ha asilado al tal Correa en un buque de guerra de Su Majestad Británica llamado **Presidenta** y que, aunque la Suprema le proporcione garantías, jamás podrá vencer las aprehensiones que abriga Correa de que pudieran asesinarlo a causa de la animosidad que piensa que existe contra él en personas influyentes y poderosas, aparentemente complicadas en el negocio del cual es testigo. Por eso, dice el Cónsul que ha dado más bien instrucciones al Capitán Broughton, Comandante de dicha nave, para que proporcione las facilidades a fin de que la declaración del testigo sea prestada en el barco...».

El tiro bien dirigido, dio perfectamente en el blanco del orgullo supremo:

-«¡Eso, de ninguna manera! Sería una ofensa contra la majestad de esta Corte. ¿Cree este señor, acaso, que yo me voy a movili-

zar como si fuera un vulgar Juez (o Cónsul) para tomar la declaración en un buque y todavía extranjero?».

\* \* \*

Hércules Gallardo entró con paso seguro (¿cómo podía ser de otra manera?) en la oficina de D. Manuel Amunátegui, Director del diario **El Comercio** y jefe suyo.

-«Señor», le dijo sin mayor protocolo, «quiero informarlo de los adelantos que he realizado en la investigación que tuvo a bien encomendarme, los cuales -como usted indudablemente apreciará- son fruto del ingenio y la perspicacia».

Amunátegui, acostumbrado al estilo de los periodistas jóvenes, ni siquiera pestañeó.

-«Tuve una reunión con el susodicho Cónsul: no es un imbécil, pero es impulsivo, irascible; no parece haber recibido los beneficios de esa civilización de la cual Inglaterra se siente misionera. No discute, no reflexiona; se encoleriza, injuria, apela a los medios de intimidación y trata de hacer pasar sus palabras por evidencias mediante el singular recurso de levantar el tono de voz. Es evidente su encono apasionado contra La Fuente y la pobre opinión que tiene de los peruanos. Está también muy rabioso contra usted por publicar los comunicados de La Fuente y del Gobierno sobre este asunto, que considera ofensivos a su persona, y algunas opiniones de su Dirección en contra de su posición: sostiene que usted lo hace por el temor de perder todas las suscripciones oficiales».

Gallardo carraspeó a fin de dar un mayor lustre a sus frases apodícticas.

-«Por otra parte, hace unos días, el señor Felipe Santiago del

Solar le contó al Cónsul una historia truculenta, quien me la ha transmitido, la que ha servido a Wilson de apoyo para insistir en su tesis sobre la conspiración contra su persona. Solar le dijo haberle oído contar a D. Manuel Antonio Flores que, hacia las once de la noche del 29 del próximo pasado, mientras paseaba delante de la Legación de Su Majestad Británica, como lo suele hacer, arrebozado en su capa y seguido de un sirviente, fue atacado por desconocidos. En medio de la oscuridad, oyó a alguien que gritaba «¡Maten a ese gringo!». Inmediatamente, desde la acera opuesta cruzó sobre él un facineroso y le dirigió un furioso golpe a la cabeza con un palo (¿o quizá sería un sable?). El sirviente se adelantó y fue bastante feliz para salvarle la vida, cubriéndole la cabeza con un bastón sobre el que cayó el golpe con tal fuerza que lo partió en dos pedazos. Como Flores gritó a los malandrines, el que dirigía el ataque se dio cuenta por el acento de que no era el Cónsul. De inmediato dio orden de retirarse y, al pasar a su lado en su carrera, le dijo: «Disculpe usted, señor Flores, que el golpe no debía haberse dirigido contra usted».

Recién en este punto, Gallardo pareció dudar ligeramente antes de proseguir con la parte más comprometedor del cuento:

-«Flores habría dicho que el asesino corrió a esconderse en casa de usted, Don Manuel, en la calle de la Rifa; por lo que le atribuye responsabilidad en esto, en tanto que amigo del General La Fuente».

Amunátegui no se inmutó, pero miró fijamente al joven esperando la continuación.

-«Verá usted. Como la acusación era muy grave y tocaba directamente a mi jefe, decidí hablar con del Solar. No me pareció una persona consistente, pero ello nos ayuda. Ha modificado su

declaración, después de haberle hecho yo algunas reflexiones, y ahora se limita a decir que todo lo que oyó es que Flores fue atacado cerca de la casa del señor Wilson por un hombre escondido en el hueco de la puerta de la casa del señor Juan José Sarratea (a quien el Cónsul ni siquiera me lo había mencionado para centrar malintencionadamente la atención sólo en usted) y otro que salió del hueco de la puerta de la casa suya de la Rifa; sin que de este hecho casual pueda hacerse inferencia alguna».

Gallardo esperó unos segundos la aprobación de su jefe, que no llegó.

-«El Cónsul se ha aprovechado extraordinariamente de esta historia y la está haciendo circular por todo Lima. No hay salón en el que no se hable del atentado contra Flores. Pero para dejar todo claro, hablé también con el señor Flores. Es un caballero muy correcto y, aunque insistía en que lo atacó alguien que había salido de casa de usted, estaba indignado por el hecho de que lo hubieran utilizado para crear un escándalo. Me dijo que Wilson debió haberse buscado otro pájaro de la calaña de Correa y no tratar de involucrarlo a él que es un señor conocido. En realidad, señor, es un hombre digno pero no muy inteligente y menos todavía una persona de opiniones firmes. Después de una breve conversación y algunas incisivas preguntas de mi parte, no pudo soportar mi poderosa dialéctica: comenzó a sentirse perdido, se dio cuenta de la grave responsabilidad en que incurría con tan poco mesuradas declaraciones y de las consecuencias que tenía involucrar a personas de tanto renombre. Entonces me aseguró que toda la historia había sido una broma para darle un susto a ese gringo de Wilson y que pensaba que el tonto de Wilson lo debía haber comprendido».

Amunátegui hizo un comentario penetrante como un estilete:

-«En verdad, ¿quién habría seriamente de buscar al Cónsul a esa hora de la noche en la puerta de su Legación? Si todo el mundo sabe que esa no es su habitación y que, para no gastar, lleva una vida nómada viviendo siempre de huésped en la casa de algún comerciante, hoy donde uno, mañana donde otro...».

-«En todo caso», dijo Gallardo no pudiendo ocultar la satisfacción ante sus propios logros, «he obtenido del señor Flores una carta a *El Comercio* aclarando lo que efectivamente vio y dijo, que puede ser publicada en nuestra edición de mañana, si a usted le parece bien».

-«Y este gringo estúpido piensa que mi opinión puede depender de unas cuentas suscripciones...», masculló el Editor. «Aparte que de esas cincuenta suscripciones del Gobierno, no vemos ni medio de sus arcas ni la cara de sus monedas sino la de los tres porteros del Ministerio de Hacienda que no nos dejan entrar cada vez que enviamos a cobrar lo adeudado».

\* \* \*

El escote de la señora Graham seguía ofreciendo con provocación sus blancos pechos y los bueyes de Constable continuaban tirando de la carreta, sobre una chimenea limpia que nunca había conocido el fuego.

El Cónsul, honorablemente hundido en su sillón de cuero negro, apretaba el tabaco de su pipa mientras esperaba la explicación de todos los misterios que le había ofrecido el joven periodista. Hércules Gallardo se puso de pie frente a él, colocó los pulgares en los extremos de su chaleco como si quisiera aparecer con el pecho aún más hinchado de lo que ya estaba y, llenando la soledad de la habitación con un imaginario público que esperaba expectante sus brillantes razonamientos, comenzó con una frase en francés, como corresponde a un detective inteligente:

-«Eh bien, Monsieur Wilsón», dijo no sin manifiesta satisfacción en la voz, «llegó la hora de poner las cosas en claro».

Wilson encendió su pipa y lanzó una bocanada de humo con desdén.

-«Ante todo, para comprender una situación hay que colocarla en contexto: vos odiabais al General La Fuente porque era enemigo declarado de la Confederación Perú-Boliviana; en cambio, vos, aunque no sois peruano ni boliviano y, por consiguiente, no debierais inmiscuirnos en nuestros asuntos internos, sois un partidario declarado de esa unión antipatriótica. No lo podéis negar. Muchas personas me han dado testimonio de esta impertinente actitud vuestra. No, no me digáis que no, señor Cónsul, porque hasta tengo pruebas escritas de vuestra insidia: he revisado en el Ministerio de Relaciones Exteriores las notas que cursáis a nuestro Gobierno y es manifiesto que cuando os referís al proscrito General Andrés de Santa Cruz lo tratáis de Excelencia; en cambio, cuando habláis de nuestro actual Jefe de Estado os limitáis a decir simplemente don Manuel Menéndez».

Gallardo, pañuelo de seda en mano, se paseaba de un lado a otro de la habitación, como si estuviera en un escenario frente a espectadores que esperaban en suspenso cada perspicaz palabra que salía de su boca.

-«Resulta, Señor, que, de acuerdo a vuestras propias declaraciones, teníais antecedentes de un supuesto proyecto de asesinato contra vuestra persona desde el principio de Junio, ya que asegurasteis a varios individuos públicamente que vuestra vida estaba amenazada por la animosidad de un alto miembro del Gobierno. Sin embargo, no presentasteis ningún reclamo oficial y sólo después de casi dos meses que desplegabais ese infundio

por la ciudad, fue el Gobierno peruano, enterado de estas aventuradas afirmaciones, quien se vio obligado a emplazaros a que precisarais un hecho tan grave».

-«¿Por qué no presentasteis oficialmente queja alguna?», preguntó el aprendiz de detective, sin ninguna intención de recibir una respuesta. «Porque no tenías prueba alguna y todo no era sino un invento de vuestra mente para perjudicar al General La Fuente».

-«Ni siquiera ante la exigencia del Gobierno hicisteis una acusación formal: os limitasteis a tratar de probar vuestra descabellada afirmación acompañando una carta anónima de un fraile y una declaración de un vendedor callejero de géneros».

Wilson lo miraba desde atrás de una cortina de humo cuidadosamente extendida, haciendo gala de una flema británica que no solía lucir de ordinario.

-«El Gobierno peruano colocó el asunto, por su propia iniciativa, en manos de la Corte Suprema. Sin embargo, con el pretexto de proteger la vida del testigo, nunca lo pusisteis a disposición de la justicia: la única declaración que tenemos de ese hombre fue prestada en la Legación inglesa, ante el Vice-Cónsul y tres ingleses; y para garantizar la buena índole y conducta del tal Correa, ofrecisteis el testimonio de D. Juan Aranda, que no por coincidencia es portero del Consulado británico».

-«He mencionado que importantes personas de la sociedad limeña han corroborado la existencia de una conspiración contra mi persona...», protestó Mr. Wilson.

-«Si, pero nunca quisisteis tampoco revelar la identidad del caballero intachable que tiene un puesto en el Gobierno peruano y que sugirió que el General La Fuente quería veros muerto.»

Con el respeto que usted me merece, permítame decirle que, en mi opinión, tal caballero no existe».

Las bocanadas del humo de la pipa no podían ocultar ya la rubicundez de las mejillas del Cónsul.

-«Permitidme, Señor, toda la franqueza que demanda un asunto de esta clase. Aún admitiendo la ofensiva proposición de que la vida de los testigos corriera riesgos en el Perú en casos semejantes al actual, cuando vos pedíais protección para el presunto testigo, ¿no estaba acaso Correa ya asilado en un buque surto en la rada del Callao? He verificado las fechas, señor, y no me cabe la menor duda de lo que digo».

Con un gesto de la mano, Gallardo detuvo el intento del Cónsul de defenderse.

-«¿En qué consistía, pues, vuestro plan ya que es claro ahora que no era la seguridad de Correa lo que os impedía empezar vuestra acusación? Si atendemos a los antecedentes y a la marcha que habéis seguido constantemente hasta aquí, señor, me inclino» —«respetuosamente», agregó Gallardo en tono sardónico haciendo una reverencia burlona— «a creer que aguardabais la llegada de la nave británica de guerra **Presidenta** que os habíais cuidado de anunciar misteriosamente, sin decir que venía porque la habíais pedido. Además, difundisteis la idea de que esa nave tenía artillería suficiente para incendiar con facilidad la hacienda del Presidente del Gobierno situada a las orillas del mar, después de haber hecho entender, en junta pública, a los comerciantes británicos residentes en Lima que sus intereses podían correr algún riesgo, pues estaba empeñado el honor de la Gran Bretaña. Debéis aceptar, señor, que todo esto es pueril y ridículo».

Gallardo tomó aire para continuar con mayores bríos, y prosiguió:

-«Os hacíais la ilusión de que, preparadas así las cosas, el Gobierno temblaría ante el fantasma de asesinato proyectado contra vuestra persona, que le ibais a presentar; y que no le quedaría más remedio que daros amplias satisfacciones por los agravios de la prensa de que os habéis quejado. Este ha sido el nudo de la tragedia romántica que habéis inventado, sin tener la capacidad literaria de desarrollar un desenlace cualquiera: nadie, ni vos mismo, pensabais a dónde llegarían vuestras maquinaciones».

El Cónsul había ya abandonado toda pretensión de replicar, ante la apabullante argumentación del periodista.

-«Suponíais que el General La Fuente tenía el poder necesario para detener las publicaciones del Coronel Iguain. Pero, viendo que no se prestaba a vuestras insinuaciones, tratasteis de convertirlo en el protagonista de vuestra obra; y mi diario, que no tenía otro crimen que el hecho de que en su imprenta se publicara el *Rebenque*, fue incorporado por vos a la escena que habíais creado».

La señora Graham había tomado una expresión de incomodidad y desconcierto, mientras que el perro de Constable estaba paralizado.

-«Pero, si como diplomático sois novedoso (para decirlo elegantemente)», proseguía el joven de manera implacable, «como novelista no pasaréis a la fama. En la invención de toda esta historia, habéis demostrado poca destreza: no habéis avanzado sino para retroceder, no habéis afirmado más que para sufrir las pruebas evidentes de vuestras equivocaciones, habéis creado un suspenso que después no habéis sabido manejar y que ha terminado con la muerte diplomática del propio autor».

Gallardo continuaba paseándose delante de la chimenea,

adoptando los aires de un impertinente estudiante que se graduaba de abogado ante un jurado al que no considera a la altura de su inteligencia. Mr. Wilson, cada vez más hundido en su sillón, volteaba la cabeza de un lado y otro para seguir los movimientos del joven Gallardo como si estuviera presenciando un partido de tenis.

-«Tuvisteis poca previsión al no pensar que en cierto momento iba a ser necesario probar vuestras afirmaciones: imaginasteis a vuestros personajes y los invalidasteis antes de que cumplieran su papel. Si no queráis presentar a Correa ante los tribunales, ¿para qué os apoyasteis en su declaración? Y llegasteis al extremo de pretender corroborar su idoneidad con la declaración de vuestro portero. ¿No conocéis, señor, el gran peso del ridículo? Es triste que el Honorable Cónsul de Su Majestad Británica no haya sido capaz de crear siquiera una trama coherente, cayendo en el mal gusto de hacer tanto esfuerzo para lograr sólo una despreciable farsa».

\* \* \*

Hércules Gallardo, sintiéndose en el pináculo de su gloria, regresaba a su casa por la calle de Gallos. Llevaba el pañuelo perfumado en la mano, sobre la nariz, para no sentir las pestilencias de la vía pública, y agitaba su bastón nacarado con una cierta concupiscencia. La noche estaba oscura y algunos faroles del alumbrado público no habían sido encendidos: alentaría desde el diario una campaña pública contra el Municipio.

En la esquina de la Pelota, una sombra se separó del vano de un portón colonial y le salió repentinamente al paso. Una persona embozada, de aspecto siniestro, se puso en su camino. Gallardo dio instintivamente un salto atrás y levantó su bastón, al mismo tiempo que con ojos aterrorizados miraba hacia dónde podía correr. Pero casi instantáneamente advirtió que no era

una capa sino una capucha de monje lo que cubría parcialmente el rostro del extraño:

-«¿No me reconoces, hijo?», le preguntó una voz tranquilizadamente clerical.

-«Padre, ¿qué hace usted andando por las calles que, a estas horas de la noche, no son de Dios sino del diablo?».

-«Vengo de asistir a un moribundo, hijo mío», contestó el fraile Arias.

-«Este encuentro es una verdadera coincidencia, porque yo vengo precisamente de aclarar el misterio del Cónsul inglés, en el que usted tuvo una participación relevante».

-«Vaya, hijo mío, me interesan mucho las conclusiones a las que has llegado con esas dotes intelectuales que Dios te ha dado. Ilumíname los hechos de este extraño caso».

Vencido el miedo ya que no se trataba de ningún maleante, la vanidad pasó nuevamente a ser la guía de su conducta. A la luz mortecina del gas, contó con lujo de detalles al fraile lo que había descubierto, sin escatimar detalle. Miraba fijamente el rostro del sacerdote para encontrar una señal de aprobación que halagara la imagen que tenía de sí mismo. Pero bajo esas cejas pobladas y entre tantas arrugas —¿quizá, también, alguna extraña cicatriz?— Hércules Gallardo sólo se enfrentaba a una cara curtida y enigmática.

-«La verdad es que, ahora que le cuento a usted todo esto, me surgen algunas preguntas adicionales. Mire cómo son las cosas. Hablar es una manera de pensar. Ayuda mucho, ¿no es cierto? Uno está obligado a poner todo en orden. Y entonces aparecen los huecos...».

El fraile no respondió.

-«Por ejemplo, no entiendo bien por qué usted tuvo que revelar a su confesante. De un lado, había ya la carta anónima. De otro lado, si usted quería darle más fuerza, pudo haberse presentado solo ante el Cónsul y decirle que la había escrito, sin tener que hacer algo religiosamente tan grave como obligar al penitente a que revele su confesión. Ahí hay algo que no me cuadra del todo...»

-«¿Y qué más?»

-«Pues que al profundizar en el problema ya no entiendo la intervención de Correa ni la de usted, Padre. Porque si todo fue una invención de Wilson para amedrentar al Gobierno, el tal Correa no debió ser sino una persona pagada por el Cónsul. Pero, ¿qué hacía usted, Padre, en todo este asunto?»

-«¿Y qué más», insistió el Padre Arias, en tono de escuchar una confesión.

-«Y yo había llegado a la conclusión de que ese caballero intachable, cercano al Gobierno, que según Wilson le había advertido del complot contra su persona, no existía sino en la imaginación del Cónsul... Pero ahora me pregunto: ¿quién hizo entonces el contacto con la señora de Ponce y arregló mi entrevista con ella? Estoy temiendo haberme equivocado. ¡Quizá el idiota soy yo y no el Cónsul!»

El fraile se había acercado a Gallardo hasta ponerse a distancias íntimas. Hércules lo miró con aire perdido; sus convicciones vacilaban, el mundo entero perdía su sostén.

-«Bueno, ahora que recuerdo, la verdad es que no le di mucha importancia, pero cuando fui al Convento de la Merced para

hablar con usted, me dijeron que no había ningún Padre llamado Arias...».

El fraile había estado jugueteando hasta entonces con el Crucifijo colgado de su cordón blanco. De pronto, con gesto ágil y mano segura, el monje tomó a Cristo por su parte superior y arrancó de un cuajo la cabeza de Jesús que se convirtió en un filudo puñal, amorosamente conservado dentro del cuerpo del Salvador. Sin ninguna vacilación, como un matarife profesional, el fraile asestó el golpe fatal: Hércules Gallardo se desplomó a sus pies, mortalmente herido por el cuchillo traidor. El supuesto fraile limpió con minuciosidad la hoja asesina en el atildado ropaje del periodista y la guardó nuevamente dentro del Crucifijo. Unos minutos más tarde, la sotana desaparecía en la oscuridad de la noche.

\* \* \*

Después de haber matado inescrupulosamente a Hércules Gallardo, el Cónsul cerró su cuaderno de notas con satisfacción.

Arropado con su manta de vicuña en ese *deckchair* de la fragata francesa *Adonis* donde se había refugiado, contempló a lo lejos, en medio de la bruma matinal, la silueta imprecisa del puerto. La mañana de invierno envolvía al Callao, convirtiendo el paisaje marino en un grabado incoloro. Las nubes grises, el mar gris, grises las velas, gris la árida costa. A través de la fina cortina de garúa, apenas si se podía distinguir aquí el casco de una nave, allí al frente, en tierra, el castillo del Real Felipe, una construcción severa con torres redondas y almenas en las que el viento hablaba con voz antigua de piratas y combates, cuatro casuchas, un muelle destartalado, hombrecillos que corrían en fila india, como hormigas, con sacos a cuestras destinados a algún puerto remoto. Detrás del barco anclado, surgiendo de las profundidades marinas, estaba esa montaña lóbrega que llama-

ban la Isla del Muerto, que semejaba un ciclópeo cadáver tendido en un lecho de arena, esperando vanamente sepultura desde el comienzo de los tiempos.

La fragata estaba pronta para hacerse a la mar. El Capitán, un francés que odiaba a los ingleses pero que no había podido rechazar el pedido de asilo político del representante de Su Majestad Británica, daba órdenes desde el puente. Los hombres de mar trepaban afanosamente por los mástiles, izaban las velas, se encaramaban por las jarcias como si una población de monos se hubiera apoderado de la nave.

-«¡Leven anclas!», gritó el Capitán. «¡Leven anclas!», coreó el contra maestre. Varios marineros comenzaron a dar vuelta al cabrestante, que, penosamente, crujiendo a cada esfuerzo, arrancaba el ancla de esos fondos ignotos en los que se había prendido como un cangrejo terco. Las velas se hincharon como si de golpe hubieran quedado encintas por el empuje viril del viento sur. La proa inició su testaruda apertura de un camino que inmediatamente se cerraba detrás de la grácil embarcación, sin dejar huella de su paso.

«En todo caso, ese impertinente de Prometeo, Hércules o como se llame —what the hell...?— ya no me molestará más», se dijo Wilson. Desde ese malhadado momento en que tuvo que soportar su presuntuosa (pero bien construida) teoría, había decidido que se vengaría de ese jovenzuelo. ¡El muy atrevido!, siendo un simple periodista de un país al sur del ecuador, había tenido la falta de respeto de dejar mal parado a un representante diplomático de Su Majestad Británica, es decir, a él mismo. Después de crear en su imaginación varias posibilidades, llegó a la conclusión de que había que golpearlo en su vanidad. Tenía que plantear las cosas de manera que se pudiera comprender que, mientras el periodista se creía muy inteligente, no había sido en realidad sino el instrumento ciego y estúpido de in-

tereses superiores y malévolos. Quizá hasta escribiría que finalmente lo mataron; y que lo mataron por tonto, por no creer a tiempo en la historia del Cónsul. «¡La muerte! ¿Por qué no?», había pensado entonces, con un cierto sadismo. Por ejemplo, una muerte de manos de un falso cura sería literariamente perfecta en un país de campanarios.

Y es así como había escrito con fruición uno de los últimos capítulos de la novela que venía preparando para publicar a su regreso a Europa, sobre las experiencias de una misión diplomática británica en un exótico país sudamericano. ¡Qué satisfacción había tenido al narrar la manera como el joven periodista había de pronto comprendido que era un imbécil, que otros más inteligentes que él se habían aprovechado de su vanidad! **Swollen head!** Primero la duda, después el desmoronamiento de su propia imagen, inmediatamente el desaliento, casi la desesperación; el bastón y los guantes se le habían caído de las manos, como inútiles símbolos de un Hércules Gallardo que acababa de desaparecer. Para terminar, la puñalada del falso cura. ¡Ah, qué placer embriagador había sentido al describir la forma como el mercedario extrajo la daga del Crucifijo y la clavó en el pecho de ese **blasted young man**, golpeando una vez más para asegurarse de que el encargo criminal que le habían hecho quedaba definitivamente cumplido!. ¡Qué fruición pensar en que ese pañuelo de seda impregnado de perfume fuerte que el periodista había agitado cortesanamente por sus narices mientras lo injuriaba con su malévola pero verosímil versión de los hechos, se manchaba ahora con la sangre expiadora de sus ultrajes!

Wilson sintió la embriaguez de la creación, el vértigo de la libertad. Dentro de su novela, podía hacer lo que quisiera con sus personajes, podía destruirlos o enaltecerlos, podía hacer que fueran amados u odiados, podía hacer que amaran o que odieran. La pluma le otorgaba un poder mayor que el de cualquier

gobernante, lo hacía señor de vidas y honras. ¡Pero qué pequeña era la comparación con los gobernantes de los Estados terrenales! Ni aún Su Majestad Británica tenía la posibilidad de modificar el mundo como ahora él lo hacía. En un éxtasis luciferino, se dijo que el escritor era tan poderoso como Dios: sintió la satisfacción divina de recrear la historia y los hombres, de hacer buenos a los malos y malos a los buenos, incluso de hacer todo eso sin ninguna intención, al azar, como sólo Dios puede hacerlo, libre incluso de la obligación de tener un propósito.

\* \* \*

Las luces huidizas de las velas de la gran lámpara que adornaba la sala de los Gutiérrez de la Fuente, bailaban al compás de las risotadas de los compañeros de armas. En los grandes espejos con marcos dorados se reflejaban cuatro alegres rostros enrojecidos por el alcohol, alternando con las figuras sombrías de los antepasados en hábito de Calatrava que miraban impertérritos la escena desde sus lienzos.

-«Todo ha sido jecho como usted ordenó», decía Pabón a la Fuente, con un fuerte sabor de vulgaridad.

-«Yo me he divertido mucho», dijo Iguain con una risotada.

-«Bueno, nadie duda de que este Cónsul era un indeseable y un enemigo del Perú. Por consiguiente, lo hecho, hecho está por la patria», repuso La Fuente.

Una vez más, llenaron las copas con ese pisco que calentaba las posaderas y confundía las mentes.

-«Está realmente muy güeno, General», dijo Ponce, con tono obsecuente.

-«Ha llegado recién ayer de Ica y es todo para ustedes... si aguantan su fuerza».

Los tres militares invitados protestaron contra esta duda, recordando que en sus innumerables (y heroicas) campañas habían bebido alcoholes más crueles que ese. La elegante señora de cara severa, enmarcada dentro de una gola de encaje que más parecía collar de espinas y vestida con un hábito tieso, los miraba con reprobación desde la pared. En cambio, el teniente de fragata de la Real Armada, con la carta a su madre la Condesa en la mano, parecía compartir la fiesta, rememorando con regocijo sus tiempos de mar y de juerga.

-«¿Han visto el comunicado del Gobierno en el diario de hoy?», preguntó el Coronel Iguain, «Se acusa a Wilson de desatender su obligación de cultivar las relaciones amigables entre los dos Gobiernos y de injuriar indignamente al Perú al trasladarse a la nave francesa de modo violento, inesperado y casi furtivo, pretextando que no tenía garantías en Lima».

-«Pero todo el mundo en Lima sabe que se trata de una fuga pues el Cónsul había quedado en el peor de los ridículos, después de la demostración del inteligente periodista Hércules Gallardo», comentó Pabón.

-«Bueno, todo resultó como lo habíamos planeado y Wilson ha salido huyendo para su tierra. Es increíble que sin mover un dedo ni realizar violencia alguna, sólo distribuyendo los rumores adecuados, haya sido posible lograr el fin que perseguíamos: nos sacamos al Cónsul del camino. Hemos cometido un homicidio diplomático...», rió Ponce.

-«Es la fuerza del espíritu», argumentó un poco pedantemente La Fuente. «A veces actúa a través de los tontos y otras a través de los que se creen inteligentes como Gallardo».

-«Trabajo fino», dijo con aire alcohólicamente docto Pabón. «Todos hemos conseguido lo que queríamos: Wilson desapareció de escena en medio de la vergüenza, la imagen del General La Fuente ya no tiene riesgo de mancha alguna y hasta el pobre diablo de Correa, que tanto nos costó convencerlo para que hiciera toda la comedia, ahora está camino a Dios sabe dónde, con 300 pesos en el bolsillo. El falso cura también ha recibido su paga...».

-«¡Y el susto que le dimos al viejo Flores! Después de ésta, me apunto en un grupo de teatro», dijo Ponce colocando entre pecho y espalda todo el contenido de su pequeño vaso de pisco.

-«La que estuvo magnífica en su papel, es la actriz que contratamos para que hiciera de mujer de Ponce...», dijo La Fuente.

-«Mi mujer había aceptado ir a la iglesia a entrevistarse con Gallardo...», dijo un poco rencoroso Ponce.

-«Sí, pero quizá Gallardo, con su suspicacia, no hubiera creído que era tu esposa. En cambio, esa mujer era una profesional: desempeñó el papel de señora de Ponce, mejor que la señora de Ponce misma. Ahora no te hagas el confundido nomás, pretendiendo afanarla con ese pretexto», comentó Pabón muerto de risa.

-«Señores,» se impuso La Fuente con autoridad, «para terminar esta historia, debemos hacer un brindis por la Patria, que es la única que realmente ha salido ganadora».

Los cuatro militares, ebrios de intrigas y de pisco, se pusieron de pie, levantaron sus copas y, un poco vacilantes pero todavía dignos, dijeron a una sola voz:

-»¡Viva el Perú!».

**5**

**EL INCA**



**E**n el nombre de Dios Todopoderoso, a los tres días del mes de Septiembre del año de mil ochocientos cincuenta y cinco desde la Encarnación del Verbo Divino, de siete mil cincuenta y cuatro desde la Creación del Mundo y de setecientos ochenta y ocho desde la Fundación del Imperio del Perú, amén.

*Sea notorio a todos los quechuas que la presente memoria de testamento político vieren, como yo el Inca Dr. D. Justo Apu Sahuaraura Ramos Tito Atauchi Yaurac de Ariza Titu Condemaita, Canónigo Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Examinador Sinodal y Visitador General del Obispado, hijo legítimo del anterior Inca D. Pedro Apu Sahuaraura y de la Ccoya Dña. Sebastiana Bustinza Yaurac, que en Santa Gloria se encuentren, ambos a dos descendientes de los emperadores Ttupac Inca Yupanqui y Huayna Kcapac, estando como estoy enfermo de la enfermedad que Dios Nuestro Señor ha sido servido de darme, pero en mi entero juicio, memoria y entendimiento natural, creyendo como creo en el Misterio de la Santísima Trinidad, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y todo lo que cree, enseña y predica nuestra Santa madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, como católico cristiano, en cuya fe y gracia he vivido y protesto vivir y morir, y como la muerte es cierta a toda criatura viviente aunque de día incierto y para que no me coja desprevenido a lo que debo hacer para el descargo de mi consciencia y para la transmisión de la alta investidura que he ejercido en secreto durante todos estos años, quiero dejar un testamento, última y posterior voluntad, escogiendo por mi Abogada o intercesora a la Serenísima Emperatriz de los Angeles, María Santísima, Madre de Dios, para que interceda ante su precioso Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, a fin de que ponga mi alma en carrera de salvación y mi misión terrenal en manos de quien mejor pueda continuarla y llevarla si es posible a buen término por sí mismo o encomendarla a su vez a quien lo suceda y así muchas veces por los siglos de los siglos hasta que llegue el momento oportuno del restablecimiento de la Monarquía Peruana de los Incas, no sólo en la clandestinidad como ahora pervive sino también a la vista de todo el mundo,*



para gloria de nuestras tradiciones y memoria de nuestros Antepasados.

*Elevando mis ojos con temor y confusión a mi Señora, dulcísima, suavísima, excelsa Reina de los Cielos, fuente del agua de la vida y de la luz eterna, y rogándole contemplarme benévolamente e interceder ante su sacratísimo Hijo para que, a la hora de mi muerte, no mire mis pecados sino la fe de este siervo humildísimo, digo:*

*Que soy de linaje real por mis cuatro costados. Abuelos míos, siete generaciones atrás, fueron Ttupac Yupanqui y el gran Huayna Kcapac; y he jurado en nombre de ellos ante mi padre, quien antes de morir me transfirió el secretísimo cargo, no abandonar jamás la causa de la restauración del dominio quechua sobre las comarcas del antiguo Tahuantinsuyo.*

*Conforme a ello, declaro ser el Emperador o Inca del Perú, el único que actualmente existe, con derechos imprescriptibles sobre el pueblo indio. Porque ese título ha sido indebidamente agregado en estos últimos siglos bárbaros al apellido de todos los descendientes de los antiguos Señores de estas tierras; pero Inca verdaderamente sólo hay uno y, desde que mis mayores regresaron de Vilcabamba para constituir el Imperio oculto, el nombre del Ungido se mantiene en sigilo y así se hará de generación en generación hasta que llegue el momento de que la nobleza quechua abandone la clandestinidad y restablezca en estos territorios americanos un renovado Imperio de los Incas, y la tierra vuelva a organizarse en ayllus bajo el suave pero firme gobierno de las panacas.*

*El secreto —que vivimos como un vejamen— no hubiera sido necesario si no fuera porque, en un día nefasto, un grupo de plebeyos se atrevió a mancillar nuestra tradición inmemorial: un Pizarro, hombre de la más baja esfera, un Almagro, de oscuro nacimiento, un Luque, simple maestrescuela de Panamá, llegaron a estas costas y ultrajaron la majestad de uno de los más grandes imperios que haya*

conocido el mundo. La ofensa fue infligida con la irresponsabilidad de los rudos y la ingenuidad de los simples, incapaces de reconocer el delicado perfume de lo noble: su espíritu vulgar no les permitió siquiera comprender la magnitud de la afrenta inferida. ¡Qué desgracia que en el momento del encuentro no hubiera habido un buen intérprete, que pusiera al alcance de esos hombres llanos la exquisitez de nuestra cultura! Se valieron de Felipillo, un indio ordinario y sin educación alguna, ni en español ni en quechua, lengua ésta que hablaba mal pues le era extranjera ya que pertenecía a la raza inferior de los tumbecinos.

*In illo tempore, Manco Kcapac creó a los hombres; y, más tarde, Pachacutec los organizó en un poderoso Imperio, que mi abuelo Huayna Kcapac extendió por la tierra. Pero, después del oprobio, fue el sagaz Sayri Tupac, al que la historia conoce solamente por el hábil disfraz de manso con que supo revestirse, quien fundó el Imperio subterráneo, como recóndita reacción contra el dominio extranjero. Fue, en realidad, un mártir: ofrendó a la causa más que su vida, su honor. Al precio de perder el respeto del indio común (de esos que por su origen plebeyo no podían estar en el secreto), en todo momento desempeñó a la perfección el papel de amigo complaciente de los españoles, cuando en realidad era el Inca insurrecto a la espera de la hora de los quechuas, que podía tardar muchas generaciones pero que llegaría indefectiblemente para inaugurar un nuevo tiempo.*

*Sayri Tupac comprendió que no era posible vencer al trueno y al viento enfrentándolos cara a cara. Por eso, calladamente, reagrupó a la nobleza incaica y le dio una tarea de siglos: conservar vivo en sus corazones el Imperio de nuestros mayores. Era preciso guarecerse en las cuevas hasta que el furor de la tormenta pasara y los cielos se fatigaran de castigar a los hombres. Pero, apenas los blancos perdieran el favor del cielo, el Inca daría la orden de salir nuevamente a los campos y a las calles y tomar por asalto el poder usurpado por los barbudos: los espíritus debían estar prontos y las armas listas.*

*El Inca renunció a Vilcabamba y a la guerra, se retiró a Yucay, en el Valle Sagrado, a fin de organizar en el silencio el gobierno del mañana. Los españoles pensaron que había abandonado la lucha. La mente torpe del conquistador nunca comprendió que la clandestinidad no consiste necesariamente en ocultarse en los montes ni en agazaparse tras los arbustos: una idea revolucionaria puede quedar mejor escondida a la vista de todos. El partido de la restauración del Incario, discreto pero ardiente como los rayos del Sol, comenzó inmediatamente a crecer como la hierba por entre los pies de los españoles; y algún día, con la ayuda ahora del Dios cristiano, el único verdadero, se convertirá en un bosque tupido que ahogará a todos los extranjeros.*

*Sólo una vez, mi abuelo Sayri Tupac tuvo un momento de flaqueza; solo una vez cometió la imprudencia de revelar su verdadero ánimo. Fue un momento de orgullo, un instante en que la pasión casi hizo fracasar el frío cálculo de esta empresa secular. Habiendo sido invitado a Lima para recibir las concesiones de tierras que le hacía el Rey de España en recompensa por haber renunciado a la lucha armada de las montañas, ante el ridículo ofrecimiento que le hicieron, arrancó una hebra de seda del fleco del mantel y, con la voz quebrada por el odio, dijo al Virrey y al Arzobispo, Don Gerónimo de Loayza: «Si todo este paño y la guarnición eran míos, ¿qué merced es la que ahora se me hace dándome este hilo?». Los españoles intuyeron (con razón) la amenaza de un peligro extraño que se asomaba por esa repentina resquebrajadura del hasta entonces suave rostro del indio, y lo envenenaron.*

*El príncipe Tupac Amaru asumió entonces la Corona del Imperio subterráneo. Temperamento impulsivo, pensó que era mejor regresar a los montes; pero después aceptó la estrategia trazada por su antecesor y vivió entre españoles. El pérfido Virrey Toledo —cuya memoria será abominable por toda la eternidad!— percibió la traición y lo mandó apresar, lo puso entre grillos y, con el ánimo de acabar con la dinastía real, lo hizo matar junto con treinta y cinco de sus familiares y generales, mientras que otros murieron en el destierro. A par-*

*tir de entonces, la consigna de los Incas que le sucedieron fue no ofrecer resistencia, ocultar su alta jerarquía con disfraces inocentes, mostrarse sumisos y callados, sin dejar translucir el profundo odio ni la secreta esperanza de la vuelta del Imperio. Los nobles quechuas, a cargo de la dirección del movimiento, únicos conocedores de la continuidad sigilosa, se encargaron de difundir esta actitud de resignación en el pueblo indio.*

*Sin embargo, nuestra lucha continuó y obtuvimos triunfos sin que el enemigo advirtiera siquiera nuestra presencia. Uno de nuestros objetivos fue dejar señales para los iniciados, a fin de que sintieran siempre que la idea del Imperio continuaba presente. Pero, ¿cómo hacerlo sin que los españoles lo estorbaran? Decidimos utilizar los propios símbolos usurpadores para usurparles su significado y dar así testimonio de nuestra presencia sempiterna. Convencimos a los criollos para que incorporaran en el escudo de Lima las iniciales «K» e «I». Ellos pensaron —¡pobres infelices!— que estaban honrando a sus reyes Karolus y Ioanna; nunca se dieron cuenta de que el pueblo indio reconocía en ese blasón a sus propios reyes, al Kcapac Inca de antes y de siempre. Otra de nuestras tácticas fue enervar los ánimos y crear rencillas entre los conquistadores: cuando no puedes matar a tus enemigos, enfréntalos unos con otros y haz que se maten entre ellos. Pronto vimos los buenos resultados: los parientes de Pizarro mataron a Almagro y luego los almagristas asesinaron a Pizarro. La historia peruana es un círculo de traiciones y de conductas turbias que no son sino el resultado de nuestra secreta agitación.*

*Cuando llegó la hora de la independencia de España, ya estaba yo en el cargo de Inca. Peleé en el Ejército Emancipador, no para ayudar a la República sino para atacar a la Colonia: sabía que la República no podía ser mejor. Y, en efecto, no lo fue; quizá fue peor. La dominación española había disfrazado su espíritu plebeyo con un ropaje de nobleza; una nobleza extranjera y falsa, pero que al menos representaba una pretensión de alcurnia en medio de todo. Y reconocía que también podían haber indios nobles, que dignificaban a su pueblo. El*

*espíritu republicano, en cambio, rechazó toda jerarquía natural y decidió asentarse sobre las bases más absurdas: la igualdad y el voto. ¿Puede hablarse de igualdad entre una raza y otra, entre un hombre y otro? Todo lo que ha logrado la igualdad —quizá fue la estrategia suprema de la perfidia blanca— ha sido eliminar a la nobleza india, suprimir las categorías que permitían a ciertos indios codearse con los orgullosos blancos basándose en que eran tan nobles como ellos (a nuestro juicio, más). Ahora el pueblo indio ya no se distingue legalmente de sus opresores, salvo porque es pobre mientras que el criollo es rico. Ya no existe una nación india ni prohombres indios: venerables orejones e indios del común se han convertido todos en oscuros campesinos peruanos que forman una masa indiferenciada y despreciable para los blancos.*

*Por eso, la tarea de la hora presente —¡más que nunca!— sigue siendo luchar por el regreso al poder del linaje de Huayna Kcapac. Tenemos que recrear una sociedad comunitaria pero aristocrática, que amalgame el colectivismo de los ayllus con las jerarquías basadas en el espíritu de nobleza: una Monarquía inca, popular en su base, aristocrática en su organización y cristiana en su inspiración.*

*Todo lo grandioso que ha logrado la humanidad ha sido siempre obra de una aristocracia: de la sangre a veces, pero también de la inteligencia, de la pureza de las tradiciones y de los sentimientos. Incluso Jesús era descendiente de reyes. La humanidad, con sus vulgaridades y sus debilidades, no tiene valor por sí misma. Es sólo gracias a un grupo de hombres selectos que alcanzan una existencia superior, que se justifica el género humano: los menos tienen que redimir lo humano de la bajeza e intrascendencia de los más. La gente del común, indios o españoles, camina en recuas como las llamas en las punas, guiada por los verdaderos hombres.*

*Hasta ahora nos hemos limitado a revolver los sedimentos en el alma de nuestros conquistadores, a fin de enturbiarles la vida con sus propias impurezas; pero pronto llegará el tiempo de empujarlos hacia*

*el mar de donde vinieron y obligarlos a huir en sus barcos. Entonces la tierra temblará, las cuevas de los montes darán a luz a una raza antigua cuyo momento ha venido gestándose por siglos en las entrañas de los Andes. Los rayos anunciarán el regreso de Pachacutec desde una cumbre a otra de la cadena de Apus; y los ríos harán descender la buena nueva hasta nuestras costas. El Arcángel San Gabriel estará esta vez de nuestra parte y Santiago combatirá con nosotros, mientras la Virgen apagará el fuego de nuestros techos y encenderá la paja de los europeos.*

*¡Estad atentos, porque a la hora de la acción seremos duros e implacables! Actuaremos sin vacilaciones, evitando caer en un falso amor al prójimo. Que no se nos diga que todos los hombres son iguales y que los invasores blancos tienen también derecho a vivir en este país de nuestros ancestros. ¿Acaso podemos hablar de igualdad de derechos entre quienes fueron desde siempre los habitantes de este Continente y quienes irrumpieron por la fuerza y desplazaron a sus legítimos poseedores? ¿Acaso se puede equiparar a quienes aspiramos al progreso de nuestro pueblo con quienes viven de su decadencia? Sólo podemos ser iguales con nuestros iguales. Para devolver la salud a nuestro Imperio, será necesario amputar sus partes enfermas, suprimir individuos, desterrar grupos: en una revolución, no se puede prescindir de la brutalidad como arma de lucha. ¡No me digan que la violencia es condenada por nuestra Santa Religión porque, cuando la justicia está de por medio, la debilidad es el peor pecado! Ese será el Día de la Ira de los Quechuas: nuestra venganza oscurecerá el Sol y la Luna, y la tierra se estremecerá.*

*Pero yo os digo que la hora no ha sonado todavía. Debemos aún seguir disfrazados con la piel de esos corderos que los invasores han traído de tierras lejanas.*

*Y hoy una vez más, como ha venido sucediendo generación tras generación y siglo tras siglo, estando próxima mi partida de este mundo, me toca cumplir con el deber de transmitir el fuego sagrado*

*de la venganza y la mascaypacha del poder a mi sucesor, el nuevo Inca de la clandestinidad. He tomado mi decisión y el nombre secreto sólo será revelado a los Kcapaccuna que deben venir en unos momentos y a quienes entregaré este documento escrito con el corazón en la mano y la mente puesta sólo en la sagrada misión que ha sido encomendada a mi dinastía para gloria de Jesús Nuestro Señor (¡alabado sea Cristo!) y de Dios Padre, Emperador del Universo, a quien nuestros mayores conocieron como el Sol que da la vida. A ti, oh Señor de los Ejércitos, hoy te imploro, como tu humilde siervo, que adelantes el día en que te pondrás a la cabeza de tu nuevo Pueblo Escogido y lanzarás a las huestes quechuas, convertidas en ríos caudalosos, a la obra de transformar esta impía ciudad terrenal en la Ciudad de Dios de la que han sido profetizadas tantas cosas admirables y grandiosas.*

*Juro por Dios Nuestro Señor y a una señal de la Cruz que ni para verificar este testamento ni para escoger el nombre secreto al que este documento se refiere, he sido compelido ni coactado por nadie y que lo he fecho de mi propia mano, por mi libre y espontánea voluntad, y que mi decisión ha sido adoptada siguiendo las reglas de sucesión que establecieron mis antepasados, en esta ciudad del Cuzco, ombligo del mundo y capital del Imperio de los Cuatro Extremos del Universo.*

\* \* \*

El anciano canónigo, fatigado por el esfuerzo, dejó el papel y la pluma sobre la pequeña mesa de madera rústica colocada convenientemente al alcance del brazo, y recostó la cabeza sobre la almohada.

Con los ojos apenas entreabiertos, contempló la habitación de sobriedad monacal. Alrededor de una vieja cama, sólo estaban las paredes blancas de la celda del Seminario de los Padres, una silla tosca sobre la que desaliñadamente se apoyaban los gastados hábitos y un ropero grande de puertas bombeadas.

El carcomido piso de loseta roja estaba apenas cubierto al pie del catre con una mísera estera de paja seca, con más huecos que trama. Cuando su vista se posó en el Crucifijo que había colocado en la pared de enfrente —no sobre la cama sino al frente, para ver a Jesús todas las mañanas desde el primer momento en que abría los ojos— su rostro venerable se suavizó aún más y en su boca se esbozó una dulce sonrisa.

Con la mirada triste, observó las cuartillas garabateadas que acaba de colocar sobre la mesa y que, a medida que aumentaba el cansancio, se hacían más distantes, casi inaccesibles. «No tengo nada que dejar a mis amigos», se dijo, «salvo mi imaginación. Cuando menos aquí hay algunas fantasías para ellos».

Cerró los ojos y pensó en la monótona vida de canónigo que había llevado durante los últimos treinta años. Es verdad que había participado activamente en las Guerras de Independencia, luchando como el mejor por los patriotas. Pero de eso hacía muchísimo tiempo, tanto que ya no lo recordaba como algo vivido sino como si se tratara de un conocimiento aprendido. Lo que realmente sentía como parte de su vida era esa rutina hecha de iglesia y soledad, esa aburrida regularidad que él animaba en secreto mediante esos sueños íntimos que jamás había contado a nadie, fruto de un amor a la literatura que nunca había dejado aflorar, en los que se imaginaba a sí mismo en las situaciones más variadas y desafiantes. Era agradable regresar a casa desde la Catedral, doblar la calle del Triunfo rozando las piedras de los muros levantados por sus ilustres antecesores, subir arrastrando el paso por la cuesta de San Agustín hasta llegar al Seminario de San Antonio Abad donde le había sido facilitado un pobre cuarto, cubrir las ventanas como quien baja el telón del teatro de la vida y, aislado de todo, ponerse a imaginar. Nunca había querido ni siquiera colgar un cuadro en los desnudos muros, salvo el Crucifijo, para que nada lo distrajesen

de su mundo interior. Poco a poco, fue cortando todo contacto con la ciudad. Hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie, no asistía a ninguna reunión; salvo, claro está, las sesiones del Consejo Real de los Kcapaccuna...

De pronto escuchó voces en torno suyo. Levantó la vista y se encontró con sus fieles Señores de los Cuatro Suyos, quienes, por respeto, traían una carga sobre las espaldas para mantenerse inclinados frente al Inca. Venían a recibir el nombre del sucesor del Imperio. El Inca designó a uno de ellos con voz queda. No cometeré aquí la indiscreción de revelar su identidad ni incurriré en la imprudencia de admitir que la conozco. Los Cuatro Señores escucharon reverentemente la designación secreta. El Ungido juró de inmediato el cargo; los demás aceptaron calladamente. El Inca les señaló los papeles sobre la mesa:

-«Aquí está mi testamento político. Espero que el nuevo Inca sepa cumplir adecuadamente su misión y le deseo de todo corazón que sea en el curso de su vida que llegue el gran momento en que las huacas vuelvan a gobernar y que la mascaypacha que ahora le entrego pueda ser lucida en la plaza pública ante las masas de indios fervorosos que se reunirán humilladamente para festejar el regreso del Incario».

Los cuatro Kcapaccuna lo contemplaban con agrietados rostros sin expresión, en los que sólo podía leerse una determinación férrea.

-«Pueden retirarse», les ordenó el Inca. «Todo aquí ha acabado». Y los cuatro hombres retrocedieron uno a uno hasta la puerta, sin dar la espalda al moribundo.

Es en ese momento que hicieron su entrada los Venerables Antepasados. Manco Kcapac tenía una figura borrosa, encubierta por las nubes de leyenda; Pachacutec brillaba como un sol;

Huayna Kcapac observaba al enfermo con aire paternal; Sayri Tupac le agradecía por haber tomado las provisiones necesarias para asegurar la continuidad del Imperio subterráneo.

-«Venimos a buscarte», le dijeron. «Ahora te toca a ti también pasar a la posteridad. Desde hoy serás un antepasado».

Don Justo cerró los ojos y descansó.



**6**

**EL CONVENTO**



« ¡Qué hermosa mañana, a pesar de ser Viernes Santo!», pensó Pascual Monsalve mientras descendía de los Andes, tirando de sus mulas.

El cielo era de un azul sin pecado. Algunas nubes perfectamente definidas, como gigantescos copos de algodón en flor, contribuían por contraste a acentuar la sensación de infinito. Había dejado atrás la nieve purísima y luego la puna agreste, y ahora seguía sendero abajo por los meandros de los acantilados que delimitaban el profundo valle.

Pascual se dedicaba al negocio de traer hielo de las cumbres nevadas de la Cordillera para venderlo en Ica en esos meses de verano en que apretaba la calor. Los otros arrieros que habitualmente hacían lo mismo, no habían querido subir esta vez porque decían que ir a la montaña en Semana Santa traía mala suerte, que no se puede transitar en esos días sagrados porque los muertos deambulan impacientes por los caminos de las sierras. Sin embargo, Pascual lo veía de otra manera: «A mí los muertos no me hacen ni fu ni fa. ¿Acaso no están muertos?». Además, le gustaba enfrentarse a lo que daba miedo a la gente; quería ser distinto a los otros. «¡Bah, supersticiones!». Y su decisión de ir pese a todo hasta el glaciar le había brindado una experiencia extraordinaria; porque, más allá de que fuera o no Semana Santa, la sensación de soledad que había tenido allá arriba lo había trastornado hasta la embriaguez: subir la montaña sin compañía de nadie hasta llegar a las nieves perpetuas, a esas nieves que posiblemente ya estaban ahí cuando nacieron sus padres y sus abuelos y todos los muertos a los que los rústicos tenían miedo, hasta esa blancura envolvente, sin contrastes ni diferencias, hasta ese mundo sin color y sin olor, recorrer solo las alturas, ¡qué triunfo!. Al mirar en torno, había comprobado con inocultable orgullo que era el único hombre en ese inmenso universo helado; y con paso voluptuoso había hollado la nieve para dejar claramente marcadas sus huellas. En realidad,

había pisado fuerte además porque se había sentido tan arrebatado por el entusiasmo en esta azotea de la Tierra, de cara al cielo inmenso y teniendo a sus pies esos valles de lágrimas y de mezquindades donde moran los miedosos, que temió despejarse del suelo y comenzar a flotar como una vaporosa nube sin destino para ir poco a poco desvaneciéndose en el aire.

Ahora, en la bajada, las cosas eran más concretas. El camino de herradura descendía por la dura roca, bordeando el precipicio. Las mulas tanteaban el terreno para no dar una pisada en falso. La primera, montada por Pascual, iba decidiendo minuciosamente la ruta a seguir; las demás, unidas unas a otras como un rosario incompleto, con los grandes bloques de hielo a cuestras y el paso cansino, se confiaban de alguna manera en la que comandaba la recua. «¡Qué seguras son las mulas!», se dijo, «no como los atolondrados caballos que resbalan a cada instante. Esos hacendados arrogantes, que andan siempre presumiendo, desprecian a las mulas y cabalgan en briosos corceles; pero así igualito, con la misma presunción se rompen el cuello al fondo del abismo». Allá arriba todavía podían divisarse las cumbres blancas de cerros venerables, a cuyos pies —él lo sabía muy bien— habían lagos paradisiacos en los que las montañas eran duplicadas, pero extrañamente invertidas, hundiendo sus crestas canosas en el verde profundo de las aguas. Hacia abajo, al fondo del abismo, se advertía el valle ameno que seguía torturadamente los devaneos de la quebrada, con su pequeño riachuelo cantarino y sus campos de maíz. Una vez superada la verticalidad amenazante del acantilado, el camino por el valle sería más fácil y el propio río lo guiaría hasta Ica.

Pero Pascual comenzó a advertir algunos presagios inquietantes: hechos sin duda poco importantes en sí mismos que cobraban, sin embargo, una significación incómoda debido a que desentonaban manifiestamente con la espléndida serenidad de ese día serrano. Primero fueron unas ráfagas de aire helado que

sorpresivamente bajaron de la cordillera y giraron en torno a él como si hubieran querido envolverlo en extraños designios. Luego las mulas se pusieron inquietas, abriendo sus narices como si olfatearan el peligro que se avecinaba: su paso se hacía tan extremadamente cauteloso que parecía más bien dubitativo e inseguro. Monsalve prefirió bajarse de su cabalgadura y tirar de ella para obligar a la recua a andar más de prisa. Pero, de pronto, unos cóndores que volaban majestuosamente en círculos sobre la quebrada, muy arriba, como si nada de este mundo les importara, se lanzaron contra el arriero atacándolo con sus picos y con sus alas, como si quisieran arrojarlo al abismo. A riesgo de perder los ojos, logró felizmente espantar a las aves.

Por fin se encontró al pie del desfiladero: el camino seguía esta vez por la suave pendiente de los campos de cultivo, al lado de un arroyo que más tarde se convertiría en río. La gente de la zona lo conocía desde muchos años atrás y él pasaba saludando por sus nombres a esos campesinos que se afanaban en roturar la tierra con sus picas de madera, como lo habían hecho sus antepasados.

La parte más riesgosa del camino había quedado atrás y unas horas más tarde se encontraría en Ica vendiendo su hielo de glaciar. Sin embargo, el miedo le trepó por la nuca como una araña gigante cuando los cerros se pusieron a temblar con gran estruendo. Enormes galgas rodaron desde las alturas. Al levantar los ojos al Cielo implorando su perdón por haber profanado los días santos, Pascual observó un reflejo inusitado en lo alto de las montañas; un destello en la cumbre, un chispazo intenso, como si de golpe hubiera aparecido una nueva estrella de Belén, pero anunciando esta vez no el nacimiento de la Vida sino las iras de la Muerte. Obedeciendo a un instinto primitivo, sin saber por qué, en dos o tres saltos trepó por la ladera hasta colocarse encima del valle: el temblor había desprendido un descomunal bloque de hielo de uno de los picachos nevados, el

que se había precipitado sobre una laguna; ésta, al desbordarse, produjo una avalancha. La gigantesca ola de barro y piedras descendió tronando por la quebrada, cubriendo los campos y arrasando a su paso las modestas casas campesinas, los animales de labranza y los hombres que se encontraban en la faena. Nubes enormes de tierra se alzaron sobre el valle y, en pocos instantes, el orden del cosmos había sido destruido: era como si el mundo se hubiese hecho añicos y sólo quedara un caos indiferenciado bajo la forma de un polvo primordial que se metía por las narices y por los oídos, que forcejeaba por introducirse por la boca y que volvía inútiles los ojos.

Por un buen rato, Pascual no supo ni siquiera si existían sus pies, porque el polvo impedía toda visión. Cuando el aire comenzó a despejarse, se sorprendió de encontrarse prendido como un mono de una saliente de la roca, bastante encima de lo que antes había sido un valle con su joven y alegre río, sus surcos del arado, sus campesinos vestidos con vistosos atuendos: ahora todo ello no era sino un camposanto viscoso, un lodazal profundo, sembrado de rocas gigantescas, en el que las copas de los grandes molles sepultados por el alud asomaban sobre el barro como si fueran pequeños arbustos insignificantes. Las mulas habían desaparecido; probablemente estaban bajo tierra, cubiertas por ese mar fangoso y nauseabundo. Era imposible seguir quebrada abajo porque las botas se hundían en esa masa oscura, como si lo que antes habían sido fértiles campos fueran ahora un extenso y peligroso pantano. No había otra alternativa que trepar las montañas vecinas y buscar el descenso hacia la costa por otra quebrada.

Arañándose con los filos de las piedras, resbalando por la roca pulida, golpeándose en cada caída, logró finalmente coronar el acantilado y trasponer la cima de la montaña. Penetró en un cañón seco, que nunca antes había visitado, sin huellas de vegetación. Lo siguió pensando simplemente que todo camino

hacia abajo debía llevarlo en algún momento hacia la anhelada costa. Pascual nunca supo cuánto había andado: solamente estaba seguro de que era mucho, por el cansancio abrumador que sentía. El panorama fue poco a poco abriéndose, los cerros se hicieron más bajos pero cada vez más inhóspitos y la arena comenzó a imponerse creando un mundo difuso, de suaves pendientes y tenues contrastes: el rosa, el malva pálido y el dorado se adueñaron insensiblemente del paisaje; parecía como si lo salvaje y árido del lugar hubiera querido disfrazar sus malas entrañas vistiéndose de señorita. Pero lo más sobrecogedor era la apremiante soledad de este paisaje seco; una soledad que, a diferencia de lo que sucedía en los caminos de la apretada sierra, aquí podía otearse hasta el horizonte.

La sed y la fatiga acabarían por vencerlo, se dijo. Con paso vacilante llegó a un desierto de desnudas arenas, poblado únicamente por femeninas dunas. El sol, frente a frente en su camino hacia el oeste, parecía odiarlo y lo hostilizaba con crueldad. Trató de rehuir la mirada ardiente del astro, intentó no ver su rostro, no contemplarlo en los ojos; pero era imposible evitarlo. En varias ocasiones, el sol lo emplazó a enfrentarlo cara a cara, buscando hacerle daño. En varias ocasiones, quedó ciego. Cada vez, al recobrar la visión, se encontraba nuevamente con ese interminable océano amarillo suavemente agitado por inmóviles olas de arena, que se arqueaban hasta el límite de la crisis sin reventar nunca.

«Estas deben ser las pampas de Lanchas», dijo en voz alta, como para darse ánimos. Si era así, caminando siempre hacia el Oeste llegaría al camino de Pisco a Ica; ahí estaría en terreno conocido y podría hacer una pascana para recuperar fuerzas con la gente del lugar. Pero los pies se le hundían en la arena y el cuerpo se encorbaba por el esfuerzo: no podía andar erguido sino que gateaba de duna en duna. Frente a él, los cielos del atardecer se volvían cada vez más injuriosos. Sobre ese horizon-

te sinuoso, hecho de arena y de sol, los celajes se teñían con la sangre de dioses derribados por negras lanzas portadas por caballeros invisibles, envueltos en una contienda enigmática pero implacable. Aquí y allá, los enfrentamientos de las espadas de luz irrefutable, atravesaban el cielo en medio de las nubes que levantaban las huestes sobrenaturales en lucha.

Pascual pensó que caería en plena batalla celestial, como un triste perro que deambula por la guerra y que muere prosaicamente de sed, cuando frente a él los hombres se matan como héroes por ideales que un animal no entiende. «Una duna más», se propuso, «avanzaré sólo una duna más». Ya no se trataba de llegar a Ica; había perdido todas las esperanzas de lograrlo. Era simplemente una cuestión de dignidad: un último desafío, un reto final, para morir con la efímera sensación de una victoria, modesta pero victoria en medio de todo. ¡Llegaría hasta la cúspide de ese desnivel del desierto que ahora aparecía ante él como una montaña infranqueable! No sabía qué era lo que quería probarse a sí mismo, pero algo iba a probar. Y se arrastró penosamente cuesta arriba, ayudándose con los codos y las rodillas, por el último montículo de arena de su vida.

\* \* \*

Al llegar al borde superior y antes de abandonarse a la muerte, echó una mirada frente a él. De golpe sintió que las fuerzas le venían de nuevo; pero su mente no lograba integrar lo que veía dentro de categorías racionales. Ahí abajo, ahí delante, en medio del desierto, había un convento a la vera de un verde oasis.

No podía ser verdad, debía tratarse de una alucinación, de un espejismo. Pero ahí estaba el convento en medio del arenal, con sus muros ocre y sus molduras de blanco yeso, su campanario y sus monjes de hábitos blancos y túnicas negras. A una

distancia de tiro de piedra de este convento inverosímil y enmarcado por la inhumana esterilidad del paisaje, se encontraba un círculo de verdor, con palmeras cargadas de dátiles y vides que inclinaban sus sarmientos con el peso de los racimos: manos hacendosas, consagradas al Señor, habían retirado enormes cantidades de arena de esa zona del desierto hasta llegar a las tierras húmedas subyacentes; y en esa hoya artificial habían creado un vergel. Un grupo de monjes cuidaba las parras. Otros cosechaban las uvas y las entregaban a quienes transportaban la preciada fruta en carretas de ruidosas ruedas de madera hasta los lagares ubicados dentro del convento. Todavía otros sacaban por una puerta lateral del monasterio los piscos o botijas de arcilla, grandes como niños, presumiblemente llenos de aguardiente de uva, y los llevaban a algún depósito en la parte posterior; para mover los piscos de un lado a otro, los monjes los hacían girar sobre la punta que suelen tener en su parte inferior, de modo que se desplazaban como trompos gigantes. Nadie pronunciaba una palabra y todo sucedía sin agitación, como si los monjes nadaran en el aire.

La fatiga de sus sentidos, unida a la rebelión de su mente que no acertaba a ponderar esta visión con un mínimo de cordura, fueron demasiado para Pascual. Perdió el conocimiento y su rostro se enterró en la arena. Cuando despertó, era de noche. El convento estaba iluminado con lamparones y teas de luz vacilante, dando la impresión de que toda la construcción vibraba en silencio con un ritmo de indiscubrible cadencia. Los contornos del edificio se entremezclaban con las sombras circundantes, privándolo de esa definición, de esa certeza de límites, que tienen las cosas que usualmente llamamos reales.

Pascual decidió acercarse a pedir auxilio. Dificultosamente descendió la duna y caminó hasta la entrada del monasterio. Los monjes no demostraron sorpresa alguna por su presencia; parecían, más bien, esperarlo. En absoluto silencio, le dieron de

tomar unos sorbos de agua y, siempre sin decir palabra, lo invitaron a entrar. Al pasar al lado de la torre, la campana comenzó a doblar llamando a reunión; pero ningún monje tiraba de la soga. Con exquisita amabilidad —pero siempre en religioso silencio— un fraile regordete lo hizo pasar a una sala inmensa que fungía de refectorio. Al momento de cruzar el portón de pesada madera, dos monjes le colocaron una capa sobre los hombros que llevaba bordada en oro la figura de un cóndor gigantesco.

La sala que hacía de refectorio era espaciosa y estaba iluminada por humeantes antorchas adosadas contra las paredes que, con sus resplandores rojizos y amarillentos, permitían ver veinte mesas largas, alrededor de cada una de las cuales se sentaban doce monjes. A los lados de las diferentes puertas y sobre todo rodeando una suerte de túmulo mortuario o de extraño altar, situado en uno de los extremos, unas columnas de madera torneada y retorcida sostenían enormes cirios. Detrás del túmulo, apoyados en la pared, habían cinco piscos con inscripciones en latín, que Pascual no pudo comprender: CHAOS VETERUM, ESSENTIA EXALTATA, SOLVE ET COAGULA, IGNIS INNATURALIS, CONIUNCTIO. Sobre las mesas, candelabros de plata de incontables brazos, sostenían chisporroteantes veias. En las encaladas paredes del refectorio colgaban cuadros similares a los que se encuentran en las viejas iglesias; sin embargo, luego de una segunda mirada, Pascual pensó que eran algo extraños. En uno de ellos, un santo descansaba bajo la sombra de un frondoso molle; pero el árbol nacía de su vientre y el nudoso tronco que luego se abría en un profuso follaje era el canonizado miembro viril. En otro —que también le pareció poco propio para un convento— un Rey y una Reina (¿serían todavía monárquicos estos frailes, después de cincuenta años de Independencia?), colocados dentro de una especie de tumba y conservando solamente sus coronas como única prenda de vestir, hacían el amor con las piernas entrelazadas, mien-

tras la Muerte armada de su guadaña vigilaba la escena. Al otro lado de la sala, una tela gigantesca mostraba un torneo en el que se enfrentaban dos campeones montados uno en caballo blanco y el otro en caballo negro; ambos estaban desnudos, uno era hombre y el otro mujer, uno tenía un sol radiante por cabeza y el otro una pálida luna.

Lo llevaron a la mesa principal situada frente al túmulo y le ofrecieron un asiento al lado del único monje vestido íntegramente de blanco con una cruz roja sobre el pecho, al que supuso el Abad. Este no pronunció palabra para darle la bienvenida, pero hizo un gesto amable invitándolo a sentarse a su derecha; Pascual no dejó de advertir que había una cierta ansiedad en la forma como el Abad lo había mirado, como si esperara algo muy importante de él. Tres parejas de religiosos aparecieron con enormes canastas de pan, tan grandes que tenían que ser cargadas por dos monjes cada una, quienes las sostenían por asas también hechas de paja trenzada. Fueron depositando las hogazas en las mesas, en el sitio de cada comensal. Simultáneamente, otros monjes se encargaban de escanciar el vino en las copas. Pero no se escuchaba una voz, un tintineo de copas, un roce de los panes sobre las escudillas.

«Mi cuerpo no debe haber resistido allá en el desierto», se dijo Pascual, «y ahora estoy en el Reino de los Muertos». Pero nunca se había imaginado así el Otro Mundo. ¿Estaba en el Cielo o en el Infierno?

La comida fue frugal, aunque sustanciosa: un trozo de carne de res que los monjes cogían con la mano, ayudándose únicamente con un cuchillo; y frejoles con cebollas, que colocaron dentro de los panes y saborearon con especial satisfacción. Nadie habló una palabra en todo ese tiempo. Sin embargo, periódicamente, los monjes dejaban de comer, depositaban las presas sobre las escudillas de madera y se volteaban a mirarlo, como

si esperaran que él dijese o hiciese alguna cosa. Pascual estaba paralizado por el miedo y no se atrevía a decir ni hacer nada por temor de caer en falta. Hubiese querido dar de gritos, preguntar a voz en cuello qué era todo esto, quiénes eran estos misteriosos cofrades, qué esperaban de él, por último, qué juego estaban jugando con él. Pero un pánico frío que discurría despaciosamente por sus venas, lo inmovilizaba.

De pronto, los goznes de la puerta que quedaba en el extremo contrario al tûmulo chirriaron. La doble hoja fue abierta lentamente por manos incógnitas e ingresaron a la sala en doble fila unas jóvenes vestidas con sedas de colores, de cuerpos cimbreantes y sugestivos, con la cabeza oculta bajo un largo tul que les caía hasta la cintura. En medio de esta procesión, una de las doncellas, vestida íntegramente de verde, llevaba en sus manos alzadas al Cielo un disco de oro, que representaba un Sol de llamas refulgentes. Era difícil fijar la vista en la joya, de una perfección que Pascual nunca hubiera imaginado posible: el brillo del precioso metal lo cegaba y tanto el Sol como la joven que lo transportaba estaban envueltos en una tenue neblina que les desfiguraba los contornos, como si sus límites estuvieran continuamente desvaneciéndose en el aire.

Pascual sintió que un extraño calor lo invadía, penetraba por las puntas de sus dedos, por las plantas de sus pies, y se iba posesionando de su cuerpo. La joven de verde se detuvo ante él y Pascual pensó que iba a desmayarse: el calor se hizo insoportable, sentía náuseas porque su ombligo era una brasa ardiente, como si un rayo de ese Sol hubiera convertido su vientre en una marmita de agua en ebullición. Dos de las acompañantes levantaron suavemente el velo de la portadora del Sol y Pascual pudo ver un rostro hermosísimo, como nunca se hubiera siquiera atrevido a soñar, que lo miraba interrogante. Pascual pensó decirle cualquier cosa: que la amaba, que nunca había visto una mujer tan bella, cualquier cosa para

hacer durar ese instante maravilloso. Pero el velo volvió a caer y la procesión siguió su camino hasta el túmulo, donde el Sol fue reverentemente depositado.

Es en ese momento que hicieron su ingreso a la sala los músicos negros. Vestidos con camisas y pantalones de hilo blanco, una faja roja a la cintura y descalzos, entraron haciendo extrañas contorsiones y acompañándose con un ritmo hipnótico producido por el golpear de quijadas de diversos animales, que llevaban en la mano. Las muelas flojas dentro del descarnado maxilar sonaban como extraños cascabeles de diferentes timbres. El primero de los danzarines, que tenía puesta sobre su cabeza una máscara con la forma de un gigantesco testuz de toro, se acercó a Pascual e hizo el ademán de embestirlo dos veces, como si lo invitara a participar en este extraño baile. Embriagado por el ritmo y el ambiente, Pascual tuvo durante unos segundos la tentación de aceptar el reto, de ponerse de pie, estirar los brazos de manera que el cóndor bordado en la capa abriera las alas y se lanzara desde las cumbres sobre ese toro negro, como un rayo de sol que penetra en las tinieblas y las transforma en luz. Pero dudó.

Los músicos negros no esperaron y, luego de dar una vuelta en torno al refectorio, tomaron asiento alrededor del túmulo en cajas de madera, que golpearon frenéticamente con las manos, aumentando la voluptuosidad de esa música infernal. Los monjes se levantaron de las mesas, cada uno cogió a una de las jóvenes y todos se entregaron a un exultante coito al ritmo de los rústicos tambores. En medio de esta barahúnda, uno de los piscos perdió su precario apoyo en la pared y rodó estrepitosamente, rompiéndose en múltiples pedazos; el vino que contenía formó un charco de sangre sobre el piso. El abad había escogido a la portadora del Sol, a quien dos de sus damas le levantaban la falda, mientras el monje con el hábito sostenido entre los dientes, la penetraba; desde atrás, para no im-

pedirles su función ritual, dos recios monjes poseían a su vez a las ayudantes. Los demás copulaban en todas las posturas y desde todos los ángulos. La sala vibraba con los impulsos del instinto y los bramidos de los comensales, mientras la frenética música de muelas y tambores enloquecía a todos con su magia perturbadora.

Pascual no atinaba a mover un músculo. Clavado en la banca del refectorio, observaba atónito los amasijos de hábitos y vestidos que convulsionaban sobre las mesas, que buscaban un agitado equilibrio contra las paredes y que se revolcaban por las rojas losetas del suelo. El momento culminante llegó al unísono en todas las grotescas parejas. Pero justo antes, el abad y la dama de verde detuvieron sus quehaceres y voltearon por última vez a mirarlo como si esperaran que él dijera la palabra cabalística que los salvaría de hundirse para siempre en las aguas procelosas de la carne. Los tambores dejaron de sonar y todos, monjes y doncellas, contuvieron la respiración. Pero Pascual Monsalve, pobre arriero de Ica, no tenía nada que decirles.

La sala entera se sumergió en un orgasmo de dimensiones universales, una frenética exaltación que desbordaba los cuerpos entrelazados, para extenderse por los muros del edificio, abrirse hacia el desierto y disolverse en la noche estrellada. En medio del arrebato general, Pascual perdió el sentido.

\* \* \*

Poco a poco, fue recobrando la consciencia. Su primera sensación humana fue la incomodidad que le producía el escorzor del sol sobre su rostro. Abrió los ojos y se encontró con la cara sobre la dorada arena, el cuerpo encogido y un vago malestar, algo así como un entumecimiento general por haber estado muchas horas en una posición defectuosa. Levantó la cabeza

y contempló frente a él las ruinas de un convento, deshabitado desde mucho atrás.

Se incorporó rápidamente y se acercó a la construcción. Ahí estaban los muros ocre, ahora carcomidos por el tiempo; también la torre, pero sin campana y parcialmente derruida; el oasis estaba poblado por una vil maleza, de la que sobresalían algunas palmeras coquetas, que se alzaban con orgullo sobre la desolación general. En uno de los fuertes troncos de huarango que hacían de columnas para sostener la pérgola de la entrada de la abadía, estaban atadas sus mulas, con el hielo que comenzaba a derretirse.

Cruzó el umbral, donde ya no se encontraba el pesado portón tallado. Todos los ambientes mostraban la crueldad del tiempo: paredes destruidas, el piso había desaparecido íntegramente, los muros de mampostería estaban plagados de huecos que revelaban impudicamente su armazón de madera atada con pasadores de cuero como corsés de vieja. Intentó orientarse para llegar al refectorio: ahí no sólo las bóvedas que formaban el techo sino incluso las paredes no existían más, y se había establecido una adúltera intimidad entre la sala y el desierto. Pascual recorrió desolado ese suelo desnudo que mostraba desvergonzadamente la tierra madre. Ni huellas de paredes encajadas, ni de mesas de refectorio ni de pinturas inquietantes; mucho menos de monjes y de sacerdotisas de un culto nefando. Todo lo que podía ver era el prosaico paso del tiempo: el reino de la destrucción y de la decadencia. Aquí y allá excrementos de animales —champas informes de las vacas, bolillas minuciosamente esculpidas de las ovejas, alguna huella burda del paso de mulas o caballos— debido a que posiblemente el recinto, ya abierto a la intemperie, había sido utilizado como establo temporal.

Pascual se acercó al lugar donde había estado el túmulo.

Aún quedaba un pequeño montículo, que los perros habían utilizado profusamente. De pronto, una mancha todavía húmeda en la tierra le llamó la atención: en una zona amplia, parecía haberse derramado algo. Cogió una pizca de ese barro entre los dedos y lo llevó a la nariz: no cabía duda de que era vino. Observó en derredor y encontró fragmentos de un pisco roto en una ocasión incierta.

Monsalve tomó sus mulas y se dirigió al oeste. Poco después llegaba al camino de Pisco a Ica, donde varias casuchas de palos y adobe ofrecían refrescos al viajero fatigado.

-«¿Conocen ustedes el monasterio?», preguntó.

-«¿Qué monasterio?», le contestaron.

-«Pues un lugar donde se celebran ritos extraños, que terminan en bacanales al compás de una música de diablos, y que está ahí atrás, en el desierto».

-«Una cosa como esa no existe por estos lugares. Somos gente sencilla...»

-«Pero, ¿no han visto un edificio de curas, con torre de campanario, donde se hace vino...?».

-«¡Ah!, ¿el convento de los españoles?. Hace muchas décadas que no hay nadie ahí y está a punto de desaparecer».

Pascual Monsalve cambió la conversación. Sin embargo, cuando todo el mundo estaba enfrascado en una discusión sobre la mejor época para regar el algodón, un viejo del lugar, curvado por la vida, se le acercó discretamente; y procurando que nadie advirtiese que le estaba dirigiendo la palabra al extranjero, le aconsejó:

-«Mejor no vaya por esos lugares, señor. Dicen que penan. Si yo fuera usted, no haría muchas preguntas y me alejaría de esos parajes visitados por las ánimas».



7

**PREMIO A LA VIRTUD**



**L**a verdad, para ser franco, franco, yo creí que no me iban a permitir el ingreso a la Municipalidad, pero nadie me puso ninguna traba, la amable dama que controlaba la entrada me pidió una invitación que no tenía, ¡caray, pensé, no voy a poder ver a Crisálida!, pero siempre muy amablemente me preguntó si me había olvidado de mi tarjeta, le dije que sí, me preguntó a quién venía a ver, le dije que a Crisálida Luna, la niña premiada, y con una sonrisa aún más amable me hizo pasar, ¿cómo no iba a hacerlo, si mi cara de amoroso padre de familia tenía más verdad que un miserable pedazo de cartón?, y así me encontré sentado en medio de todos esos padres de familia orgullosos de que sus hijas cuando menos hubieran participado en el Concurso, aunque no fueran ganadoras como Crisálida, todos empujaban para conseguir mejores asientos, los hombres habían dejado en casa sus ropas de obreros y estaban de saco y chaleco, el sastre se había puesto su mejor confección y el italiano bachiche que despachaba en el almacén llevaba al cuello nada menos que una corbata, las mujeres habían pasado toda la tarde emperifollándose y ahí estaban, pintadas como payasos que han olvidado sacarse el maquillaje después de la función, pero aquí la función recién comenzaba, el salón municipal había sido decorado con flores blancas, cartuchos y azucenas, como si fuera un matrimonio, las sillas estaban colocadas a manera de un teatro y en la parte libre que hacía las veces de proscenio, habían acomodado una pequeña mesa con las extremidades púdicamente cubiertas con faldillas de tul, sobre ella se veían unos papeles, los codiciados diplomas y escarapelas, sin duda, encima de un delicado encaje de Bruselas, un poco más allá, al fondo de la sala, un piano de cola negro dormía solitario, acompañado por un triste taburete, y la gente no podía más de la impaciencia de ver a sus hijas, esos padres y esas madres con la felicidad que les chorreaba por las comisuras de la boca entreabierta en una sonrisa interminable, posiblemente querían verse a sí mismos en ellas, pero eso no tiene importancia, todo el mundo estaba contento, una pareja movió un poco

sus sillas a derecha e izquierda para recobrar la perspectiva del escenario cubierta por la espalda ciclópea de la señora gorda, los afanosos padres que se encontraban detrás de ellos a su vez movieron las suyas y lo mismo hicieron los que seguían y los otros y los otros, de pronto el Alcalde entró a la sala, acompañado de una señora imponente y de un cura con aspecto de santo, y los tres tomaron asiento detrás de la mesa, tras ellos entró un pianista dentro de un frac que le quedaba chico y se sentó en el taburete, las voces de los asistentes se convirtieron en cuchicheos y finalmente se hizo un silencio ansioso, sólo se escuchaba el roce de los vestidos de satén de las señoras mientras intentaban acomodar de manera definitiva las enormes posaderas en la pequeña superficie que les había sido asignada, y el Alcalde dijo que no iba a decir nada, porque todo lo iba a decir la organizadora del Concurso, que tenía todos los méritos y las calidades para explicar la razón de ser de este Premio a la Virtud que sólo se otorgaba a niñas pobres de la ciudad, y yo me pregunté si acaso las niñas ricas no serían virtuosas y me distraje pensando en todos los pecados que posiblemente cometerían con tanto dinero, cuando recobré la atención ya se había puesto de pie la señora Adelina Concha de Concha, una matrona incrustada dentro de un corset incapaz de contener tanta virtud, su vestido negro se hinchaba por delante y por detrás con el tesoro acumulado de sus buenas obras, y por el generoso escote rebalsaba su bondad, realzada por un bellissimo collar de brillantes que titilaban como estrellas en medio de la noche municipal, hacía calor, no como hoy que el día está frío y hay llovizna, la vieja Concha había comenzado a decir que Roma, esa república sabia, mandó construir un augusto Templo del Honor y la Virtud, una señora despeinada preguntó a su marido si Roma era lo mismo que España, para denotar que sólo alcanzaban el Honor quienes cultivaban la Virtud, la señora despeinada le dio un codazo a su marido para que le respondiera, de modo que si se quiere ser honorable hay que fortalecer la Razón para que se imponga sobre los Sentidos en la feroz gue-

rra en la que se halla trabada, el marido, un zapatero de mi barrio, acostumbrado a clavar las suelas sin que nadie le haga tantas preguntas difíciles contestó a su mujer que no lo fastidiara más, porque quienes quisiesen proporcionarse felicidades abandonándose a sus pasiones nada otra cosa encontrarían que tinieblas y miserias, en medio de todo la vieja estaba en lo cierto, si hubiera pensado más racionalmente no estaría ahora aquí, con las gotas de garúa resbalando por la cara, sin poder levantar el brazo para secarme con la manga, y entonces habló el cura y no dijo nada sobre la virtud sino sobre los pecados, ¡oh pecador, oh pecadora!, a ustedes que estáis aquí delante mío me refiero, porque sois pecadores, ¡tú!, considera un Dios omnipotente, airado sobre airado, celoso sobre celoso, enfurecido, ¿hasta dónde llegará con su venganza contra ti, pecador?, bueno, ahora sí lo sé, ¿no temes lo que hacía temblar a un David, quien no temía ni a osos ni a leones?, no, la verdad es que ya no temo a nada, es como si fuera un sueño, ¿no habrá sido todo un sueño, quizá?, ¡ah, desventurado, cuán presto caerá sobre ti ese aguacero de tempestades!, es verdad, las gotas de lluvia me molestaban mucho porque se deslizaban por la frente, dudaban un poco ante la ceja y luego indefectiblemente se metían en mis ojos, y el pianista tocó una de las polonesas de Chopin, la puerta lateral del improvisado escenario se abrió y entraron en fila las treinta y cuatro niñas que habían pretendido ser las más virtuosas de la ciudad, vestidas con vaporosos tules, rosa pálido, lila claro, un celeste muy discreto, livianas como nubecillas, meras condensaciones etéreas de la pureza universal, dos trenzas echadas hacia adelante (una sobre cada hombro) eran de rigor, salvo la premiada, Crisálida, toda vestida de blanco, con su negro pelo estirado y una sola trenza muy larga que caía por su espalda hasta más abajo de su cintura y remataba en un enorme lazo como una mariposa desorientada en el interior de un edificio público, la señora Adelina fue presentando una a una a las niñas que habían formado parte de la selección final, dejando para el último a Crisálida, todo el pro-

grama transcurría en un ambiente irreal, las vacilaciones de la luz del gas hacían que la sala se ampliara o se encogiera por momentos, la música era divina, las niñas diluían sus contornos en el aire, la única persona que parecía tener carne y hueso era la señora Adelina Concha de Concha, cuya corporeidad era incontestable, decían que era un ángel porque amaba a los pobres más que a sí misma, pero era difícil imaginarla revoloteando en torno al trono celestial, hubiera necesitado alas gigantescas para levantar esa mole, como si una ballena pudiera ser convertida en ave y volara pesadamente de nube en nube, en cambio Crisálida era una maravilla, tan delgadita, tan pura que parecía que no tocaba el suelo, con esos hombros todavía infantiles brillando desnudos sobre los tules, era casi transparente como el humo de un cigarrillo que pronto se desvanece en el aire, al final la vieja presentó a Crisálida, la niña premiada, el dechado de todas las virtudes, y Crisálida estaba allí, con su aire tímido, tan linda, tan inocente, tan pura, y dos niñas le entregaron un ramo de flores blancas y la señora Adelina le entregó el premio, que era una estampa a todo color de la Virgen María en un marco de plata, quizá algún día tendría que vender la plata para comer, pero lo importante no era eso sino que era un premio, un premio a la virtud, y luego todas las niñas cantaron maravillosamente, el Alcalde nos despidió a todos y, para que nadie se quedara después de vencidas las horas extras que había pagado el Municipio, los diligentes empleados comenzaron a apagar las lámparas de la sala, me acerqué a Crisálida y la felicité cariñosamente, le dije que como su mamá era inválida y no podía venir a buscarla me había pedido a mí, su vecino de toda la vida, que lo hiciera, Crisálida me agradeció la molestia, seguro que pensaba en el desgraciado de su papá que ya hacía dos años que las había abandonado para irse con una negra chinchana, de esas que cuando caminan parece que bailaran landó, la cogí de la mano y nos fuimos caminando, nadie me dijo nada al salir, ¡qué lindo era llevar de la mano a la niña más pura de la ciudad!, nos fuimos por el Jirón de la Unión, ya

era tarde y sólo pasaba uno que otro noctámbulo, pero yo no veía a nadie porque estaba absorto en las historias de Crisálida, la niña hablaba y hablaba, no dejaba de contarme cosas, ¡Dios, ese oficial grita demasiado para llevar a cabo una cosa tan simple como formar a su pelotón!, me contaba que la señora Adelina Concha le había preguntado si había conocido a algún muchacho y ella le había dicho que a muchos, que todos los muchachos del barrio eran sus amigos, y la señora Adelina había insistido si había conocido a alguno más que a otros y ella le había contestado que no, que a todos igual, y la señora Concha se había quedado muy satisfecha con esta respuesta, aunque ella no sabía por qué a la señora Concha le interesaba tanto saber si ella tenía amigos, mientras hablaba sin parar Crisálida medio que caminaba, medio que saltaba de puro contenta, me contaba también que todas las chicas del Concurso eran muy buenas y que habían rezado varias veces el Rosario juntas y me repetía con mucho entusiasmo las peticiones que habían hecho a la Virgen en cada uno de los Misterios gozosos, como que curara a doña Petronila que había caído enferma de tercianas y parecía que se iba a morir, y que Clarita volviera a encontrar a su gato que se había perdido, y que regresara a casa el papá de Clementina, y que todos los pobres tuvieran que comer, y que Jesús iluminara al Gobierno, y así llegamos al Parque de la Exposición, entonces yo le dije que tenía un chocolate en el bolsillo y que si quería podíamos comerlo a medias, y ella muy entusiasta dijo que sí, nos sentamos pues en una banca del parque, al lado de la fuente, estaba oscuro, Crisálida dejó su estampa con marco de plata en el suelo, al lado de nosotros, y yo saqué la barra de chocolate y la partí en dos, no pude dividirla exactamente pero juro que le di la parte más grande a Crisálida, comimos en silencio nuestro chocolate, yo le miraba de reojo esas rodillas tiernas, apetitosas como manzanas, y tuve un deseo insoportable de acariciarlas, no era nada malo, sólo que esas rodillas eran tan puras, tan perfectas, que parecían una concentración apretada de esa virtud que le había he-

cho ganar el premio, y yo quería solamente hacerles cariño, para mí eran maravillosas esferas de espiritualidad, claro que eso no lo pueden entender estos burdos soldados, que obedecen como autómatas y que no tienen sentimientos, cómo podrían entender la levedad del pudor, el suave estremecimiento de la inocencia, la sutileza de la niñez, no, esta gente de tropa no hubiera sido tentada por una rodilla, pero a mí me hacía una impresión muy grande, no podía apartar mi vista de esas redondeces púdicas que asomaban indiscretamente bajo los tules, todo lo que quería era poner la mano sobre esa rodilla, acariciarla suavemente como quien acaricia el alma de una persona, pero todos mis fantasmas me lo impedían, y la niña seguía hablando y hablando, y yo sólo pensaba en poner la mano sobre su rodilla, no puedo negar que mi mirada se sentía también atraída por su cuerpo impúber que se insinuaba bajo las gasas y las blondas, marcando aquí y allá las primeras señales de la adolescencia, pero eran sus rodillas que me obsesionaban, dos veces adelanté mi mano para apoyarla en su rodilla deliciosamente infantil, pero las dos veces sentí timidez y la retiré sin que ella advirtiera el movimiento, mientras saboreaba su mitad de chocolate Crisálida seguía hablando de su colegio, ¡la Madre Directora era muy dura con las niñas!, de sus amigas, la peloncita que le gustaban demasiado los caramelos, Carmelita que era muy buena jugando con la pelota pero muy mala en matemáticas, Juanita que era muy contestona con las profesoras, y esa rodilla seguía ahí, brillando como un astro, tentándome para que la toque, escondiéndose de repente bajo las blondas del vestido y volviendo a aparecer prontamente tan provocativa como antes, sugiriendo a veces la presencia de esos muslos color del té que custodiaban el jardín secreto, pero no, sólo la rodilla me interesaba, sólo esas rodillas angelicales, trataba de apartar la vista de ellas, miraba el suelo, pero el suelo me llevaba hasta los zapatitos de charol y, sin poderlo evitar, remontaba los frágiles tobillos y ascendía por las altas medias de seda blanca que terminaban justo debajo de esas rodillas in-

quietantes, como es inquietante la virtud y el bien y el amor y el olvido, y de pronto extendí la mano y la puse sobre su rodilla, un poco bruscamente como todo aquello que se hace venciendo un temor, una resistencia interna, apoyé firmemente mi mano, la rodilla pretendió fugarse, se agitó locamente para zafarse de mi irrefrenable admiración, yo sólo quería expresar mi emoción, hacerle compartir lo delicado de mis sentimientos, pero Crisálida, Crisálida se puso a gritar, desfavoridamente, mezclando alaridos y chillidos, mientras agitaba desenfrenadamente brazos y piernas, le pedí que se callara, le dije que sólo admiraba su pureza, pero ella no entendía nada, gritaba solamente, como una loca, le expliqué que ella para mí era algo tan delicado como el viento que agita las hojas de los árboles, como un murmullo de enamorados, como el olor de hierba recién cortada, su alegría, su alma limpia era como el fresco de la brisa que acaricia con suavidad el rostro fatigado y sudoroso del caminante, como el ruido refrescante del agua de la fuente, como la lozanía de las pequeñas cascadas de la acequia, pero era imposible hacerle comprender, su desesperación borraba todos los matices, todas las sutilezas, transformaba lo exquisito en grotesco, convertía la ternura en espasmo, el roce en manotazo, la vacilación y la ambigüedad en procacidad, el sueño en obscena realidad, le tapé la boca con las manos y todavía vibrando de fina espiritualidad le dije: «¡Crisálida!, te admiro mucho, admiro tu virtud que ha tenido un premio bien merecido, no quiero hacerte daño, sólo quiero poner mi mano sobre tu rodilla, ya que no puedo acariciar tu alma», pero Crisálida rompió el encantamiento intentando correr, la alcancé y la sujeté por el cuello, ella pataleaba, tuve que apretar más fuerte para que no se escapara, de pronto tuve en mis manos la clara sensación de derrumbamiento, como si la niña hubiera desaparecido y me quedara en las manos solamente un conjunto informe de ropa que se desmorona fláccidamente, sin estructura alguna, su primoroso rostro ya en silencio se apoyó pesadamente en mis manos mientras que sus pies perdían sustento en el suelo, la eché

sobre el pasto con toda suavidad, acomodé su vestido, le peiné los cabellos con mis manos, las blondas quedaron como palomas blancas rodeando las inefables rodillas, todavía quise acariciarlas una vez más pero habían perdido su alma, ya no eran sino simples articulaciones mecánicas, bisagras de un cuerpo que ya no tendría necesidad de ellas, y luego vino todo lo demás, los policías, el juicio, ese Fiscal que decía defender la virtud y que pronunciaba palabras de acusación tan pomposas, qué podía saber ese hombre tieso y ensoberbecido de la virtud, de la auténtica, de esa cualidad ágil, impalpable, transparente, por la que Crisálida había recibido un premio, qué podían saber esos jueces de grandes bigotes y caras tensas de la dulzura y de la alegría de la bondad, las medallas y cintas que llevaban al cuello como símbolo de su alto cargo parecían más bien piedras de molino que les habían sido colocadas para echarlos al río por hipócritas, no me importa haber sido condenado por ese mundo ordinario, tosco, vulgar, no me merecen crédito alguno, nada tienen que decirme quienes ignoran el reflejo quebrado del cuello del cisne en el agua del estanque, la onda imperceptible que deja el surco del cormorán sobre el mar de plata, la majestuosidad del pelícano que flota sobre las olas con más dignidad que un rey en su trono, la primavera que tiñe de un verde purísimo las hojas más jóvenes de los viejos árboles, los seres fantásticos que habitan en los bosques de piedras y en los celajes tropicales sobre el grande océano, el minucioso caos de la espuma de ríos turbulentos, la infinita profundidad de los espacios celestiales, y menos aún me preocupan esos tiradores de uniforme que han sido alineados delante mío como soldaditos de plomo, mientras la lluvia cae sobre mi rostro y mis manos siguen atadas a la espalda, ahora me han cubierto los ojos y me han colgado un círculo en el pecho con un imperdible, como una chusca medalla de algún chusco premio a alguna chusca virtud que espero no tener, el oficial está dando la orden de que apunten, no lo veo ya pero recuerdo muy bien su aire de opereta con su espadín a la mano que parece de jague-

te, no me interesa la escena, no se han dado cuenta de que al impedirme ver ese mundo que llaman real me han liberado de la vulgaridad de una ejecución y me han dado en cambio la suprema libertad de escoger mi propio universo, y yo prefiero hacerme parte del humo de un cigarro que casi imperceptiblemente va desapareciendo en la nada, remontarme a las alturas lentamente como una nube, posarme sobre una delgada rama como un ave cansada y balancearme con suavidad mientras escucho a la brisa que pasa silbando una canción estival, ¡fuego!, compartir la arrogancia del halcón y la celeridad de la flecha, dejarme llevar por las olas y...



8

LA SILLA

A la memoria inolvidable de  
Jorge Luis Borges



Cuando salió de la prisión conducido por los soldados, Zenón Torres vio la silla. En medio de la Plaza de Armas, había sido colocada una mísera silla de palo y paja, sobrecogedora en su soledad, donde sería fusilado. Un tambor destemplado redoblaba en forma monótona y lúgubre. Casi a empellones, lo hicieron avanzar hacia esa solitaria silla doméstica, absurdamente colocada en el centro de la plaza del pueblo, y le dieron el privilegio de sentarse en ella. Como Zenón dudó un poco, una fuerte mano se apoyó en su hombro y lo encajó en el asiento con la fuerza de un alud que desciende de los Andes arrastrando a su paso los cuerpos de las impotentes víctimas. Cuatro soldados fueron designados para conformar el pelotón de fusilamiento al mando de un sargento, el zambo Salazar. El resto de la Compañía, cerca de cuarenta hombres, con su jefe Don Agustín Verástegui a la cabeza, se emplazó en formación a un lado de la trayectoria de las balas; las figuras aterradas de los habitantes de Huamachuco, se apretaron confundidamente al otro.

Zenón Torres se sentía ridículo. «Nadie muere por estupidez», se decía. «La muerte tiene siempre algo de heroico y de grandioso». Pero en su caso la muerte carecía de dignidad: moriría a los dieciocho años por puro azar, por el capricho de un déspota, porque Dios a veces parece no darle importancia a lo que sucede en el mundo.

Mientras escuchaba la voz cascada del zambo Salazar que ordenaba «¡Apunten!», se puso a pensar en los hechos de las últimas horas. Concluido el año de estudios de matemáticas en el Instituto Científico, allá en Lima, había venido a pasar vacaciones a su pueblo con sus padres. Esa mañana, acababa de escribir una carta a Isabel, su novia de la Capital, contándole que las tropas del feroz Verástegui andaban por la región causando estragos. Cuando se dirigía a la estafeta para aprovechar el correo de ese día, hizo irrupción a gran galope en el pueblo, en

medio de disparos y dinamitazos, la temida montonera. Luego de hacer caracolear sus caballos, algunos se apearon para buscar alcohol en las cantinas. Uno de ellos se acercó Zenón que se había detenido en una esquina a contemplar esta grotesca parada militar y, con voz flaqueante que denotaba las inmensas cantidades de alcohol consumidas durante el viaje por las frías punas, le urgió a que lo acompañara a uno de los tambos para seguir tomando. Zenón rechazó la invitación, pero el montonero insistió. Con la inexperiencia de la juventud, Torres quitó al borracho de su camino con un empujón y apretó el paso hacia la estafeta. Es entonces cuando escuchó los gritos detrás de él:

-«Ese es un enemigo de la causa. ¡Deténganlo!».

Volteó para ver quién era el infeliz que había sido tan gravemente acusado y se sorprendió al sentir, casi en el mismo instante, que dos soldados lo levantaban en vilo y lo llevaban semicargado al local municipal que Verástegui había inmediatamente convertido en cuartel y ocupado en nombre de la Revolución. En unos minutos se constituyó un Consejo de Guerra, se leyó en público la carta que le había sido arrebatada y fue declarado culpable. Un desafinado toque de corneta hizo conocer a la población que se procedería en seguida a la ejecución.

Ahora veía las bocas de los cañones de los fusiles que lo apuntaban, como ojos desorbitados que trataran de inquirir en las profundidades de su alma. El cielo serrano era de un insoportable azul; alrededor del pueblo, las montañas amarillas se encaramaban sobre las casas para no perder detalle de la ejecución; los techos de tejas se agolpaban alrededor de la plaza y las ventanas, con gesto triste, volteaban a mirar hacia el improvisado patíbulo; soldados y pobladores se alineaban a ambos lados; y, en el centro del mundo, había sólo una silla con un hombre que debía morir con el pecho reventado por una descarga de fusilería.

-«Pero, ¿qué diablos tengo yo que ver con este maldito de Verástegui?», se decía. «Ni sé qué quiere y me importa un pito si gana o si pierde: no soy ni amigo ni enemigo de su causa». Pero Don Agustín era un cajamarquino que consideraba como enemigos a todos quienes no fueran sus amigos.

Descendiente de una de las familias vascas que poblaron Celendín en el S. XVI, Verástegui era un representante típico de esa burguesía media rural: su padre fue dueño de una tienda de abarrotes que le hizo ganar el dinero suficiente para adquirir la hacienda de nombre epopéyico «El Triunfo». Cuando Don Agustín heredó el patrimonio familiar, no sólo aumentó la producción del fundo sino que amplió los negocios abriendo varias otras tiendas en los pueblos vecinos, contratando peones para que fueran a trabajar a las plantaciones de la Costa (lo que le proporcionaba jugosos ingresos tanto por enganchar indios como por perseguir a los fugados, por cuenta de los patrones) y llevando a cabo, comisión mediante, la recaudación de tributos por cuenta del Gobierno peruano.

Sin embargo, Don Agustín se aburría: todos sus entretenimientos consistían en aplicar personalmente el látigo a los morosos en el pago de impuestos o a los deudores de su tienda, alguna que otra pelea de cantina y unas cuchilladas con algún marido indignado que lo había pescado saliendo por la ventana después de haberle violado a la mujer en su propia cama. Llegó hasta a sentirse físicamente enfermo de inacción. Comenzó a pensar que lo habían embrujado. Un día invitó a su vecino, Don José Encarnación Reaño, para beber juntos. Después de varios vasos de cañazo, le dijo: «Me siento mal. He visto a cinco médicos y me dicen que no tengo nada, que sólo tengo ociosidad. Visité a un brujo y éste me ha dicho que tú me has echado una maldición para arruinar mi salud y mi chacra». El viejo Encarnación protestó y le quiso hacer comprender que no había prueba alguna de que él le hubiera hecho ese daño. Verástegui,

con una rabia incontenible, tomó su fusil y, descargándole un tiro a quemarropa en el corazón, le gritó: «¡Esta es la prueba!».

De pronto, la idea de entrar en política vino a sacudirlo de su letargo. El pretexto fue la firma del Protocolo Billinghurst-La Torre, durante el gobierno de Nicolás de Piérola. Este tratado tenía por objeto terminar las diferencias (y resentimientos) entre Chile y el Perú, surgidos con ocasión de la reciente guerra. Don Agustín sostuvo que ese acuerdo entregaba las provincias de Tacna y Arica al enemigo y se levantó en armas contra don Nicolás con la bandera de «¡Abajo el Protocolo!». Inmediatamente reunió a los matones que tenía a su servicio en el fundo a quienes nombró coroneles, él mismo se nombró general, levó a todos los indios jóvenes del lugar como soldados (meros «números», sin rostro ni alma, en la mente militar) y se lanzó a la conquista de la región para «la causa». En la primera población que visitó con su montonera, ordenó el saqueo de la tienda del alemán Eduardo Gottfried, que de paso era su competidor en los negocios, bajo la lógica irrefutable de que los chilenos eran extranjeros, ese «gringo» era también un extranjero, por tanto el alemán era un chileno o algo parecido; y luego había lo de la guerra, el Protocolo y todo lo demás. El anciano Gottfried fue tomado preso a nombre del pueblo peruano; y los indios que formaban la zarrapastrosa tropa, comentaban: «¡Vea usted! Nunca pensamos que Ño Protocolo era tan viejo...».

Zenón Torres apretó los dientes y se dijo: «¡A mí no me matan así nomás!». Súbitamente tuvo la idea de evitar que las balas llegaran a su pecho, impidiendo que el tiempo pudiera avanzar. «Si el minuto que falta para el disparo lo parto en dos lapsos de treinta segundos y cada una de ellos en otros dos de quince y así sucesivamente, la sistemática y continuada división prolongará el intervalo hasta el infinito y nunca llegará el instante del impacto». Se trataba, entonces, de crear un período de

tiempo limitado pero infinito, una eternidad desenvolviéndose entre el apretar de los gatillos y la llegada de las balas a su temeroso cuerpo. Sin embargo, ¿cómo realizar esta operación sin desmayar un solo segundo? Toda vacilación, toda pausa, sería mortal: en el mismo instante en que el infinito dejara de ser creado con este persistente proceso divisorio, las balas alcanzarían su corazón. La única solución, pensó Zenón, está en la capacidad de recordar: había que recordar y recordar, evocar cada hecho de su vida y luego fraccionar ese hecho en hechos menores o accesorios y proseguir así recreando a cada instante la propia idea de instante.

El ruido seco de la descarga rompió ese silencio denso y agobiante que invadía la plaza como un vaho espeso. Y Zenón tercamente inició su producción de infinito, regresando a su infancia en medio de montañas y de cactus: recordó la gritona señorita de la escuela y el pellizcón anónimo que le dio en su protuberante y redondeado trasero para ganarle una apuesta a un compañero de banca (¡Qué discurso había echado la maestra sobre la presencia de degenerados en clase!); recordó a su madre zurciendo las medias de toda la familia, y a su perro Candela, y a esa pastorcita que azuzaba sus calenturas de adolescente y con la que jugaban a atraparse por las punas mientras el ganado pastaba con absoluta indiferencia frente a los desmanes juveniles; recordó el olor algo picante del ponche de habas que quitaba el frío serrano en los días de fiesta en esa misma plaza ahora sórdida; recordó la bacenica que le colocaba su madre cada noche debajo de su cama y los ronquidos de su viejo después de haberse mandado la última (decía) borrachera de su vida, que inexorablemente se repetía cada semana con el mismo invariable propósito de que no habrían otras después.

A su alrededor, el universo parecía haber quedado suspendido: los ruidos, las expresiones de los rostros, el perro que levantaba la pata sobre un esmirriado árbol, el humo de la pól-

vora de los fusiles, todo había quedado paralizado; sólo el pensamiento de Zenón seguía en ebullición en medio de un mundo dormido. Aplicando el método recién descubierto, Zenón dividió y profundizó cada uno de sus recuerdos: se preguntaba si su padre dormía sobre el lado izquierdo o sobre el lado derecho; volvía a escuchar sus sonoros ronquidos; trataba de imaginar el detalle de la forma de los quiñes en el disfraz de loza blanca del poco noble recipiente nocturno, esos quiñes que revelaban impudicamente su pobre verdad de hierro oxidado; sacó una a una las pulgas de Candela; sintió nuevamente en la punta de sus temblorosos dedos, con la precisión de un ciego, la sensación fofa de las carnes excesivas de la profesora mientras las apretaba entre el pulgar y el índice; se perdió durante una eternidad en la contemplación de las curvas, sinuosidades y volúmenes de una nube inverosímil que alguna vez vio desde la ventana de la escuela, coronando la cresta de ese cerro que se empinaba irreverentemente sobre el campanario de la iglesia.

Durante algún momento, Zenón tuvo el diabólico temor de que quizá llegaría a recordar todos y cada uno de los momentos de su vida. Esta sola idea lo aterró porque, una vez visitados todos los instantes, no quedaría resquicio para el infinito y las balas llegarían a su pecho. Pero después advirtió que la sola idea de totalidad era absurda y que, una vez revividos todos los días, horas, minutos y segundos, se abriría un segundo nivel de memorias con todos los instantes intermedios, con todas las fracciones de momento; y así sucesivamente. Esto lo hizo sentirse más seguro de su propósito: la dimensión infinita del fraccionamiento infatigable de sus recuerdos excedía por definición la dimensión finita de los hechos recordados, el lapso del recuerdo sería infinitamente mayor que el lapso de lo vivido; y así podía instalarse dentro de una trabajosa pero durable eternidad. Zenón continuó recordando y quebrando desesperadamente sus recuerdos; y las balas no llegaron.

De pronto, oyó la estentórea voz de Don Agustín que decía: «¡Está bien! Le perdono la vida. Si mis hombres han sido tan animales que no le han acertado a esta distancia, se ha ganado su vida. Pero, ¡eso sí!, el perdón es a condición de que se incorpore a nuestra tropa». Zenón continuaba afanosamente en la tarea ímproba de seguir fraccionando sus recuerdos convencido de que cualquier distracción significaría la muerte cuando, todavía sin saber muy bien lo que pasaba, lo levantaron de la silla y casi a rastras lo llevaron al improvisado cuartel.

\* \* \*

Al día siguiente, la montonera debía continuar su vagabundeo por la Cordillera. Un correo había llegado esa noche anunciando que las fuerzas del Gobierno se aproximaban. Antes de abandonar el pueblo, entramos en el potrero donde Don Modesto Rodríguez tenía sus caballos. Ahí se nos autorizó a los que todavía estábamos a pie —dos otras personas habían sido enroladas en Huamachuco— para que procediéramos a expropiar algunas buenas bestias a nombre de la Revolución. Yo cogí una yegua fuerte de buen piso y de todos los pasos, que me sería útil en las rápidas escaramuzas sobre los villorrios y en el monótono galopar de las punas. Del cuarto de monturas tomamos lo que necesitábamos, dejándole a Don Modesto un papel donde se le garantizaba el pago cuando el General Cáceres llegara al poder y Don Agustín Verástegui fuera su Ministro de Guerra; y ya con las cabalgaduras aperadas, se nos dio la orden de emprender la marcha. Carecía de arma y esto fue motivo de una severa reprimenda de Don Agustín:

-«¿Qué hace un soldado en la guerra sin un fusil en la mano, carajo? Tú no vienes a mirar sino a pelear. ¡Anda y consigue un arma en alguna casa!».

No fue necesario ir lejos. Repentinamente, de las filas par-

tió un tiro de fusil. La gente del pueblo, aterrorizada, echó a correr en todas las direcciones pensando que Verástegui se había arrepentido del perdón y me había matado. Pero las cosas sucedieron de otro modo: el zambo Salazar, el sargento que había estado al mando del pelotón de fusilamiento, yacía en el suelo, al lado de su caballo, con la cabeza destrozada por una bala de su propia carabina. El día anterior, en el momento de proceder a mi ejecución, había amartillado su arma para darme el tiro de gracia; pero, cuando la ejecución fue cancelada, olvidó colocarle el seguro. Al ir a subir a su nervioso potro, el rifle en la mano, cogió un puñado de la crin y puso el pie en el estribo para encaramarse; pero la espuela se enganchó en el gatillo y disparó el arma.

-«¡Vaya, vaya!», dijo Verástegui, en medio de grandes risotadas, «el que iba a matar al muchacho resultó muerto con la bala que le tenía preparada. Si a veces a uno hasta le provoca ser filósofo cuando ve estas cosas... Pues bien, ¡que el muchacho tome su fusil ahora!».

Y así me encontré propietario de una carabina Remington, veinticuatro tiros (el vigésimo quinto acababa de ser eficazmente utilizado), una cantimplora y una frazada del difunto. Verástegui no tenía confianza en nadie y menos en mí que era nuevo y forzado. Por eso colocó a un cholito bajo y cuadrado, de mirada atravesada, llamado Correa, para que me vigilara en todo momento, con instrucciones de disparar al menor intento de fuga. Para justificar su decisión, Don Agustín me espetó en la cara:

-«Mira, niño de teta. Yo no creo en nadie, ¡ni en mi camisa! Para que veas...» y sacándose la camisa y arrojándola al aire le disparó dos tiros con su revólver.

Durante tres meses difundimos la Revolución por la zona,

requisando caballos y provisiones, matando enemigos de la causa, robando las gallinas de los paisanos para disfrutar de un mísero banquete escondidos en algunas de las arrugas de la vieja Cordillera y agotando el cañazo de todos los tambos. Muchas noches acampamos en las alturas, unas veces a la luz de una pálida luna y otras bajo un impecable cielo estrellado. En la intimidad de la noche serrana, mi único placer (sencillo, pero intenso) era envolverme en la frazada que todavía olía al muerto y sentir cómo poco a poco el calor recuperaba los territorios que habían sido conquistados por ese punzante frío que intentaba penetrar hasta en los últimos pliegues de mi cuerpo. Después de sonambulescas andanzas, el Estado Mayor decidió que debíamos regresar a Huamachuco. Mal comidos, fatigados y soñolientos, llegamos a mi pueblo en un infortunado amanecer. Don Agustín había bebido toda la noche y se encontraba de muy mal talante. Mientras descabalgábamos, me miró como si nunca me hubiera visto antes. Tenía los ojos rojos de alcohol y de maldad.

-«¡Tú mataste a mi amigo Salazar!», me dijo. «Tú lo mataste para quedarte con su fusil».

Todo sucedió después muy rápidamente. Una vez más me encontré sentado en una solitaria y absurda silla en el centro de la plaza. Una vez más, el cielo era de un azul inmaculado, libre de toda nube. Una vez más, redoblaba el viejo tambor. Una vez más, las casas del pueblo volteaban a observarme con mirada triste y la gente se agolpaba a ver la ejecución.

\* \* \*

Zenón decidió aplicar la misma táctica que en la ejecución anterior: pensaría en su vida tan minuciosamente como en la otra ocasión, para que el tiempo no avanzara y las balas no llegaran a su pecho. Escuchó el disparo y vio el humo que salía

de la boca de los fusiles. Desesperadamente, se aferró a sus recuerdos: pensó en todo lo vívido durante estos agitados meses, pensó en el frustrado fusilamiento varias semanas atrás en esa misma plaza, pensó en lo que había pensado entonces cuando le dispararon los soldados, recordó sus recuerdos y luego comenzó a recordar los recuerdos de sus recuerdos. Pero fue en ese momento que el orden de las evocaciones (¡ah, siempre ese maldito problema del orden!) comenzó a confundirse. La memoria no registraba ya los sucesos en serie sino a saltos y borbotones; la regularidad minuciosa de las segmentaciones fue alterada, cada fragmento de vida parecía generar nuevas consecuencias que construían una sucesión independiente y alternativa de hechos. Y a sus reminiscencias se sumaron sus fantasías: el mundo probado y el mundo probable se fundían en una sola realidad con múltiples dimensiones.

Con horror, comenzó a notar que dudaba de sus recuerdos y del proceso mismo: el tiempo había dejado de ser un infinito manejable para convertirse en un misterio tan rebelde y caótico como la propia montonera. Pensó que quizá no estaba vivo, que no lo había estado desde que lo fusilaron, que sólo sus pensamientos habían quedado vibrando anónimamente mientras que su persona se había extinguido con los disparos del pelotón comandado por el zambo Salazar. O quizá el fusilamiento sólo lo había matado en una de sus vidas posibles, pero en otra de ellas recién iba a morir en ese instante. Y pudiera ser que le quedaran todavía infinitas muertes posibles, en las que el fusilamiento y el recuerdo del fusilamiento se repetirían indefinidamente como las imágenes reflejadas en espejos opuestos. Pudiera ser también que las alteraciones y repeticiones del tiempo fueran aún más complejas y que no sólo intercambiaran los resultados de las acciones sino también los participantes, los medios empleados, las mil y una circunstancias. En esta forma, en otra de las alternativas no sería el reo sino uno de los miembros del pelotón o quizá el jefe de los montoneros o el mismo

Presidente de la República, y así hasta agotar la serie de permutaciones posibles; pero como la serie es infinita, esto también le aseguraría una existencia eterna. Sin embargo, las dudas volvían a asaltarle: pudiera suceder que hubiera una sola muerte, simple y definitiva; y que éste fusilamiento no era otro que aquél que creía haber vivido tres meses atrás. Todo lo demás, las noches de cabalgata, las salvajes atrocidades cometidas desde entonces, el aire cortante que baja de las montañas como una carga de lanceros, no habrían sido sino las fantasías con que se habían mezclado sus recuerdos en el instante fatal: las balas disparadas en ese entonces recién iban a destrozar sus entrañas.

El Coronel al mando del pelotón se acercó a la silla volcada por el impacto, para dar el tiro de gracia al hombre que se encontraba amarrado a ella y que acababa de ser ejecutado. Amartilló su fusil Remington y apuntó fríamente a las sienes. Luego dudó. «Las balas son escasas por estos parajes», pensó, «y quizá este tiro me puede salvar la vida en otro momento». Bajó el arma y remató a Zenón con la bayoneta.



# 9

## EL FONOGRAFO



« ¡Maldita sea la huelga de cocheros!», masculló Difunto, dando un tirón de riendas a su caballo para no atropellar con su victoria a un faraón egipcio que no parecía comprender que los tiempos habían cambiado y que ahora no era sino uno de los tantos peatones que caminaban en masa por la calle. «Porque está bien que uno quiera trabajar, pero que lo llamen justo la noche de Año Nuevo, ya parece demasiado». Con poca habilidad, desvió el coche hacia la derecha para esquivar a tres marqueses que paseaban muy orondos, tocados con blancas pelucas. «Además, eso de que los cocheros profesionales están protestando por el despido de don Nicanor, para mí es un cuento. Bien que se merecía ese Chaparro que lo botaran porque era un ocioso. Lo que pasa es que han querido tomarse la noche libre con motivo de las fiestas, obligando a la Municipalidad a llamar a los meritorios, practicantes y postillones. Si uno no acude, después no le dan nunca más trabajo. ¿Y de qué van a comer nuestros hijos?»

Esa noche la ciudad entera giraba vertiginosamente sobre sí misma al ritmo de los valsos y mazurcas que escapaban por puertas y ventanas e inundaban las calles, contagiando con una alegría húmeda a grandes y chicos, ricos y pobres, almibarados señoritos y austeros catedráticos, señoras copetudas y negras sandungueras, delgadas niñas de ademanes cuidadosamente estudiados y voluminosas placentas de franca y vulgar carcajada.

No, no era una noche cualquiera; ni siquiera era un Año Nuevo cualquiera. La profusión de cohetes y de bengalas, los alharaquientos fuegos artificiales fabricados por los chinos y la cantidad inusitada de gente en las calles, indicaba que no sólo se recibía un nuevo año sino incluso un nuevo siglo. «1900... ¡válgame Dios!», se dijo Difunto, «¿hasta cuándo va a continuar esa loca carrera de la historia, que no parece tener ni fin ni sentido? Es como si se me desbocara el caballo y echara a correr tirando vertiginosamente el coche hasta un horizonte que nunca llega».

La calle de Arrieros, la Faltriquera del Diablo, Juan Simón, la de Belén, la Plaza de la Micheo, la ciudad toda había sido invadida por una cultura disparatada y anónima, que se diseminaba desordenadamente y que hacía casi imposible la circulación de las calesas. Abigarradas multitudes de gente disfrazada formaban ríos que se desplazaban juguetonamente hacia las fiestas que tenían lugar en distintos barrios, engrosando a veces su caudal en las cercanías de algún salón de baile, bifurcándose otras veces, dejando atrás por momentos a un desamparado Pierrot, recibiendo más allá a una provocadora Colombina. Esta masa frenética se angostaba y se ensanchaba al avanzar, en la medida que evitaba las innumerables islillas de puestos de comida, verdaderas fondas portátiles instaladas en cualquier parte, de cuyos braseros se levantaban humos misteriosos y olores picantes. Había algo demoníaco y excesivo en el ambiente: Lucifer con su arrogancia y Satanás con su desenfreno se habían enseñoreado de la ciudad y azuzaban a sus pobladores a cometer todo tipo de insanias. En la tibia noche del verano limeño, el resplandor del gas de los faroles y las súbitas llamarras rojizas de los braseros disipaban toda duda —si alguien todavía pudiera tenerla— de que algo paroxístico (y, en el fondo, nauseabundo) había poseído carnalmente la ciudad.

Por todas partes sonaban los pitos y las matracas, los aires de alguna polka de salón, el rasgueado de una guitarra jaranera que acompañaba a las voces aguardentosas de algún trío anónimo. Aquél que andaba desprevenido, era atacado de pronto por un sonido estridente y ensordecedor, al mismo tiempo que una colorida culebra se desenroscaba de la boca acartonada de un tendero del Jirón de la Unión, ocultando su timidez tras una careta monstruosa, y le hacía cosquillas en la oreja.

La victoria difícilmente lograba atravesar esas oleadas de locura y desenfreno. «Entre tanta gente, sí que uno no es nadie», se dijo Difunto. «Porque se puede ser pobre, pero conoci-

do. ¿Acaso los amigos del barrio no me fastidian todo el tiempo por llamarme como me llamo? Dicen que es chistoso. ¿Y qué culpa tengo si nací el día de los Difuntos? En todo caso, eso hace que no haya quien no sepa quién es Difunto Quispe. Pero aquí, en medio de la muchedumbre, ¿quién sabe quién soy yo? Con las justas me reconocen como cochero; pero sólo porque los puedo llevar, no por mi persona». Una comparsa, encabezada por un hombre con falda y peluca de mujer, se puso a hacer gestos obscenos delante del coche; el hombre —¿o la mujer?— que la dirigía, después de aburrirse de hacer tanta morisqueta a un coche vacío, se acomodó la finísima peineta de carey desde la que caía un mantón de Manila hasta la cintura e inició un pegajoso asedio contra una joven pastorcilla que intentaba huir aterrada entre una alborotada procesión de extraños monjes con capuchas, sus hábitos partidos verticalmente en dos colores, que rendían afanosamente culto al dios Baco.

Difunto advirtió de inmediato a Madame Pompadour, que le hacía señas desesperadas con delicada mano, forrada en largo guante blanco, para que se acercara. «¡Ea, caballo!», díjole al animal, mientras intentaba llegar hasta la necesitada señora. Nadie lo oyó en medio de tal vocinglería, ni siquiera el rucio; pero, paso a paso, con todo cuidado para no embestir a nadie, haciendo sonar histéricamente la bocina, fue aproximándose a la bellísima dama con impecable peluca de empolvados bucles y vestido al vuelo. La señora, haciéndole saber mediante un gesto que siempre lo necesitaba, se ocultó de pronto en el vano de un viejo portón, porque por la otra calle había aparecido la comparsa de los diablos: un grupo de negros atrevidos, ornados de cachos y con máscaras repugnantes, que hacían sonar rítmicamente, a golpes de palma de mano, los dientes sueltos de unas quijadas de burro. Una señorita de sociedad había sido atrapada por estos estrafalarios danzarines y era conducida durante calles y calles sin dejarla salir del círculo, mientras los

diablos negros probaban la suavidad de sus angelicales formas blancas.

Finalmente, Difunto logró alcanzar a la elegante dama francesa. «¡Esto sí que es un sueño!», se dijo Difunto. «¡Qué cuerpo tan maravilloso, pechos opulentos, cintura cimbreante y caderas como suaves dunas de arena». No pudo verle el rostro porque estaba cuidadosamente cubierto por un antifaz, que no retiró en ningún momento. Sin embargo, observó que Madame Pompadour había dibujado con mucho esmero un lunar en la blanquísima ladera del pecho izquierdo, ahí donde el amplio escote dejaba ver una carne movediza y tentadora.

«¡Al Lawn Tennis de la Exposición!», ordenó la Pompadour en un castellano perfecto que subió hasta el pescante como un aroma embriagador.

\* \* \*

El Lawn Tennis mostraba su silueta profusamente iluminada más allá de los parques donde tuvo lugar la Exposición Nacional de 1872, colindando con la campiña limeña. Fuera de los límites urbanos, el Club tenía fama por su carácter informal que atraía a las nuevas generaciones. En esta ocasión, había decidido hacerle competencia en el baile al tradicional Club Nacional: los mayores habían optado por el orden almidonado del *smoking* y los jóvenes por el desorden entusiasta del disfraz y la máscara; aunque no faltaban algunos viejos que, por no dejar solas a sus hijas en día tan peligroso, se habían resignado a disfrazarse y concurrir también al Club deportivo.

El sendero de ingreso a través del jardín estaba adornado con farolitos chinoscos, guirnaldas y quitasueños. Dentro del local, la magia de la luz convertía el baile en un divertido aquelarre: mil doscientas bujías repartidas en cuarenta y nueve

arañas, con sus imágenes vacilantes y sus realidades imprecisas, se manifestaban contra esa electricidad que amenazaba instalarse pronto en Lima y que derrotaría con su fría y agresiva desvergüenza al sonriente claro de luna, al vértigo de un cielo estrellado, a la exquisita tristeza azul de la llama de las velas, al misterio de la noche profunda.

En los salones, la alegría confundía las identidades, la música disolvía toda individualidad y el alcohol enlazaba las almas. La gente bailaba sin descanso, los caballeros lucían a sus parejas recorriendo en círculos la pista en un orden implacable. Los enormes espejos multiplicaban las figuras de los bailarines hasta hacerlas infinitas. Cada sala tenía un grupo de músicos que se encargaba de animarla: aquí unos violines acompañados de un piano, allí unas guitarras y un cajón, en esta otra unos alumnos del Conservatorio intentaban cubrir sus estudios prostituyendo sus instrumentos para dar placer a los entusiastas del **reveillon** del Año Nuevo. Aquellos que preferían la música más recia, podían escoger las salas donde tocaba la banda de la Compañía de Bomberos «Roma» o los soldados del Batallón «Húsares de Junín». Pero la mejor música se encontraba en el gran salón principal, donde había una verdadera orquesta compuesta por veinticinco profesores: desde el interior de sus estrechos **fracs**, como pingüinos expuestos a los calores del trópico, esparcían por la sala una música sudorosa.

Un gran número de invitados recubiertos de inquietantes dominós, daba a la fiesta un monótono aire de enloquecido monasterio medieval. Pero las singularidades no faltaban. Dionisio Arellano llegó disfrazado de niño de teta, con unos pañales cruzados sobre la rolliza barriga, dentro de una cuna rodante empujada por su esposa, vestida a su vez de nodriza, con delantal y cofia. Cuando abandonó el coche de bebe que lo albergaba con el afecto de un útero sustituto y salió a bailar, los precarios imperdibles cedieron y los pañales cayeron al suelo.

«¡Jesús!», dijo doña Isolina santiguándose, «si se le ha visto el alma...». «¿Cómo el alma, Isolina», repuso impertinentemente don Carlos, «¿dónde cree usted que los hombres tenemos el alma? Y ni que fuera tan negra la del pobre Dionisio».

El Zar de todas las Rusias, alto y de rubios y largos mostachos, en uniforme militar de gala, pasó delante de Madame Pompadour; llevaba por el talle a la Emperatriz de China y giraba interminablemente al compás del vals como si le hubieran impuesto una ley mecánica, el cuerpo estirado, los brazos rígidos, en un elegante torbellino de vueltas. Madame Pompadour le echó el ojo a D'Artagnan, un hombre fornido que cambiaba a cada instante de pareja y demostraba tanta habilidad e ingenio para el baile como pudiera suponerse que tenía con la espada. Quizá lo que más le gustó fue su falta de afectación: aquel **waltz** extranjero que embriagaba distinguidamente al Zar, D'Artagnan lo convertía en un simple valsesito naturalizado de peruano, sin formalidades pero cargado de pequeñas sorpresas para su acompañante, con aire de museta arrabalera, paso cortito, insinuantes quiebros de cintura, conversaciones al oído y pícaros guiños de ojo acompañados de sonrisas provocadoras. La Orquesta terminó «Carmen Española» y comenzó a tocar «Flor del Vergel», sin que las parejas tomaran descanso. El Club había acordado con los profesores que en esta oportunidad tan especial se suprimieran los habituales intermedios cada diez minutos, de manera que los instrumentistas suplentes reemplazaran a los titulares uno por uno para que la música no se interrumpiera.

De vez en cuando, sonaban los acordes de un baile de lanceros, aquellos rigodones que puso de moda en España la Condesa de Montijo y que todavía los anacrónicos señores y señoras de Lima amaban. Los jóvenes, que ya no conocían los pasos de esa danza anticuada ni les interesaba conocerlos, aprovechaban esos momentos para descansar. En cambio, la música

nueva se bailaba desfachatadamente, sin hacer caso de los gruñidos de las viejas damas ante la *sans façon* de los bailes modernos.

Para no suspender el baile ni un solo minuto, no se habían instalado mesas y la comida había sido colocada solamente en el salón de billar: un espléndido ambigú, eso que los afrancesados comenzaban a llamar *buffet* (¡Ah, los tiempos modernos!), presidido por dos cisnes esculpidos en hielo que nadaban sobre un lago de espejo, llevando en sus espaldas purísimas los negros granos del caviar más codiciado. Las fuentes vacías eran repuestas a cada instante por los nuevos platos multicolores que preparaban frenéticamente los cocineros chinos. Y, mientras algunos recuperaban fuerzas, las polkas seguían haciendo correr en las salas a monjes carnavalescos, a algún Luis XVI que ciertamente no quería ofrecer su cuello a la guillotina, una campesiana María Antonieta con el sudor goteando de la frente, Pierrots, Colombinas, Arlequines, Geishas, Marquesas austríacas y Príncipes venecianos con espadín al cinto, Otelos y Pagliaccis.

Con las maneras que da la experiencia, Madame Pompadour pasó dos veces al lado del joven D'Artagnan, con ostentoso movimiento de caderas, saboreando sensualmente una copa de los helados preparados para la ocasión por la afamada Heladería de Hoyos. Luego se detuvo cerca de él, como si estuviera tratando de encontrar a alguien. El matachín no podía dejar de verla y unos segundos más tarde había conseguido liberarse de su pareja de turno para ofrecerle galantemente el brazo a la bella francesa invitándola a bailar.

\* \* \*

Las polkas generaban un entusiasmo general porque se bailaban con la más completa independencia de la etiqueta: carreras en todo sentido, intercambios de voces de ánimo, risas; el

salón rebosaba de juvenil jolgorio. Hasta el Obispo gordo, que había envuelto su gigantesca humanidad en sedas color carmesí y que con la autoridad que le daba su enorme tiara repartía bendiciones y excomuniones entre los asistentes, se había levantado la sotana con ambas manos y corría ágilmente por la sala de baile al ritmo de la polka, metiendo el báculo en cuanto nalga se ponía a su alcance.

Pero Madame Pompadour prefería los aires más íntimos, en los que era posible acercarse más a D'Artagnan, pegar su suave mejilla a ese rostro rugoso, invitarlo con una discreta presión del brazo a apretarla un poco más y hasta quizá adelantar una pierna rozando la poderosa espada del caballero para ser correspondida por una pierna masculina que buscaba abrirse paso entre los tules y atravesar el arco del triunfo, apoyándose inquietantemente en la caja de plata que guardaba todos los placeres de Francia.

El anonimato de los disfraces invitaba a todas las perversiones, tentaba las procacidades sumergidas y hacía aflorar audacias sexuales impensadas. ¡Qué extraña sensación de libertad se siente bajo el caluroso antifaz!, pensó Madame Pompadour. Gracias a un ordinario pedazo de tela colorida, era posible ser otra persona, olvidarse de ese labio leporino que la había atormentado desde la infancia y transformar las humillaciones cotidianas en incógnitos triunfos ocasionales. Cuando menos una o dos veces al año, al amparo de las máscaras y con la ayuda de su hermosa silueta, la leporina Madame Pompadour podía soñar con un mundo amable, donde los hombres lejos de despreocuparla la adulaban, donde los apetitos reprimidos durante largos meses podían ser satisfechos.

Después de haber comprobado que sus mensajes habían sido bien recibidos por el aguerrido D'Artagnan y cuando éste enardecido comenzaba a darles entusiasta respuesta, Madame

Pompadour se soltó repentinamente de sus brazos y se perdió en medio de la multitud, dejando en el campo a un espadachín desconcertado; con estudiada coquetería, fruto de muchos lances similares, la Pompadour había decidido abandonarlo por un rato para excitar aún más el varonil deseo.

Recorrió varias salas con aire distraído. En un salón lateral, un conjunto negro tocaba marineras limeñas. ¡Qué osadía!. El Club Nacional no hubiera contratado nunca a músicos de Malambo para un baile de gente decente. Pero la verdad es que sonaba muy bien la música y muchas parejas entrecruzaban sus pañuelos: los galanes trataban por todos los medios de acercarse a sus damiselas, mientras ellas los atraían con lascivos movimientos de caderas y desafiantes desplantes para luego escaparse graciosamente con picarescos quiebros. «Soy la redondez del mundo», rezaba la jarana, «sin mí no puede haber Dios». ¡Vaya!, se dijo la Pompadour un tanto inquieta, éste no es el lugar más apropiado para acordarse de Dios; y menos de entrar en profundidades cabalísticas con tonos heréticos. «Papas, cardenales, sí; pero pontífices, no», seguía la copla. La enigmática introducción había sido llevada hasta el absurdo, al punto que todo orden lógico resultaba imposible. Esa es la fiesta criolla, pensó, más tranquila de que nadie tratara de recordarle la severa mirada divina. ¡Viva la jarana, donde todo es motivo de burla!

Madame Pompadour regresó al salón principal al tiempo que una lluvia de caramelos rompió desde cada esquina; y en algunos de ellos, para felicidad de quienes los recibieron, había un pequeño billete que les permitía reclamar después un huacho de la Lotería de Lima. El Club había querido agregar al baile todos los entretenimientos que contribuyeran a hacer la noche más animada de ambos siglos, el que terminaba y el que comenzaba. A las once y media, la música fue suspendida y se llevó a cabo el sorteo de los objetos de la piñata, interviniendo

como Notario don Serafín Almonte; los regalos consistieron en un aderezo de piedras finas para señora, seis cubiertos de plata y un reloj cilíndrico de oro.

Cuando le pareció que era necesario reavivar el fuego, la Pompadour volvió a hacerse notar de D'Artagnan. Lo recuperó con tanta finura que D'Artagnan pensó que todo era producto de la suerte y que, así como el destino los había acercado la primera vez, también el destino había propiciado su reencuentro. Los vales los hicieron girar y girar, como un solo cuerpo, como un solo deseo, los instintos mordiéndose uno al otro.

De pronto Madame Pompadour tropezó. No es que hubiera topado con otra pareja de bailarines, tampoco había golpeado contra un mueble. Aquello ubicado en medio de la sala no era propiamente un mueble, sino el engendro de una mente inconcebible, el producto monstruoso de una calentura de la imaginación: sobre una mesita alta, había una caja que, a manera de maceta, contenía una sobrecogedora flor metálica, con pétalos de bronce, un enorme floripondio de ferretería sostenido por un retorcido tallo de acero; y, al lado de la mesa, un gigantesco perro de porcelana, parecía esperar con impaciencia y curiosidad la voz que debía salir en cualquier momento de esa trompeta anónima. El artefacto era más repulsivo que Polifemo con un solo ojo en su frente de gigante o que todos los cojos, mancos y ciegos que yacían en las puertas de las iglesias de Lima. Porque no era una imperfección de la naturaleza sino una indecente sustitución de ella.

La Pompadour levantó con horror la vista de este espécimen de una botánica perversa y se encontró con la mirada del pianista que, después de haber contemplado obsesivamente por centésima vez la máquina, apartaba sus ojos con disgusto de tan repugnante objeto; y tuvo miedo de la tristeza que percibió en el fondo turbio del músico.

¡La puta!, sólo nos faltaba eso, que una máquina venga a reemplazarnos, una asquerosa caja con una oreja monstruosa, o mejor, con una boca descomunal, porque dicen que por esa oreja habla ese engendro, ¡vaya uno a saber!, oreja o trompa, ¿qué más da?, el gringo Taylor dice que canta, quiero ver eso, ¿cómo va a cantar una caja de madera?, ¿qué sabe del arte, de los años de estremecimiento y de refinamiento que hacen falta para formar a un artista?, hasta dice que imita a un pianista y aun a toda una orquesta, ¡cojones!, para tocar un instrumento se necesitan cojones, ¿y donde puede tener los cojones una caja de madera?, si no, que lo digan mis dedos de pianista que comienzan ahora a entumecerse con la edad, cojones costó darles flexibilidad y cojones cuesta mantenerlos ágiles, más cojones todavía fueron necesarios para que entendieran la sutileza de la música, para darles un alma, pero el gringuito de los ojos azules cree candorosamente que su máquina parlante puede hacer lo mismo sin ningún esfuerzo, ¡la puta de su madre!, venir a quitarle el trabajo a la gente honrada con cajitas extranjeras, ¿cómo van a ser las fiestas de ese siglo que se nos viene horrorosamente encima?, se acabaron los profesores que se encargaban de amenizar la noche, los guitarristas, los cajoneros, los cantantes, cajitas con trompa nomás, nada de seres humanos sino máquinas, seguro que si la cosa sigue ese camino tampoco pondrán un copioso ambigú sino sólo una mesa repleta de pildoritas, hasta de repente terminan bailando con muñecos de cuerda, también le harán el amor a mujeres de juguete, un polvo mecánico, tiren, señores, un polvo libre de todo asqueroso contacto humano, ¡mierda!, ¿dónde esta mi botella?, es difícil levantar una mano del piano sin que la gente se dé cuenta, pero ya está, ¡sursum corda!, qué bueno está este pisco, el gringo quiere hacer su demostración justo a la medianoche, a las doce en punto, señores, llega la modernidad montada en el coche del nuevo siglo pasándose por las pelotas a todos los músicos del mundo, moder-

nidad dice el gran puta, qué sucia palabra, una aberración que quieren imponernos esos primitivos norteamericanos sin cultura y sin tradición, una modernidad que amenaza destruir nuestra ciudad, dañar nuestros cuerpos y corromper nuestras almas, en nombre de la modernidad quieren también enfermarnos con la luz eléctrica, dicen que en las ciudades donde la han instalado la gente se pone mal de adelgazamiento, vamos a morir todos chupados, protestemos con nuestro valse «No sé qué quieren hacer, los extranjeros en Lima, que nos vienen a poner, unas luces tan dañinas», ¡sursum corda!, cuando era monaguillo oía siempre al cura que había que elevar los corazones, sí señor, ¡sursum corda!, hasta que se acabe esta maldita botella...

\* \* \*

El estruendo indiscutible de un cañonazo sacudió a invitados y músicos. A algún Pierrot se le encogió el corazón -¡los chilenos!- al recordar el bombardeo de Miraflores, años atrás, que había quedado en su memoria como una herida enconada. Hasta el niño de teta puso cara de adulto y dejó caer el chupón de la boca. Un esqueleto que llevaba en la mano una amenazadora guadaña, giró en redondo como tratando de encontrar una muerte que inexplicablemente no le habría sido encomendada. La música quedó suspendida, el baile paralizado, los cuerpos tensos, las insinuaciones a medio decir fueron detenidas entre los dientes, como si de pronto todo hubiera sido congelado.

Casi de inmediato se escuchó el segundo cañonazo y luego el otro y luego otro más, hasta completar la salva real que disparó la guarnición del Cuartel de Santa Catalina anunciando el nuevo año y el nuevo siglo. Las campanas de todas las iglesias del mundo rompieron en mil pedazos el aire de la noche, haciendo estallar los espejos y quebrando los cristales con los ecos de su regocijo desenfrenado. Risas y abrazos, brincos excitados, empujones tratando de llegar hasta los seres queridos

para darse más abrazos y soltar más risas; después de la estupefacción causada por el primer disparo, el calor y la vida regresaron de golpe al Club, como una marejada incontenible, saliéndose de madre, desbordándose desordenadamente, irri-gando las almas. La agitación disciplinada del baile se había desbandado en un caos de alborozo, libre de todo control, que establecía vínculos indiscriminados produciendo una efervescencia general. La noche se cubrió de miles de estrellas fugaces, fabricadas por los chinos de la calle de Capón, que for-maban flores bellísimas codeándose allá en el cielo con la Cruz del Sur y alguna paloma de luz purísima trataba —vana y fugazmente— de competir con la luna. La gente se volcó a los jardines para contemplar la belleza efímera de los castillos de fuegos artificiales. Al estruendo militarmente reglamentado de los cañonazos de la salva le sucedió un centelleo disparatado de detonaciones insurgentes: cohetes, sartas y cohetones reventaban por todas partes, como si el mundo explotara por sus cuatro costados.

En una esquina de la terraza, al lado de una colgante ma-ceta de helechos, un Marqués y una Marquesa se habían quita-do el antifaz y, juntando sus cabezas plateadas de canas, se de-cían mutuamente sin poder evitar las lágrimas: «¡Llegamos, lle-gamos al siglo veinte! Todavía estamos ambos vivos en 1900. ¡Gracias a Dios!».

\* \* \*

-«Atención, señoras y señores, presten atención, por favor. **Pay attention, ladies and gentlemen**, porque están ustedes a punto de presenciar un hecho único, extraordinario, que cambiará las vidas de todos. Les demostraré uno de los inventos más impor-tantes de la humanidad: eeel... ¡fonógrafo!»

El gringo Mr. Taylor no podía ocultar su satisfacción por ser él a quien le correspondía presentar esta maravilla tecnoló-

gica que, por añadidura, le proporcionaría muy buenos dólares si lograba introducirla comercialmente en el Perú. Para la ocasión, se había vestido con una sobria levita negra, a fin de consolidar un aire a medio camino entre la seriedad del científico y la respetabilidad del hombre de negocios; pero su voz inconfundible de anunciador de circo habría sonado más natural si se hubiera vestido con una levita roja, chaleco a cuadros, sombrero de copa del mismo color y un bastón en la mano.

-«La ciencia, señores», decía con forzada convicción, «es el mayor don que ha recibido la humanidad. La ciencia hace progresar al mundo, ilumina las mentes, limpia el espíritu de prejuicios, nos permite recorrer el camino que media entre la superstición y el conocimiento, entre la barbarie y la civilización».

Súbitamente interrumpió su inspirado discurso y, cogiendo el pañuelo blanco que escapaba escandalosamente del bolsillo del frac, limpió con todo cuidado una parte de la flor de bronce, como si hubiera encontrado una mancha inverosímil. Cuando continuó su conceptuosa exposición, algunos se sintieron decepcionados porque, luego de tanto sobar, ningún genio había surgido de la enigmática caja. No debía ser tan grande el poder tecnológico del gringo...

-«Los fenómenos de la naturaleza», prosiguió Taylor, «se revelan en todas partes y a todos los que en ellos saben fijar su atención. Hace más de tres siglos decía Bernard de Palissy que él no necesitaba más libros que el Cielo y la Tierra. Esto es absolutamente exacto para los espíritus más refinados. Pero los sabios de nuestro tiempo, con una actitud más democrática, han querido aumentar los sentidos y las capacidades del hombre común, extenderlos, prolongarlos, a fin de que el contacto de todo hombre con la naturaleza sea más completo y profundo y para que, con esa ayuda que nos brinda la ciencia, podamos organizar el mundo humano de manera más satisfactoria».

Taylor carraspeó para aclararse la voz, plenamente consciente de que estaba diciendo cosas muy importantes.

-«Miren ustedes cómo el ingenio humano ha prolongado las capacidades del hombre, superando sus limitaciones biológicas. ¿Qué es el martillo sino un puño supletorio, una extensión del brazo que nos permite golpear cientos de veces más fuerte que la simple mano? ¿Qué es el serrucho sino otro tipo de extensión cortante del mismo brazo humano? Nuestras extremidades llamadas inferiores han recibido la ayuda ortopédica de la rueda y la domesticación de los caballos ha permitido inventar coches que nos llevan a distancias que nuestros pies naturales habrían sido incapaces de recorrer. También nuestros sentidos han sido beneficiados por la ciencia. El telescopio nos acerca los objetos lejanos y el microscopio nos agranda los objetos pequeños; ambos instrumentos no son sino ojos suplementarios. Pues bien, gracias al ingenio del señor Edison y a la habilidad y conocimiento científico del señor Berliner, ha sido posible construir una máquina que es al mismo tiempo una prolongación del oído y de la boca, según como se la mire. Dos personas distantes y quizá desconocidas pueden entrar en comunicación gracias a esta máquina, porque extiende el alcance de la voz de una y amplía las posibilidades del oído de la otra. ¡Qué maravilla, señores! La ciencia acerca a la gente, hace más pequeño el mundo, lo convierte en una simple aldea, de la que todos somos meros paisanos».

El auditorio estaba prendido de las palabras promisorias de Taylor, como si fuera un enviado de otro planeta que, por suerte, había caído en el Perú.

-«Pero la ciencia no puede olvidar el arte, señores, dimensión fundamental del ser humano. Recordemos siempre la recomendación del Sabio: «Las ciencias y las artes combinadas, forman almas sensibles e ilustradas». Por eso este invento extraordina-

rio de la ciencia está al servicio del arte, de la música más exactamente. Gracias a esta máquina todos podremos escuchar a Caruso, aunque nunca haya venido al Perú. Con la ayuda de estos oídos suplementarios, todos ustedes podrán deleitarse con las mejores óperas cantadas por sopranos como Madame Chalia, tenores como Gerardy, barítonos como el gran Campanary. También hay discos de mazurcas —no falta, por cierto, La Codorniz— pasacalles, valeses, en fin, todo lo que puede ser placentero al hombre de nuestros tiempos modernos».

-«¿Qué? No, señor, el fonógrafo no produce ninguna enfermedad; por el contrario, oír en su casa en cualquier momento las arias de esas óperas que usted nunca tendrá oportunidad de presenciar, le dará una paz de espíritu que le curará de cualquier mal. Perdone, no le escucho. ¿Cómo dice? Exactamente, señor, tiene usted toda la razón: el fonógrafo no es un atentado contra la naturaleza porque es simplemente una expresión y un producto de la naturaleza humana, de esa capacidad ilimitada de inventiva que tiene el hombre por naturaleza. ¡Estoy con usted! Al salir déjeme sus señas, por si necesito posteriormente su habilidad de razonamiento para vender mejor este aparato. Le daré una comisión».

La gente empezaba a ponerse nerviosa con tanta filosofía en un día de Año Nuevo.

-«¡Vamos al grano! Queremos ver cómo funciona eso».

-«Me alegro mucho, señores, de que exista una tal impaciencia entre vosotros. No revela otra cosa que la inquieta curiosidad científica que los engalana. Y ahora, les voy a mostrar la forma como ustedes pueden entrar en contacto con esos ídolos musicales a quienes nunca han visto. Incluso en el futuro podrán entrar en relación con los muertos; porque las personas mueren, pero sus voces quedan. Sí, señores, quedan registradas en este

aparato maravilloso que concede la eternidad a quienes lo merecen. Pero, para una demostración inicial de este tipo, ¿qué mejor que comenzarla con un texto eterno? ¡La Biblia, el libro de libros!»

A Taylor, en la medida que aumentaba su elocuencia, le a floraba su raíz protestante.

-«Oiremos, entonces, en primer lugar, la Palabra Divina. Adviertan, señores, cómo el ingenio del hombre no hace en el fondo sino seguir un designio de Dios: este invento, con toda su grandiosidad humana, no es sino un medio más de expresión del Verbo. Y ahora, escuchen con atención; es Dios quien les habla».

Taylor dio varias vueltas a la manivela, apoyó cuidadosamente el tallo de la flor con su espina de acero sobre el plato giratorio y, con cara de éxtasis, esperó la voz de Dios.

De pronto, el aparato se puso a emitir a velocidades indescriptibles unos sonidos agudos y extraños que parecían conversaciones de pajaritos con prisa. Casi inmediatamente el ritmo expresivo comenzó a reducirse y la voz —¿era una voz?— fue volviéndose más grave. Es entonces que pudieron escucharse algunas palabras, como venidas de otro mundo: ...«y el espíritu de Dios estaba incubando...». Pero el tono siguió bajando y la velocidad de expresión disminuyendo, la voz cada vez más cansada, cada vez más lenta, resultaba ya ininteligible: el discurso se hizo primero grueso, pastoso, incomprensible; luego unos ruidos elásticos, que se estiraban infinitamente sin romperse —lo que salía del floripondio había dejado nuevamente de ser palabras— inquietaron los oídos de los atónitos comensales como aullidos de monstruos inauditos y perturbadores. Los sonidos fueron apagándose poco a poco. El quejido interminable tuvo dos breves pausas, como si ya resultara insopor-

table aun para sí mismo. Todavía el fonógrafo tosió resistiéndose a callar del todo, temeroso de la reacción de su amo, Mr. Taylor. Finalmente, se hizo el silencio.

\* \* \*

La estupefacción general fue quebrada por un monstruoso acorde del piano, un acorde descomunal donde el pianista había puesto su vida, volcándose sobre el teclado con todo el peso de su triunfo. Y, sin perder un instante, se escucharon las cantarinas notas de una conocida polka que invitaban a proseguir la fiesta, una vez exorcizado el temible diablo de la modernidad. Todos los músicos retomaron sus instrumentos y uno a uno fueron sumándose a la alegre batahola. Los valeses y las galopas salpicaban las pistas de baile, manchando las paredes con una alegría cada vez más obscena. La gente daba tumbos de una sala a otra, bajo nubes de confetti. Las botellas de champagne disparaban sus corchos al aire y, en medio de general risotada, desplegaban su blanca cabellera de espuma, coreadas de aplausos que a esas horas de la noche habían perdido ya toda proporción.

Poco a poco, a medida que entraba la madrugada del nuevo siglo, una fatiga espesa y sensual descendió de los techos como una neblina baja que amodorra los cuerpos y extravía las mentes. La orquesta del salón principal comenzó a tocar habaneras, cuya lánguida cadencia permitía a las parejas sostener secreta e insinuante conversación con la seguridad de no perder el compás. Algunas de ellas fueron cantadas románticamente por los bailarines; las letras melosas eran conocidas por todos, ya que las oían diariamente a las criadas quienes las entonaban a la hora del fregado.

D'Artagnan y la Pompadour estuvieron balanceándose durante diez minutos sobre la misma loseta del piso. Apoyando la

cabeza sobre el hombro del recio espadachín, la Pompadour le preguntó con voz aparentemente despreocupada pero sugestiva:

-«¿Salimos ya al jardín?»

-«Salimos».

Buscaron un lugar tranquilo y oscuro entre los arbustos del fondo e hicieron el amor al amparo de los antifaces. A lo lejos, un valse cantaba: «Ya mi vida desfallece; hoy me encuentro en tal estado que mi cuerpo se agita en convulsiones de amor». Por encima de un D'Artagnan perfectamente encajado en las concavidades afectuosas de su cuerpo, la Pompadour divisó a través de las ramas el mismo esqueleto de siempre que paseaba desorientado, llevando en la mano su gigantesca guadaña.

D'Artagnan era un eximio esgrimista. La primera estocada fue certera y profunda; pero retrocedió inmediatamente con cautela para volver a atacar enseguida. Los asaltos y retiradas se sucedían a un ritmo entrecortado. Dos fintas de medio recorrido y luego un lance a fondo; para después quebrar toda monotonía con dos estocadas inmensas, larguísimas, un semicírculo apenas sugerido que remató con un ataque tan poderoso que Madame Pompadour no pudo dejar de gritar con voz gloriosa y exaltada: «¡Touchée, touchée, mon brave Chevalier!».

Unieron sus intimidades, pero no se mostraron los rostros. El nunca sabría de su labio leporino, de su cara desfigurada por pecados ancestrales, de su vergüenza cotidiana, de la represión cuidadosa de sus instintos y de sus afectos, hasta convertirlos en disciplinada indiferencia; ella nunca supo de sus auras y de sus raptos, de esas tormentas internas en las que sus demonios se expresaban con tal violencia que requerían de tiempo en tiempo la domesticación de la camisa de fuerza. Hubo en al-

gunos momentos ciertos atisbos de una verdad perturbadora. Madame Pompadour no supo bien lo que le había infundido un pavor fugaz. ¿Fueron acaso esas luces que destellaban intempestivamente en la profundidad de sus fríos ojos azules?, ¿o más bien esa arruga dura en la comisura de sus labios que hablaba de iras antiguas?, ¿o algún tic imprevisto y escalofriante? Pero había en D'Artagnan una delgada ranura que dejaba entrever a través de los visillos de su alma un mundo desarreglado y caótico. Y D'Artagnan también sorprendió en ella un leve ademán en exceso, un pequeño gesto nervioso cuando el antifaz estuvo a punto de caerse, algo que le hizo sospechar misterios ocultos y quizá horribles que prefería no conocer.

Esa noche sólo fueron, el uno para el otro, Madame Pompadour y el caballero D'Artagnan viviendo su propia novela. El sólo podría después recordar su sexo húmedo y acogedor, el lunar sobre la blanca piel de su pecho, algún roce estremecedor al momento de bailar; ella apenas si podría cultivar la memoria de un falo aguerrido y punzante. Un amor sin futuro, un amor del año pasado en el día del año nuevo.

\* \* \*

«Al rayar la aurora, fantástica e incierta, velada en su manto de rico tisú», cantaban a lo lejos haciendo un último esfuerzo los músicos, «¿por qué, niña hermosa, no se abre tu puerta?». Madame Pompadour pensó que esa copla no iba con ella. Sin hacerse problemas, había abierto su puerta al desconocido y no le importaba mucho que quien había entrado por ella pudiera ser un joven de la sociedad limeña, un miserable tendero de la calle de Mercaderes o el mismísimo espíritu de D'Artagnan haciendo travesuras en día de Año Nuevo. Cualquiera que fuera, la había hecho feliz.

Al alba, el pisco había logrado numerosas víctimas: un

Napoleón, dejando de lado toda dignidad marcial, devolvía lo que no había comido en una esquina de la cancha de tennis; dos almizcladas señoras en edad de respeto, vestidas ambas de Reinas de Saba, correteaban impudicamente a los jóvenes con un pañuelo en la mano, tratando de enlazar alguno por el cuello y llevarlo entre las matas de tupidos geranios, en un erótico juego de ladrones y celadores.

Al irse los invitados, quedaron a la vista en su miserable desnudez las salas desarregladas, cubiertas de papeles picados de colores, servilletas sucias, serpentinas enredadas, colillas de cigarrillos, todavía humeantes algunas de ellas, y restos de comida. El mundo a esas horas aurorales no era sino un minucioso caos de objetos fatigados de existir, que habían perdido su identidad a través de infinitas fragmentaciones y descartes. A la magia de la noche, de las luces del gas y de las melancólicas velas, de los castillos de fuegos artificiales y de las palomas de colores, le sucedía ahora una realidad insignificante y sórdida, que exigía recoger a los borrachos, limpiar el local, arrojar la basura, desaguar el cuerpo, descargarlo de desperdicios orgánicos y ponerse a punto para recomenzar una vez más durante el nuevo día el eterno ciclo de la vida y de la muerte.

Los músicos guardaron sus instrumentos en horrendos féretros portátiles y se fueron retirando. El pianista atravesó la sala haciendo esos, mientras canturreaba: «Ven, china, ven. Ven y verás», un descomunal hipo interrumpió la melodía, «Y verás a los chilenos que nos quieren gobernar», tropezó con un borracho tendido en el suelo pero ello no lo inmutó, «Si te dan, si te dan, si te dan el ¡alto! ¿quien vive?», ¡hic!, el hipo era incontenible, «Tú dirás, tú dirás», otro hipo suspendió el entusiasmo patriótico que a duras penas logró imponerse sobre el espíritu del pisco para terminar la copla, «¡Viva el Perú! ¡Muera Chile!». Al pasar frente a la enorme trompeta del fonógrafo, el pianista de ojos tristes la miró dos veces, trastabilló y se acercó

a ella con desconfianza. Es una gigantesca y monstruosa vagina arrancada de su cuerpo femenino, pensó con asco y sorpresa. Tímidamente, con vergüenza adolescente, introdujo la mano en el orificio y acarició el interior. Dio un paso atrás, otro adelante, al compás de los ritmos internos del alcohol; y luego acercó la cara con el habano en la boca hasta introducirla completamente en el gigantesco sexo metálico. Retiró prontamente la cabeza temiendo que la flor de bronce pudiera cerrar sus pétalos y aprisionarlo para siempre dentro de ella, y sonrió de su travesura. Súbitamente se puso muy serio, quitó el puro de sus labios y, con un gesto de desprecio, lo arrojó dentro del fonógrafo: «¡Nunca servirás para otra cosa que como cenicero!», le espetó a la máquina. Tranquilo ya como si hubiera eyaculado, siguió su camino con suave balanceo, alejándose lentamente del odiado aparato, mientras trataba de conservar la posición erecta a pesar de las generosas copas que llevaba entre pecho y espalda.

Afuera, la ciudad amanecía perezosamente en medio de una bruma matinal que desdibujaba los contornos y escondía los objetos, sin permitir adivinar cómo sería el mundo cuando por primera vez saliera el sol en el siglo veinte.

# POST SCRIPTUM



Estos relatos son ejercicios de **collage**: fragmentos desordenados de personajes, de hechos históricos y aun de textos, han sido pegados sobre un fondo de ficción con la idea de construir un nuevo orden de cosas, perverso y sesgado. Me confieso, pues, culpable de un deliberado saqueo de la Historia con fines literarios.

**Doble traición** recoge textos de dos documentos, un cartel pre-revolucionario y un expediente judicial, que se encuentran en el archivo personal del autor. El cartel, que apareció una noche en los muros de las calles de Lima en tiempos todavía del Virrey Pezuela y que tiene sus esquinas destrozadas porque fue arrancado de la pared, contiene una llamada «Oración», que constituye una extraordinaria muestra de humor político. El expedientillo judicial es un breve proceso inconcluso, seguido ante la autoridad virreynal de Puno, contra un tal Coronel Manuel Choquehuanca, quien se encontraba al servicio del Ejército Realista en Azángaro. Sin embargo, desconocemos la suerte que realmente corrió el acusado porque el expediente se encuentra inconcluso. Por otra parte, el Teniente Coronel Manuel Carmargo, primo del Coronel Choquehuanca y a quien se cita en el proceso, fue efectivamente ajusticiado en Potosí por presunta adhesión a la causa revolucionaria; pero no tiene ninguna relación histórica con la «Oración» contenida en el cartel. Este cuento ha sido publicado antes en Argentina por la revista **No hay derecho**<sup>1</sup>.

---

1. Revista **No hay derecho**. Año 2. Nº 6. Buenos Aires, junio de 1992.



**Guerra pasada** es un relato enteramente de ficción. Sin embargo, el Bando del General Ribadeneyra en Corongo es auténtico y se encuentra en el archivo personal del autor: data del 1º de Abril de 1822 y tiene vinculación con la reacción realista que se produjo en la Sierra del Norte del Perú, ya después de declarada la Independencia. El apelativo de «Guerra pasada» proviene de un tigre de la selva, cuya historia me fue contada por el motorista Pancho Miranda en un largo y fascinante viaje por el río Alto Madre de Dios, en camino hacia el Manú.

**La tranquilidad de espíritu** (que obtuvo una Mención en el Primer Concurso Nacional de Cuento organizado por la Asociación Cultural Peruano-Japonesa) está inspirado en el Diario de la marcha que hace Su Excelencia el Presidente Provisional de la República Peruana Don Luis José de Orbegoso a los Departamentos del Sud en Noviembre de 1934, redactado por el cura José María Blanco<sup>2</sup>. Unas semanas después de la partida del Presidente de Lima, estallará la revolución de Salaverry y Orbegoso en el Sur, para lograr debelarla, recurre a la ayuda de las tropas bolivianas. Este incidente lleva a la formación de la Confederación Perú-Boliviana y el general Andrés de Santa Cruz asume el cargo de Protector. Orbegoso, dice Basadre, “como un rey destronado, entregó a Santa Cruz las insignias de su quimérico poder, traspasándole mediante una carta, las facultades extraordinarias de que estaba investido”<sup>3</sup>; nunca más volverá a ser Presidente del Perú, sino únicamente del Estado Nor-Peruano.

---

2. José María BLANCO: **Diario de la marcha que hace Su Excelencia el Presidente Provisional de la República Peruana Don Luis José de Orbegoso a los Departamentos del Sud** [1837]. Edición de Félix Denegri Luna. Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Riva Agüero. Lima, 1974.

3. Jorge BASADRE: **Historia de la República del Perú**. 5ta. ed. corregida y aumentada. T.I. Ediciones “Historia”. Lima, 1961, p. 370.

El diario me sorprendió, entre otras cosas, por la ambigüedad de la época con relación a la consciencia de la esclavitud. Casi todos los personajes y hechos son auténticos, aunque algunas situaciones han sido cambiadas de lugar y de tiempo: el encuentro con Bernardo O'Higgins y el brindis de éste, por ejemplo, no se producen en la Hacienda San Pedro de Lurín sino más adelante en el viaje, en Cañete. La escena de la joven negra es pura ficción. Pero es real la confusión del Presidente ante los cantos de los negros que lo entusiasman y la situación de esclavitud que le indigna: es notable que, aun siendo Presidente de la República, no se sienta en la obligación (o quizá advierte que no tiene el poder) de abolir definitivamente la esclavitud, por lo que su angustia se canaliza simplemente en el deseo de manifestar su afecto a los esclavos, con lo que queda tranquilizado su espíritu. Algunas de las frases son préstamos directos del Diario del cura Blanco a fin de transmitir el sabor al mismo tiempo ingenuo y formal de la época. Los juicios sobre Orbegoso son tomados casi literalmente de la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre<sup>4</sup>.

El **Cónsul honorable** se basa en un personaje controvertido que participó en las Guerras de la Independencia como edecán de Bolívar y luego fue nombrado Cónsul de Gran Bretaña en el Perú. Las condiciones en que abandonó el Perú son verídicas; pero ciertamente no lo es Hércules Gallardo, quien ha sido simplemente agregado al relato para configurarlo como un cuento policial y cuyo nombre mismo revela el agradecimiento de quien escribe estas líneas a Agatha Christie, por los buenos ratos que vivió dentro del misterio de sus novelas detectivescas. Sin embargo, las opiniones de este personaje falso sobre el caso son, en su mayor parte, las sostenidas históricamente por el

---

4. Jorge BASADRE: *Op. cit.*, pp. 332-337.

diario *El Comercio*. Celia Wu Brading ha hecho un interesante estudio del verdadero Cónsul Wilson en *Generals and Diplomats. Great Britain and Peru 1820-40*<sup>5</sup>.

La existencia de un Imperio inca subterráneo que se perpetúa a través de los tiempos y que espera el momento de volver a tomar el poder manifiesto, como se plantea en *El Inca*, es evidentemente una mera fantasía; aunque de alguna forma corresponda remotamente a ciertos anhelos inconscientes indios que se revelan en mitos como el de Inkarrí y el del retorno de las huacas. Don Justo Sahuaraura Inca, descendiente efectivamente de Tupac Yupanqui y de Huayna Capac, fue un buen canónigo, que participó lealmente en la Independencia, incapaz por otra parte de ninguna violencia, y que sólo tuvo por pecados una mentalidad aristocrática y una añoranza desmedida por las glorias de sus ilustres antepasados, lo que lo llevó a escribir, a mediados del siglo pasado, un romántico libro, de carácter meramente evocativo, sobre la monarquía inca<sup>6</sup>.

El convento tiene como asiento los tristemente abandonados restos, cada vez más ruinosos y dentro de un entorno más degradado, del llamado Convento de San José de Lanchas, ubicado en el desierto entre Pisco e Ica. El cultivo de las hoyas verdes creadas artificialmente en la arena y utilizadas en la época virreynal por la Compañía de Jesús, dueña entonces de

---

5. Celia WU BRADING: *Generals and Diplomats. Great Britain and Peru 1820-1840*. Cambridge Latin American Miniatures. Cambridge, U.K., 1991. El Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú tiene en prensa la traducción al castellano del libro citado.

6. Justo SAHUARAURA, Inca: *Recuerdos de la Monarquía Peruana ó Bosquejo de la Historia de los Incas, con 16 retratos de la Dinastía Imperial de Manco Ccapac*. Librería de Rosa, Bouret y Cía. París, 1850.

dicho Convento, ha sido descrito por Ana María Soldi<sup>7</sup>. La escena dentro del Convento se encuentra obviamente inspirada en las leyendas medievales y, en particular, en la primera visita de Parsifal al Castillo del Grial en el libro de Wolfram von Eschenbach (1207). Sin embargo, la idea original ha sido adaptada al contexto peruano y me he tomado la libertad de agregarle algunos tonos que sin lugar a dudas habrían escandalizado a Eschenbach.

**Premio a la virtud** se inspira en una noticia aparecida en el diario *El Comercio* del 26 de Diciembre de 1891, que dice simplemente lo siguiente: «En la tarde de hoy se reunió en el local de la Municipalidad el jurado encargado de discernir el premio a la virtud, de 1,000 soles, instituido por la señora Adelina Concha de Concha. El premio fue para la señorita Carolina Quintana, quien por unanimidad fue designada como la niña pobre más virtuosa. Se sabe que postularon al premio treinta y cuatro jovencitas».

**La silla** se encuentra basado (libremente) en un libro de Víctor R. Ortega sobre la montonera de 1898 en las Sierras del Norte del Perú<sup>8</sup>. El ambiente violento de la región ha sido tomado del estudio de Lewis Taylor sobre los bandidos políticos de Cajamarca de principios de este siglo<sup>9</sup>. Este cuento quiere ser un homenaje al inolvidable Jorge Luis Borges, retomando la idea contenida en una historia de ese escritor de prolongar

---

7. Ana María SOLDI: *La agricultura tradicional en hoyas*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 1982.

8. Víctor R. ORTEGA: *Un episodio de la montonera de 1898*. Lima, 1947. En la carátula, el título menciona la palabra "montonera" y en la portada "revolución".

9. Lewis TAYLOR: *Bandits and Politics in Peru. Landlord and Peasant Violence in Hualgayoc 1900-30*. Cambridge Latin American Miniatures. Cambridge, U. K., sin fecha de publicación.

mentalmente el instante de la muerte. La atmósfera de *La silla* es obviamente diferente y, mientras el relato borgiano recurre a la intervención divina para suspender la muerte, Zenón Torres se limita a aplicar una técnica que (pedantemente) pudiéramos llamar fractálica. Por otra parte, el cuento de Borges tiene un desarrollo lineal, persigue contar una historia, milagrosa pero historia en medio de todo; *La silla* deja de lado toda intención de hacer una crónica (ni aun fantástica) y se instala en un universo de pura ficción, al sugerir la posibilidad de varios desarrollos contradictorios de la acción sin decidirse por unos u otros.

Finalmente, *El fonógrafo* es enteramente un producto de la imaginación. La fiesta en el Club Lawn Tennis de la Exposición nunca tuvo lugar y los festejos en Lima por la celebración del Año Nuevo correspondiente al cambio de siglo, no fueron demasiado entusiastas: nadie se agitó mucho y todo el mundo se fue a dormir a las doce de la noche, inmediatamente después de escuchar la salva real del Cuartel de Santa Catalina<sup>10</sup>. Además, el cuento encierra un anacronismo: el primer fonógrafo fue presentado en Lima en 1892, ocho años antes de la fecha en la que el relato tiene lugar<sup>11</sup>; y no era todavía un gramófono *His Master's Voice*, como el descrito en el cuento, sino un verdadero fonógrafo, es decir, el modelo bastante más primitivo diseñado por Edison.

Sin embargo, la mentira de la fiesta y el fonógrafo contiene una verdad heráldica, como diría Lawrence Durrell; son ele-

---

10. *Vide El Comercio*, 2 de Enero de 1900, pp. 2-3.

11. *El Comercio*, 22 de Marzo de 1892; *vide etiam*, los números del mismo diario de 4, 8, 22 y 26 de Abril y del 9 de julio de 1892. En la primera edición de 1900, *El Comercio* publica un aviso de venta de un fonógrafo, todavía del tipo de Edison, con muy poco uso y fuerte rebaja; forma parte de la venta un conjunto de 86 cilindros con grabaciones de óperas.

mentos que cumplen una función emblemática: la llegada del S. XX y el registro de la voz humana son ambos signos de «nuevos tiempos» que se avecinan y que provocan temor, incredulidad y resistencias. Por otra parte, si no el invento, cuando menos el desarrollo de las máquinas de registrar sonidos coincide precisamente con los años del cambio de siglo. Emile Berliner construye el primer gramófono, que sustituye con ventaja al fonógrafo de Edison, en 1894; pero su comercialización generalizada se produce recién en 1899, cuando Barry Owen, el introductor en Inglaterra de este aparato, crea la marca **La Voz de su Amo**, con el emblema del perro. Y es en 1901 que se constituye la **Victor Talking Machine Co.** que dará el verdadero impulso a esta invención<sup>12</sup>. En lo que se refiere a la luz eléctrica, desde 1885 la Peruvian Electric Construction and Supply Company, sobre la base de un contrato con la Municipalidad, colocó algunos focos en ciertas calles centrales de Lima que se encendían de cuando en cuando; pero todavía el gas estaba en competencia contra la luz eléctrica, y sus defensores inventaban aún nuevas lámparas de mayor intensidad para vencer a la electricidad. El contrato para el alumbrado público general de Lima fue celebrado recién el 28 de abril de 1900 con la Empresa Santa Rosa, cuyo promotor era don Mariano Ignacio Prado y Ugarteche; y es solamente en 1902 que quedó definitivamente instalado. De modo que la iluminación del Primero de Año de 1900 era todavía fundamentalmente a gas, aun cuando existía luz eléctrica en algunas calles.

---

12. Alexander Dean BURT: **Phonograph**, en *Encyclopaedia Britannica*. T. XVII. Chicago, 1972, p. 901.



## INDICE

	Pag.
Al lector	13
1. Doble traición	15
2. Guerra Pasada	27
3. La tranquilidad de espíritu	41
4. El Cónsul honorable	55
5. El Inca	93
6. El Convento	107
7. Premio a la virtud.	125
8. La silla	137
9. El fonógrafo	151
Post Scriptum	175
	185



Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de octubre de 1992,  
en los talleres gráficos de  
Editorial e Imprenta DESA S.A.  
Gral. Varela 1577, Lima 5  
Reg. Ing. 1621

**IMAGENES ROTAS** me parece un libro logrado, bien escrito y concebido con eficiencia ... Desde luego que aconsejo publicarlo, porque estoy seguro de que sus lectores lo leerán con el mismo interés con lo que lo he leído yo.

Tal vez la más durable impresión que me haya quedado, sea de ese S. XIX peruano, una época de un país a medias, que , en teoría, dejó atrás la Colonia pero sigue viviéndola en los hechos, que se supone una República pero tiene todavía la improvisación, el desorden, la irracionalidad, el pintoresquismo y la violencia de las sociedades pre-republicanas, un mundo de geografías, culturas, mentalidades y tipos humanos dramáticamente contrastados.

**MARIO VARGAS LLOSA**

